

Ghazalí

Y EL CABRERO

Francisco López Moya



L narrativa
Instituto de
Estudios
Almerienses

Thazalí

Y EL CABRERO

FRANCISCO LÓPEZ MOYA

Thazalí Y EL CABRERO

DIPUTACIÓN DE ALMERÍA | 2018
Instituto de Estudios Almerienses

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALMERIENSES

Colección Letras, nº 113

Ghazalí y el cabrero

© Textos: Francisco López Moya

© Edición: Diputación de Almería - Instituto de Estudios Almerienses

www.iealmerienses.es

ISBN: 978-84-8108-657-7

Dep. Legal: AL-1607-2018

Primera Edición: julio 2018

Diseño y maquetación: Susana G. Almenzar. Servicio Técnico del IEA

Imprime: Artes Gráficas M3

Impreso en España

La Diputación de Almería no se hace responsable de las ideas u opiniones expresadas por el autor.

Se prohíbe la reproducción, total o parcial, de esta obra -incluido el diseño tipográfico y de portada- sea cual fuere el medio, electrónico o mecánico, sin el permiso previo de esta institución.

*A mis padres, in memoria, que tanto lucharon por
procurar que tuviéramos una vida mejor.*

*Si nada nos salva de la muerte,
al menos que el amor nos salve de la vida.*

Pablo Neruda

Indice

1	11
2	15
3	19
4	21
5	23
6	25
7	29
8	31
9	34
10	39
11	41
12	47
13	50
14	54
15	57
16	64
17	66
18	70
19	74
20	77
21	80
22	83
23	88
24	91
25	94
26	97
27	101
28	105
29	109
30	113
31	117
32	121
33	124
34	129
35	133
36	137
37	141

38	146
39	156
40	161
41	170
42	174
43	179
44	186
45	192
46	198
47	200
48	203
49	207
Epílogo	209

Abderramán estuvo cenando un mendrugo de pan de centeno con un trozo de queso recién sacado de la orza y después comió unos higos secos de los que siempre llevaba en el zurrón. Estaba sentado sobre la misma lastra en la que siempre lo hacía antes de acostarse; la noche era apacible y tranquila aunque el otoño, bien entrado ya, hacía que la humedad penetrara en sus huesos. Le encantaba contemplar la inmensidad de la bóveda celeste. Su instrucción era nula, pero ello no le impedía comprender que aquellas luminarias que cada noche sin nubes tachonaban el cielo, tenían que mantenerse encendidas porque Alá así lo había dispuesto. Cómo envidiaba a los sabios que podían leer en las estrellas. Desalentado, maldijo la humilde condición que el destino le había deparado, pues nunca dispuso de tiempo ni de dinero para poder asistir a escuelas o madrazas. Algún día, cuando su fortuna se lo permitiera, siempre fue un soñador, contrataría un maestro para que le enseñara el arte de la escribanía.

Abderramán era un joven fuerte y espigado que pronto cumpliría los dieciocho años. Reservado y tranquilo, podía competir en bravura y picardía con cualquier otro mozo del pueblo o de los lugares aledaños; tenía la piel morena, curtida por los soles y los vientos de las lomas y picachos por los que a diario caminaba cuidando del ganado; tenía nariz aguileña, pelo ensortijado, mentón fuerte y ojos grandes y tan negros como una noche cerrada. En general resultaba un mancebo agradable y de buena presencia, en cambio era muy retraído. La soledad que le acompañó desde la más tierna edad contribuyó a que su carácter lo hubiera convertido en un tímido e introvertido soñador. Era religioso como el que más y jamás dejó de cumplir sus obligaciones, aunque nunca consiguió aprender de memoria las ciento catorce suras. Los montes, y también los barrancos en los que se refugiaba en las horas de más calor, eran su mundo, y la familia el soporte de su vida. Sus amigos, con los que se reunía de tarde en tarde, eran sus primos, algo mayores que él, y un vecino, también dedicado al pastoreo. Ése era el círculo social en que se desenvolvía. Sólo los días de mercado, una vez a la semana, abandonaba la soledad de los cerros y se mezclaba entre

las gentes venidas de las alquerías y pueblos comarcanos. En más de una ocasión se había fijado en jóvenes que acompañadas de sus familias se detenían delante de los tenderetes para vender o comprar mercaderías, pero nunca habló con ninguna de ellas.

Sin ganas de acostarse todavía, pero con la conciencia de que al día siguiente tenía que madrugar, se retiró al cobertizo en el que las cabras, recostadas sobre el templado estiércol, seguían rumiando. Cogió la esterilla que estaba enrollada y apoyada en la pared justo al lado de la puerta, y la extendió sobre las cagarrutas ya desmenuzadas; se aflojó las correas de la zamarra y se sentó, ni siquiera se quitó las albarcas, si le molestaban durante la noche se las soltaría. Las vigas y las tejas de pizarra le impidieron seguir contemplando las estrellas. Cansado tras una larga jornada pastoreando a las cabras por peligrosos andurriales, se cubrió con la manta y apenas unos momentos después de haberse echado se quedó dormido.

Tenía el sueño tan profundo que tardó en notar las sacudidas que su padre le debiera de estar dando. Abrió los ojos y se sorprendió de la oscuridad que reinaba y al no ver a su progenitor se asustó, entonces notó que las sacudidas parecían venir del suelo, pues su esterilla se movía con cierta violencia. Tardó poco en comprender que aquello era un terremoto¹ y sin pensárselo dos veces, menos mal que no se había quitado las albarcas, con las manos por delante para no tropezar, corrió hacia la puerta de la calle. El ruido que producía aquel temblor causaba espanto. Las cabras salieron despavoridas e incluso una de ellas le propinó un topetazo dando con él en tierra.

Los lamentos y el crujir de vigas rompieron el silencio de aquella apacible noche. Quizás no durara mucho, pero a Abderramán le pareció una eternidad. El corral apenas distaba doscientas varas de la casa de sus padres, se conocía de memoria el sendero y más de una noche lo había recorrido sin candil, así que en cuanto cesó el movimiento se encaminó en busca de su familia. Algunos vecinos encendían candiles o faroles. La desesperación se dibujó en la cara del pastor. Una gran polvareda le impedía respirar. Su casa estaba en el suelo. Gritó los nombres de los suyos sin obtener respuesta. La noche se convirtió en una sinfonía de lamentos y alaridos. Gritos exasperados, gemidos y sollozos unieron a la totalidad de los habitantes del pueblo en un rugido desgarrador. La consternación corrió por todas las calles hasta llegar a la plaza. No hubo ninguna

¹ 1487.

familia que no hubiera sido afectada por el terremoto. Ni los más ancianos del lugar recordaban algo semejante.

Abderramán removi6 alfajías y tejas lastimándose las manos pero la oscuridad era total. Abatido y cansado volvió a gritar los nombres de sus deudos y sus ojos se anegaron de lágrimas. Lloró durante horas hasta que el alba le permitió seguir revolviendo escombros. Se habían derrumbado tres de las paredes y hasta el mediodía no dio con los cuerpos de sus padres y de su hermano pequeño, sólo tenía quince años. Sacó los cadáveres hacia el exterior y buscó un lienzo para cubrirlos. Nadie le había podido ayudar en aquella pesada labor, pues cada uno anduvo desescombrando su casa.

Aquella madrugada no se oyó la voz del almuecín invitando a la oración y en cuanto la luz lo permitió, el imán y el cadí recorrieron las calles del pueblo ordenando que llevaran los cadáveres a la plaza por ser un lugar abierto, pues el terremoto podía repetirse y, según explicaron, en otros tiempos causaron mayores males los segundos y terceros movimientos que el primero. Abderramán cargó sobre sus hombros los cuerpos de los suyos. Tres viajes transportando la muerte. Cuando llegó al lugar indicado ya había otros difuntos rodeados de familiares. Allí fueron confluyendo todos los habitantes del pueblo. Los cadáveres que dejó el terremoto, unos estaban mutilados y otros irreconocibles, ocuparon toda la plaza, entre ellos un tío de Abderramán, el único hermano de su padre, y dos primos. La plaza parecía un cementerio. Durante horas se escucharon gritos, lloros y lamentos.

La gente se quedaba mirando al joven que, junto al montículo formado por los cuerpos cubiertos con un lienzo manchado de tierra y sangre, permanecía de pie mirando hacia el infinito con ojos extraviados. Era una mirada perdida. Las demás familias lloraban, gritaban contra el destino y maldecían, en cambio Abderramán permanecía como ausente con los dientes apretados y los ojos secos. Durante la madrugada agotó sus lágrimas. En su cabeza había una sola idea: dar sepultura a sus muertos y descansar, estaba completamente agotado, había movido vigas, piedras y tejas de pizarra y por último hubo de transportar a hombros hasta la plaza, como le habían ordenado las autoridades, a sus padres y al hermano pequeño.

Antes de que hubiera oscurecido aquel luctuoso día, todos los fallecidos del pueblo, en este menester ayudaron los supervivientes, descansaban bajo tierra y Abderramán, extenuado, pues no había

probado bocado en todo el día, se recostó ante la puerta de lo que fue un corral. Ni siquiera encontró la esterilla. Deseaba dormir como nunca lo deseó en toda su vida, pero se lo impedía el propio cansancio. Miró las estrellas intentando encontrar una respuesta y no la obtuvo. De pronto se soliviantó, pues escuchó unos ruidos que atravesaban la oscuridad y se acercaban hacia él. Enseguida se tranquilizó, eran algunas de las cabras que regresaban al redil. “*Mañana las buscaré*”, se dijo. Al menos dos de ellas habían muerto debajo de los escombros de una de las tapias del corral. Antes de echarse para dormir, rezó la oración de la tarde y las lágrimas volvieron a humedecer sus ojos, “*¿qué va a ser de mí?*”.

La noticia del desastre se extendió por las comarcas aledañas y en pocos días aparecieron por el desolado pueblo una caterva de tratantes de ganado, traficantes, usureros, estafadores, charlatanes, bribones y pícaros, dispuestos a aprovecharse de la desgracia ajena, así es la condición humana.

Abderramán consiguió reunir su manada, cuarenta de las cuarenta y dos cabras que tenía. Las malvendió, pues no era el momento de regatear, y se guardó los dineros. Con el hatillo sobre el hombro se despidió de su tía y de un primo, que milagrosamente se habían salvado, y salió del pueblo, estaba claro que allí no podía seguir, se sentía incapaz de levantar casa y corral. Al poco tiempo se tropezó con el cementerio, no podía abandonar el lugar en el que había nacido y se había criado sin despedirse de los suyos. Volvió a llorar, aunque esta vez lo hizo sin resentimiento, había que respetar los designios de Alá, por ello pidió al profeta que los acogiera en su seno. Se arrodilló con mucho recogimiento, rezó la oración de la mañana y con lágrimas en los ojos abandonó aquel pueblo del que nunca hasta entonces había salido.

Estaba emocionado a la vez que asustado, se dirigía hacia lo desconocido y estaba solo. En ningún momento sintió temor a ser robado, vestía las pobres ropas de pastor y nadie podía pensar que en el zurrón llevaba toda su fortuna. El lugar más cercano y en el que podía encontrar empleo era Vera, siempre oyó hablar de su puerto y de la actividad que allí se desarrollaba, quizás tuviera suerte y encontrara trabajo.

Aunque salió temprano del pueblo, antes de avistar la ciudad de la costa hubo de dormir dos noches en el camino, en ambas encontró un abrigo que lo protegió del frío de las madrugadas. En el pueblo de Antas compró una hogaza de pan de centeno, también en este lugar encontró destrucción, pero mucho menos que en el suyo. Al cruzar los naranjales cogió algunos frutos que guardó en el zurrón, los comería cuando estuviera lejos, el robo estaba fuertemente castigado. Sobre el mediodía y al subir a una pequeña loma, vio el mar por primera vez. Se quedó hechizado, era más grande de lo que nunca pudo imaginar. Durante largo rato lo estuvo contemplando

y sobrecogido aún por aquella primera impresión, se dirigió hacia la mancha blanca que se dibujaba junto al mar. Aquella ciudad de casas encaladas era diez veces mayor que su pueblo. Enseguida comprobó que el terremoto había hecho poco daño, quizás fuera también porque los edificios eran más resistentes. Encontró gran movimiento en el puerto y buscó un lugar apartado desde donde observar los barcos. Había uno muy grande que estaba cargando. Los carros se acercaban para que los estibadores traspasaran la mercancía al buque. Se sentó sobre una de las piedras del malecón con los pies colgando hacia las olas que a veces lo salpicaban. Todo era tan nuevo que le faltaban ojos para mirar. Seguía impresionado. Las carretas tiradas por mulos continuaban acercándose hasta la borda y mediante tablonos y palancas iban trasladando al barco los grandes bloques de mármol que parecían haber sido cortados con afilados cuchillos. Abderramán seguía sentado y lo mismo miraba hacia tierra que al mar. Las olas, muy suaves, batían contra la escollera. Miró al frente sin encontrar el fin de aquel azul que terminaba confundándose con el cielo y se maravilló. La superficie del agua era como un bruñido espejo en el que el sol se reflejaba cegándolo. Se frotó los ojos e incapaz de seguir contemplando aquella luminosidad tan deslumbrante miró hacia tierra. Seguía seducido por aquel panorama nunca imaginado y a su cabeza venían una serie de preguntas que nadie podía contestarle. Una de ellas prevalecía sobre las demás: “*¿por qué tendrá el agua este color azul? No recuerdo habérselo oído decir nunca a nadie*”.

–Se está bien mirando, ¿eh?

Le dijo un mozo que después de haber descargado el mármol de uno de los carros se retiraba del muelle asido a la jáquima del mulo que iba en cabeza. Tendría su misma edad, así que sin pensárselo dos veces se levantó y caminó de prisa hasta ponerse a su lado.

–Bien quisiera trabajar –contestó al ponerse a su altura–, pero acabo de llegar y no conozco a nadie en este pueblo.

–Mal asunto. Que yo sepa, en lo único que puedes afanar ahora es en la tierra, andan preparando el campo para iniciar el cultivo de la barrilla².

El mancebo no había parado de andar y Abderramán lo seguía, no quería perderlo de vista pues le estaba dando la información que precisaba.

–¿Qué es la barrilla?

² Cultivo que sólo se daba en Almería.

El joven lo miró con cara de extrañeza, ¿de qué país venía?

–Pues... –no sabía cómo explicarlo–, es una planta con hojas estrechas y largas, ya sabes, como una hierba, que se corta cada año.

–Ya, pasto para el ganado.

–No. Se corta, como te he dicho, y se pone a secar, después se quema. De esas cenizas se extrae el gazul que junto con la grasa se utiliza para hacer jabón.

–Nunca he visto esas plantas.

–Si vienes del interior es natural, pues solamente se crían en terrenos salitrosos. En cuanto las veas una vez no las vas a olvidar, pues son de color rojo.

Abderramán estaba admirado del saber de aquel joven.

–¿Aquí sólo se cría esa planta?

–No –se sonrió–. Aparte de los huertos, la extensión más grande se dedica a la cebada y al centeno. También se cultiva la alheña.

“O sea, que la alheña es una planta, siempre creí que era una clase de tierra”.

Seguían alejándose del puerto.

–¿Dónde vas a vivir?

Aquella pregunta lo cogió desprevenido. No podía decir que tenía dinero para poder alojarse durante un tiempo en una posada, podían robarle.

–En cualquier chamizo, soy pastor y estoy acostumbrado a dormir en corrales o a cielo abierto.

La casualidad hizo que se cruzaran con el encargado de una de las alquerías más grandes del término, el mozo, Abdalaciz, lo conocía y al pasar junto a él le dijo:

–Mira, éste acaba de llegar y busca trabajo.

El aludido se detuvo y lo observó durante unos momentos, lo vio fuerte y podía valerle, no obstante le preguntó:

–¿Por qué has venido a Vera?

–Mi pueblo ha sido destruido por el terremoto y he perdido a mi familia y con ella todo lo que teníamos.

–Lo siento, ¿eres agricultor?

–No, soy pastor, pero puedo trabajar en lo que sea.

El hombre, con una barba en la que aparecían ya las primeras canas, vestía túnica blanca, turbante del mismo color y sandalias de cuero. Durante unos segundos sostuvo la mirada del mancebo, después lo observó con detenimiento. Su pobre vestimenta y su afligido rostro le causaron pena, pues se vio reflejado en el forastero.

También él, siendo aún niño, quedó huérfano de padre y madre y alguien, sin conocerlo de nada, le prestó ayuda. Al fin dijo:

–Si no tienes donde dormir puedes hacerlo en las cuadras, acompáñame.

Abderramán miró a sus salvadores con una cara en la que se adivinaba el agradecimiento. No tenía la menor duda de que había acertado con dejar su pueblo. Llegó a los establos que el hombre le había indicado y se sentó sobre un saco de cebada. Aquella sería su nueva casa, ¿hasta cuándo?, no lo dudó ni un momento: “*hasta que Alá lo disponga*”.

El rey de Granada, para contrarrestar las razias castellanas que habían devastado la vega, y sobre todo pensando en aumentar su prestigio personal, decidió recaudar nuevos impuestos y ello trajo consigo el descontento entre los granadinos, que se agruparon en torno a su hijo Abu Abd Muhamad³, que fue proclamado rey por los abencerrajes. El destronado sultán y su hermano, Muhammand b. Sá'd, se vieron obligados a refugiarse en Málaga.

El reino de Granada atravesaba uno de los peores momentos de la historia musulmana, hacía pocos meses que se había producido una sangrienta batalla entre los seguidores de al-Zagal y los de Boabdil y ello estaba permitiendo a los castellanos ampliar su ofensiva.

Almería había jugado un papel importante en la crisis interna del reino nazarí. En la primera etapa, Boabdil escapó con su madre y hermano a Guadix desde donde poco después se dirigió hacia Almería. Allí, rodeado de adeptos, fue proclamado rey de Granada. Asegurada Almería, que quedó bajo el mando de su hermano Yusuf, Boabdil regresó a la ciudad del Darro en la que fue recibido con aclamaciones.

Deseoso de alcanzar prestigio, el nuevo rey inició una incursión en tierras cristianas atacando la ciudad de Lucena. En el trascurso de la batalla sufrió numerosas pérdidas e incluso el propio Boabdil fue hecho prisionero.

Humillado, el rey de Granada compareció ante el rey Fernando.

–Veo con disgusto que no habéis aprendido nada de vuestros mayores –dijo el rey de Aragón, que estaba rodeado de los nobles más ilustres de su reino y de la flor y nata de los castellanos.

–Sí lo he hecho. En primer lugar, yo no hubiera firmado nunca un pacto tan vergonzante como el que firmaron mis antecesores.

–Pero lo hicieron, y la palabra dada entre reyes ha de respetarse, ¿no creéis?

–No creo que sea obligado cuando fue firmado bajo coacción y sobre todo, cuando es abusivo para mi reino. Granada no puede empeñarse más de lo que está ya para pagar unas parias tan injustas.

³ El Boabdil de la historia medieval.

—¿Y sí puede hacerlo para levantar un ejército contra su señor?

Castellanos y aragoneses estaban indignados contra su rey, aquel levantisco vasallo no merecía tantas contemplaciones.

El granadino, que acusó las últimas palabras del cristiano, desvió la mirada hacia los tapices que cubrían las paredes de la sala de audiencias, ¿qué podía contestar?

La entrevista duró poco tiempo, Fernando estaba cansado de las veleidades del nazarí. No obstante, y en contra de la opinión de la mayoría de los caballeros de su corte, Boabdil sólo estuvo confinado tres días, al cuarto fue puesto en libertad.

Nadie en el Consejo vio con buenos ojos la acción que su rey había realizado, pues teniendo prisionero a su enemigo le había dado la libertad, y lo hizo a sabiendas de que el granadino no cumpliría con los pagos convenidos.

Las caras de los consejeros estaban serias. Habían acudido al llamamiento de su rey y aprovecharían la ocasión para mostrar su desacuerdo.

—Veo en vuestros rostros la desaprobación y el enfado por la puesta en libertad del nazarí.

—Majestad —contestó el condestable de Castilla—, ese traidor no merecía la merced que le habéis otorgado.

Fernando miró a su hombre de confianza para responderle, y lo hizo sin mostrar contrariedad.

—Querido condestable, me habéis hecho grandes servicios en el campo de batalla y aún espero más de vos, pero de estrategias políticas entiendo yo más.

—Perdonad majestad, pero soltar a un enemigo no es nunca, ni siquiera en diplomacia, un buen ardid.

—Os equivocáis. Uno de los objetivos de mi política es sembrar la discordia entre los nazaríes. Terminar con Boabdil es acabar con las rencillas, y ello zanjaría la división, pues todos se alinearían, sin fisuras, con el nuevo señor. Es pues necesario que se debiliten entre ellos, mejor que los dos bandos se acuchillen que derramar sangre cristiana, ¿no creéis?

Ninguno de los consejeros fue capaz de rebatir aquella estrategia. Además, en aquel tratado, por el cual se le devolvía la libertad a Boabdil, éste volvió a reconocerse vasallo de Castilla.

A pesar de la combatividad del monarca legítimo Abu I-Hasan y de los éxitos de su hermano al-Zagal, la guerra se fue convirtiendo en una guerra de asedio, tal y como Fernando había pronosticado.

Abderramán se instaló en Vera y trabajó la tierra hasta que un desgraciado accidente dejó tullido a uno de los estibadores del puerto. Abdalaciz, con el que había hecho amistad, le informó del suceso y, después de hablar con el capataz de la cuadrilla, ocupó su puesto. El trabajo consistía en cargar en los barcos el mármol que llegaba desde las canteras de Macael, una faena dura y peligrosa, pero mejor remunerada que el trabajo agrícola, además, lo prefería, pues un puerto es siempre una puerta abierta por la que entran el conocimiento y las noticias, y él estaba ávido de ambas cosas. Abderramán, que había estado retirado en los montes con sus cabras, disfrutaba con las nuevas que cada día traían las tripulaciones de los barcos. Ante él se abría un mundo nuevo, pues nunca había estado en contacto con la gente. De andar entre riscos sin más compañía que la de sus animales había pasado a estar rodeado de personas que procedían de otras ciudades. Él era como una esponja y absorbía todo cuanto escuchaba. También los olores y hasta los colores habían cambiado, ahora no percibía el aroma de los tomillos sino el salobre de las algas; el azul de cielo y mar también habían borrado el pardo y el ocre de los montes.

Aquella tarde habían terminado el trabajo muy pronto y, sin nada que hacer, se dirigió hacia la posada que había en el mismo puerto, lo acompañaba su amigo Abdalaciz. Apenas había nadie en el establecimiento, sólo el capitán de la nave, que antes de zarpar departía con el armador. Los camaradas se sentaron cerca y pudieron escuchar la conversación de los hombres con bastante claridad. El amigo fue a decir algo, pero Abderramán le dio con el codo para que callara, lo que estaban hablando le interesaba.

–La situación del reino es desesperada –le comentaba el capitán al comerciante que había contratado el flete, un judío criado no lejos de Vera y que últimamente se había instalado en una gran mansión que apenas distaba cincuenta varas del puerto–. Desde que en primavera hemos perdido Vélez Málaga y Málaga, las cosas pintan mal.

Los amigos escuchaban con atención, pues si bien había habido rumores, hasta ahora no se habían confirmado. Si el capitán lo afirmaba había que darlo por cierto. Abderramán desconocía la extensión del reino, pero había oído hablar de Málaga como de una gran ciudad. ¿Estarían ellos en peligro? Desde aquel momento comenzó a odiar a los cristianos.

–¿Es cierto que Boabdil ni siquiera intentó defender las plazas?

–Lo es, y según dicen, yo no puedo asegurarlo, parece que existe un pacto secreto que le une a los reyes cristianos. Si él no ayuda a los nuestros, la ciudad de Granada no será atacada.

–Ésa es un arma de doble filo pues, ¿hasta cuándo respetarán el tratado los cristianos?

–Hasta que Granada esté debilitada y madura –contestó el capitán.

–Nuestra situación es crítica y no descarto tener que cruzar el mar, pues cuando los cristianos nos invadan no creo que vayan preguntando por nuestras creencias. En mi juventud fui testigo de revueltas y batallas y nosotros, sin tomar parte en ellas, siempre hemos recibido los golpes de todos los bandos.

El capitán no respondió, pues bien sabía que lo que decía el judío era cierto.

Abderramán, aunque no entendió bien las palabras del armador, si advirtió el peligro que se cernía sobre ellos, por eso preguntó al amigo:

–¿Qué hay al otro lado del mar?

–Las tierras de nuestros hermanos, allí no hay cristianos ni creo que nunca se atrevan a ir.

Por la cabeza de Abderramán comenzó a bullir una idea que nunca hasta entonces había tenido: cruzar el mar.

En Granada, aunque con cierta preocupación, la vida se desarrollaba con normalidad. No obstante, y en prevención de cualquier eventualidad, se estaba haciendo acopio de grano en los almacenes reales, pues las intenciones de los reyes cristianos eran impredecibles.

En la casa de Ibn al-Azraq, famoso letrado granadino, trascurría la vida con la rutina de siempre. El señor, como todas las mañanas, permanecía en su alcoba hasta bien entrado el día, pues cada noche se celebraban reuniones culturales en las que no faltaban los vates ni las bailarinas. La música de virtuosos intérpretes los deleitaba hasta altas horas de la madrugada y, en contra de las prohibiciones coránicas, se tomaban bebidas alcohólicas y espirituosas con la generosidad con la que sus señores, altos dignatarios, pagaban cada noche con el fin de obtener el favor del rey. Como siempre había ocurrido, las prebendas y nombramientos eran otorgados a sus mejores servidores.

Cuando el criado entró en la alcoba después de pedir permiso, al letrado le pareció que gritaba y se cubrió los oídos con las manos. La luz y el sonido de su voz produjeron en su señor un insoportable dolor de cabeza.

–Maldita sea, calla y cierra esa puerta de una vez.

El sirviente cumplió la orden de su señor e inclinando la cabeza esperó a que su dueño le preguntara, no estaba dispuesto a recibir unos azotes. Cuando el amo se levantaba de mal talante era temible.

–¿Por qué me molestas a estas horas?, sabes que no debes entrar en mis aposentos hasta que seas llamado. Habla.

–Un mensajero de palacio ha traído este pliego y ha dicho que es urgente.

–Entonces, ¿qué esperas para entregármelo? –comentó enfadado al tiempo que se lo arrebató de la mano–, ahora vete y no vengas hasta que te llame. Fuera.

El criado, acostumbrado a los malos modales, sobre todo cuando su amo se levantaba con resaca, salió de la estancia lo más rápidamente que pudo y cerró la puerta tras él y lo hizo con mucho cuidado, no había que tentar a la suerte.

El letrado entreabrió la ventana a la par de entornar los ojos, y desplegó el papel.

La letra era del secretario personal de Boabdil, la conocía de sobra, así que leyó el mensaje: *“Tu presencia es requerida en palacio. La reunión tendrá lugar a las once”*.

¿Qué podía haber ocurrido para citarlo con tanta premura? Miró el reloj y vio con desesperación que sólo faltaban quince minutos para la cita.

Las voces llamando al sirviente lo atemorizaron de nuevo, ni siquiera se había alejado de la puerta, así que entró al instante.

–Ensilla mi caballo y espérame en la puerta.

Cuando Ibn al-Azraq entró en la sala de reuniones, el cadí de Granada y dos de sus visires ya estaban esperando. La sala estaba iluminada con lámparas de aceite que colgaban del artesanado y de las paredes, debajo de las cenefas en las que estaban grabadas sentencias del profeta, colgaban tapices con motivos florales. El letrado saludó a los presentes, viejos conocidos, y preguntó:

–¿Se sabe el motivo de esta reunión?

–Enseguida lo conoceremos –contestó el primer visir. El letrado no estuvo convencido de su ignorancia.

–¿Faltan muchos?

–A eso sí puedo contestarte: sólo esperamos al rey.

Permanecían de pie, pues la llegada de Boabdil debía de ser inminente.

Abderramán recordaba con nostalgia los días vividos con su familia pero, asumida la tragedia, cada día daba gracias al profeta por el cambio que había experimentado su existencia. Cada vez se reconocía menos, ahora hablaba con los marineros y con todos los estibadores del puerto y tenía amigos en todas partes, en poco tiempo se había hecho muy popular, todos lo conocían por el sobrenombre de “el pastor”. Él lo admitía con naturalidad, pues ése había sido su oficio durante toda su vida.

En una reunión festiva, propiciada por el casamiento de la hermana de su amigo Abdalaciz, conoció a una doncella de ojos negros y largas pestañas que le sonrió en cuantas ocasiones se cruzaron. No la había visto hasta entonces y dedujo que no era de Vera. Su amigo lo sacó de dudas.

–¿Te gusta? Vive en una alquería a cinco leguas de aquí, rara vez visita el pueblo.

–¿Es familia tuya?

–Prima. Es hija de una hermana de mi padre. Se llama Soraya.

Habló con ella unas palabras y lo hizo en presencia de Abdalaciz. Aquella noche no pudo dormir. La sonrisa de la joven lo había hechizado, aunque en su fuero interno comenzó a comprender que nunca podría alcanzarla, pues no tenía padre que pudiera ajustar el compromiso ni dote que aportar, Soraya era hija de un hacendado que nunca consentiría tal enlace. “*Seguro que ya habrá otros mancebos cuyos padres estarán tratando el compromiso*”.

Estaba tan desolado aquella mañana que ni siquiera notó la presencia de su amigo.

–Te veo pensativo.

–Y lo estoy –hizo una pequeña pausa para después agregar–, cuando llegué a Vera me pareció otro mundo y la verdad, pensé que mi vida acabaría aquí.

–Y ya no piensas lo mismo, ¿qué te ha hecho cambiar de opinión?

–Una idea que desde anoche me está rondando por la cabeza.

Abdalaciz miró a su amigo con interés, pues en su cara se dibujaba una expresión que sólo se observa en las personas que han llegado al descubrimiento de algo importante.

–¿Y es?...

–Que si sigo aquí no me moriré de hambre, pero tampoco saldré de la pobreza.

–En eso tienes razón, pero Alá no dispuso que nacióramos en otras cunas más acomodadas.

–Eso pensaba yo hasta esta pasada noche.

–No me digas, ¿acaso has tenido una revelación?

Abderramán se sonrió, su amigo era ocurrente.

–¡Vamos! –gritó impaciente el capataz.

Los amigos dejaron la conversación y se acercaron al barco que acababa de atracar. Antes de cargar el pesado mármol había que descargar los fardos de paños, las pesadas alfombras y las cajas que contenían quincalla y perfumes.

Trabajaron duro durante todo el día hasta que la mortecina luz del sol marcó el final de la larga jornada. Eran dos mocetones y podían con todo, así que cuando dieron de mano estuvieron hablando con uno de los marineros más jóvenes, el tunecino demandaba información sobre tugurios en los que hubiera mujeres de vida alegre, Abderramán ni siquiera entendió el significado de aquella pregunta, así que fue su amigo el que le dio la información.

–No hay nada más que una casa. Deja el puerto y continúa por la playa, está justo detrás del faro, no tiene pérdida.

El mancebo le dio las gracias y se encaminó hacia el lugar que le había indicado.

De la mente de Abderramán no se iban aquellas palabras: *“mujeres de vida alegre”*.

–¿Qué busca ese marinero?

Abdalaciz no se rio, su amigo era sincero, quizás nunca hubiera oído aquella expresión, así que contestó con toda naturalidad.

–Yacer con una prostituta.

–Nunca me dijiste que hubiera una casa de ésas en Vera.

–Nunca me preguntaste. La verdad es que quienes más la visitan son los tripulantes de los barcos. Una vez oí decir a un viejo marinero que la importancia de un puerto se medía por las casas de putas que hubiera en él.

Abderramán no había yacido nunca con ninguna mujer, así que la posibilidad de experimentar aquel placer estaba a su alcance pues disponía de suficiente dinero, su herencia no sólo no había menguado, sino que con sus pequeños ahorros había aumentado. Los dineros los llevaba siempre encima o los dejaba debajo de sus harapos.

Al quedar solos, Abdalaciz, que cuando los interrumpió el capataz no había terminado de escuchar los razonamientos que su amigo le estaba exponiendo y que habían causado aquella preocupación, aprovechó para preguntar:

–¿Qué revelación has tenido esta pasada noche que ha hecho que cambie tu vida?

–No sé si la cambiará, pero ya no me conformo con mi situación, como tampoco lo hice con mi condición de pastor. Ahora sé que hay otros mundos y debo de conocerlos. En alguno de ellos puedo encontrar la fortuna.

–Así, en una sola noche, has tomado la decisión, ¿no habrá sido mi prima la que te ha hecho cambiar de ideas?

–¿Crees que tu tío me admitiría en su casa?

–Mi tía es su madre y el hacendado él –lo miró con pena para agregar–. No, no te admitiría en su casa, estoy seguro.

–En cambio lo haría si tuviera fortuna.

El amigo movió la cabeza para reafirmarse en su teoría.

Aquella noche se echó en su jergón algo más inquieto que de costumbre. Cuando dejó la alquería le habilitaron un lugar dentro de una de las naves del puerto y se echaba junto a otros diez estibadores, todos mayores que él. A su lado dormía el “Largo”, un hombre alto y enjuto con pronunciada nariz aguileña y mentón fuerte, que quedaba oculto bajo una poblada barba blanca; tenía los ojos pequeños y hundidos aunque con una penetrante mirada. A pesar de su edad, tenía fuerzas para levantar los fardos y colocarlos en su sitio. Nadie conocía su vida anterior, una mañana apareció por Vera y se quedó, de esto hacía ya más de diez años. En varias ocasiones había dicho: *“éste es un buen lugar para morir”*.

Era un hombre poco hablador, aunque con Abderramán, que nunca le hizo ninguna pregunta, solía hablar de vez en cuando, sobre todo si había tomado algunos jarros de vino.

–De buena gana me enrolaría en el barco de Túnez y mañana mismo partiría –dijo el joven pastor al escuchar a su compañero de jergón echarse sobre el camastro. Lo hizo como si pensara en voz alta y sin esperar respuesta, pero la obtuvo.

–Y harías bien –contestó el “Largo”.

Abderramán se extrañó de la respuesta dada por su compañero de alcoba.

–¿Tú te irías?

–Yo me fui.

-¿De joven?

-De niño.

Abderramán comenzó a animarse, le parecía imposible que el “Largo” tuviera tantas ganas de hablar.

-¿Conoces muchos lugares?

-He surcado todos los mares y pisado las tierras más extrañas -se detuvo unos momentos dubitativo para después continuar hablando, quizás hubiera tomado unos vasos de vino aquella noche-. He gozado a las más hermosas huríes y he visto monstruos que sólo el contemplarlos erizaba los vellos de los más valientes.

-Pero te has quedado en Vera.

-Sí, me he quedado aquí porque nada me queda por ver.

-¿Sabes leer?

Aquella pregunta desconcertó al “Largo”.

-¿Quién te ha informado sobre mí?

-No entiendo.

-¿Por qué me has hecho esa pregunta?

-No sé, quizás porque siempre tuve el pesar de no haber podido aprender.

Satisfecho con aquella respuesta contestó:

-Tuve una biblioteca que llenaba dos grandes estancias.

-¿Y qué pasó con ella?

-Ardió con mi casa.

Si aquel cobertizo hubiera estado iluminado, Abderramán hubiera podido ver el brillo que despedían aquellos ojos que todavía veían las llamas extenderse por toda la propiedad.

Los recuerdos que le trajo aquella pregunta lo trastornaron de tal modo que cerró la boca y no volvió a abrirla. Abderramán no quiso forzar la situación, el hielo se había roto entre ellos y ya habría otras ocasiones. Aquel hombre podía enseñarle muchas cosas.

Ibn al-Azraq se quedó de una pieza. Durante el tiempo que necesitó Boabdil para explicarle su misión, su cabeza no paró de intentar comprender los motivos por los que el rey de Granada había pensado en él para llevar a cabo aquella empresa tan arriesgada, él no había salido nunca del reino.

–Nuestra situación pasa por unos momentos muy delicados y lo que es peor, no hay perspectiva de que mejore, antes al contrario, empeorará.

–¿Seré capaz de llevarla a cabo? – *“yo, que no he visto un barco nada más que en los tapices de la Alhambra...”*.

–No hay en Granada nadie más capaz que tú. Todo mi consejo ha estado de acuerdo. Nuestra última esperanza está en Egipto. Oait Bay es primo mío, si no nos ayudamos entre la familia estamos perdidos. Por encima de los reinos y de los reyes está el Islam, debes de hacérselo comprender.

De la mente del letrado no se le iba aquella idea. Él era un hombre cómodo que no aspiraba nada más que a vivir muellemente en su propiedad disfrutando de los placeres que en su vida de letrado al servicio del poder había ido alcanzando. Además de su residencia, un palacete en el centro de Granada, poseía una alquería que le proporcionaba buenas rentas y en la que se había reservado el ala principal para celebrar fiestas y zambras. Tenía una esposa que era hija de un príncipe abencerraje y poseía esclavas que lo deleitaban con música y cantos. Si emprendía el largo viaje tendría que despedirse de la molicie y del lujo en el que vivía, eso sin medir los riesgos que semejante viaje podía acarrearle. Nunca fue hombre de armas y los mares estaban plagados de piratas.

–El tiempo es oro, así que mientras estamos hablando he enviado a un capitán a Vera para que reclute a gentes que no le teman a la mar, los del interior son poco proclives a emprender una empresa tan peligrosa, los más ni siquiera saben nadar y se marean con tan sólo pisar una nave.

“Igual me pasará a mí. ¿Por qué no has pensado en uno de tus visires? O de tus almirantes, ¡maldita sea!”.

–Esmérate en pintar la situación aún más negra de lo que está, eres un hombre de recursos y muy persuasivo.

Estaba claro que no podía eludir la responsabilidad que había caído sobre sus hombros, por ello, y por primera vez, se atrevió a preguntar:

–¿Hasta cuánto puedo comprometer a cambio de la ayuda?

Boabdil no lo pensó.

–No hay límite, necesitamos ese apoyo.

–¿Llevaré cartas que avalen mi embajada?

–Naturalmente, ya las están preparando. Tú organiza tus propiedades para una larga ausencia, de lo demás se encargarán mis secretarios. Los presentes que llevarás a mi primo se te entregarán el día de la partida. Embarcarás en Almería. Antes de cruzar el mar, solamente haréis escala en Vera, allí se completará tu escolta que, naturalmente, estará formada por hombres aguerridos.

Boabdil se levantó e inmediatamente lo hicieron los demás miembros del consejo.

–¿No volveremos a vernos?

–El día de la partida te despediré con un abrazo.

El letrado abandonó la sala de reuniones con una sensación rara en el estómago. Montó en su caballo y de una manera mecánica cabalgó, no hacia su casa, sino hacia la alquería, allí disponía de unos baños bien acondicionados y lo esperaba Rebeca, su favorita. Seguidamente se imaginó en los brazos de la esclava, ambos sumergidos en el agua tibia, y por unos momentos se olvidó de la incomodidad que le suponía aquel endiablado viaje.

La fortuna le sonreía, Ghazalí era un naviero muy afamado en las costas del Mediterráneo; hijo de un capitán de barco, conocía todos los mares. Desde que tuvo uso de razón acompañó a su padre en el tráfico de especias, navegando desde las costas de oriente hasta el reino nazarí y desde el mar Negro y la península de Crimea hasta Alejandría, Túnez y el Magreb. Desde que su padre murió, ya hacía ocho años que una traicionera ola lo arrebató de cubierta, el heredero, menos escrupuloso que su progenitor, había prosperado hasta llegar a tener una de las flotas más importantes del Mediterráneo.

Joven, con una fortuna que aumentaba con cada flete, no se privaba de nada, así que disfrutó de las mujeres más hermosas que encontró en mancebías y tugurios. Su llegada a puerto, desde Constantinopla hasta Málaga, era siempre celebrada. Compró esclavas y las vendió después de yacer con las más hermosas durante las largas travesías. Siempre buscó novedades y las encontró. Su maestro, un esclavo cristiano comprado por su padre, llegó a ser su amigo. Él le inculcó el interés por la lectura. Durante las noches de las largas travesías y alumbrados por un vacilante farol, su maestro le habló de Aristóteles, Plutarco, Pericles, Cicerón, Pitágoras y Platón. Sus desplazamientos le permitían comprar libros en todos los mercados ribereños, los vendedores conocían su afición y se los guardaban, pues nunca regateó el precio.

La conversación mantenida con Abderramán, echados sobre sus camastros en el puerto de Vera, le hizo recordar aquella vida. Por las mañanas se asomaba a la toldilla y respiraba el olor del mar, era como estar en casa, pues había pasado más tiempo navegando que en tierra firme. Conocía cada puerto por los olores que desprendían las cocinas de las posadas y abacerías que en todos los muelles esperaban a los marinos.

El barco que capitaneaba era una carraca adquirida recientemente, que superaba a las naos y carabelas, los otros tipos de barcos que componían su flota.

Había llegado a Alejandría, una ciudad que lo embriagaba. La descarga la dejó en manos de su contramaestre. Desde el castillo

de popa echó una ojeada. Los mástiles de los innumerables navíos amarrados al abrigo de vientos apenas si se mecían. Aquella ciudad le atraía irremisiblemente, su maestro le había hablado de la historia de Cleopatra. En más de una ocasión pensó en que sería el lugar ideal para acabar sus días, incluso le había echado el ojo a una villa romana que estaba en venta.

Nada más desembarcar se tropezó con Abu-Abdalá, poderoso comerciante al que en más de una ocasión había traído alfombras y tapices.

–Salam alaykum.

Ghazalí se giró y se encontró con el viejo amigo.

–Alaykum salam, no te había visto, perdona, pero acabo de desembarcar y sólo veo la posada del muelle.

Besó al amigo en sus mejillas tres veces y lo abrazó con fuerza.

–Lo comprendo y no te entretengo, pues yo también estoy muy ocupado, pero esta noche te espero en mi casa. Doy una fiesta en honor de mi hija que ha cumplido dieciséis años.

–No faltaré.

–Habrà música y cordero asado, recuerda que el de mi casa es el mejor que has comido nunca.

–Es cierto –se sonrió antes de agregar–, otro motivo más para no faltar.

Después de que le hubiera revelado parte de su pasado, Abderramán tomó por el “Largo” más interés que el que había tenido hasta entonces, así que decidió seguir sus pasos. Durante unos días fue su sombra, y todo para nada, pues lo indagado fue decepcionante. Aquel hombre se limitaba a trabajar durante la jornada y después gastaba el jornal en el único tugurio del puerto. En el jergón se le soltaba la lengua hasta que se le volvía de trapo, entonces roncaba como un animal herido. A Abderramán no le molestaba, pues cada noche caía como un fardo.

Otra noche en la que debió beber más de la cuenta, el “Largo” comenzó a hablar y lo hizo con dificultad.

–Tú sigue aquí perdiendo el tiempo y la juventud.

Abderramán se volvió hacia él para decirle:

–Si no me he ido ya ha sido porque no sé cómo hacerlo y, sobre todo, porque desconozco el camino que debo de seguir.

–Ya... ¿cuántos lugares conoces? –le costaba hablar pero su conversación era coherente.

–Ninguno.

–Entonces lo mismo te da empezar por un sitio que por otro, ¿no te parece? No lo pienses más, enrólate en el primer barco que te admita, tiempo tendrás de cambiar de rumbo.

–Tienes razón, estoy pensando que debiera de hacerlo, pero con alguien como tú, que conoce mundo –después de unos segundos de silencio agregó–, no sé cómo puedes vivir aquí.

–Nunca juzgues a un hombre.

–Perdona, pero si tu conocimiento del mundo te ha servido para tan poco, me estás quitando las ganas de irme.

Lo dijo por ver si lo picaba y lo consiguió.

–Yo he subido a lo más alto y las caídas desde esa altura son temibles, pues desde las profundidades es imposible salir. En mi caso concreto la única salida es la muerte.

–¿No te quedan sueños ni ilusiones?

–Ninguno. Trabajo para beber y bebo para olvidar.

Abderramán lo pensó de inmediato y así lo dijo, también a él lo había trastornado una mujer hasta el punto de desear cambiar de vida.

–¿Fue una mujer la causante de tu mal?

El silencio más profundo fue la respuesta. Abderramán supo que había dado en el clavo.

Ghazalí echó la mañana en comprar alguna ropa, quería presentarse en la casa de su amigo lo más dignamente que pudiera, allí confluían siempre altos dignatarios y ricos mercaderes. Antes de volver al barco se dirigió al hamman, el baño público estaba situado junto a la mezquita aljama. Las esclavas le atendieron con total entrega y al cabo de un buen rato, aquel cuerpo que había llegado tenso y enervado se relajó por completo. Con los ojos cerrados notaba el roce de la esponja que se deslizaba sobre su torso impregnando sus poros con los más refinados perfumes de oriente. El tiempo que permaneció en los baños fue el mejor empleado aquella mañana. Terminadas las abluciones regresó al camarote y se echó sobre el coy. Hasta que no llegara la hora de asistir a la cena no saldría, las veladas en casa de su amigo eran largas y venía cansado, la última parte de la singladura había sido difícil, el mar zarandeó la nave y nadie a bordo pudo descansar.

El camarote estaba bien aprovechado. Una estantería lo recorría en su totalidad, en ella tenía tratados de astrología, filosofía y las grandes odiseas griegas. El Corán, como libro de cabecera, era el que tenía más a mano. Una pequeña mesa abatible le servía de escritorio. Del techo colgaba una lámpara de aceite que se balanceaba produciendo un familiar ruido que a su vez era la única señal que le indicaba que había abandonado el puerto y estaba navegando.

Se quedó dormido en unos momentos y tuvo sueños relajantes que hicieron que se despertara descansado y con ganas de iniciar una fiesta. Miró a través del cristal y comprobó que el sol estaba a punto de ocultarse, así que dio un salto y se levantó. Pleno de energía se vistió con sumo esmero. Avisó al contramaestre de su salida y como la casa de su amigo estaba cerca del puerto, decidió ir dando un paseo. Antes de alejarse saludó con la mano a su hombre de confianza que estaba en la popa hablando con el timonel. Durante el corto recorrido las mujerzuelas lo abordaron en dos ocasiones, ambas le ofrecieron sus servicios y Ghazalí las apartó con determinación.

–Hoy tengo prisa, pero no desesperes.

–Te conozco –dijo una de ellas.

–Entonces sabes que cumplo mis promesas.

Ghazalí era un hombre alto y bien engalanado resultaba imponente. Vestía túnica de lino y sobre ella una capa de seda y un turbante de color azul cerrado con un broche de esmeralda que denotaba su alto nivel económico. Al cinto llevaba una daga con empuñadura cubierta de pedrería, que en un momento de necesidad blandiría con habilidad sobre el enemigo que se atreviera a enfrentarse a él.

Aunque no era conocido por los sirvientes de Abu-Abdalá, ni siquiera tuvo que presentarse, pues el señor de la casa estaba en la entrada recibiendo a los invitados.

–Eres bien venido a mi casa. Pasa al interior que enseguida te atiende.

Encontró criados que se brindaron a acompañarlo hasta la sala principal, pero él los rehusó, conocía aquella casa como la palma de su mano, había disfrutado en ella de noches placenteras y de asados incomparables. Atravesó recintos y galerías hasta llegar a la tarbea en la que ya esperaban algunos invitados. La estancia estaba profusamente iluminada por lámparas de aceite que colgaban del artesonado, de las paredes pendían tapices de seda, que al tiempo que adornaban su casa le servían de exposición. El comerciante no desaprovechaba ninguna ocasión para vender sus preciadas mercancías. Encontró a viejos conocidos. Los sirvientes le ofrecieron bebidas y las degustó en compañía de navieros, comerciantes y autoridades, entre ellas el muftí y el cadí de Alejandría.

En cuanto llegó el último invitado apareció el orgulloso comerciante. La música inundó la sala. Fue la señal para que todos se sentaran. La hija del anfitrión, rodeada de otras damas, todas vestidas con túnicas blancas en las que los brocados resaltaban de manera especial, hizo su entrada triunfal.

La presentación fue celebrada con los versos de un vate que no escatimó alabanzas para enaltecer las prendas de la joven, en verdad merecidas. Los sirvientes se multiplicaron para servir todo tipo de viandas mientras la música de laúdes y chirimías llenó el salón hasta rebosarlo y salir por las abiertas ventanas inundando los jardines aledaños.

Ghazalí sabía que después de aquel entrañable acto tendría lugar la presentación de su prometido, el hijo de un poderoso comerciante. A él no se le escapó que tras el enlace, hábilmente concertado, estaba la unión de dos poderosas familias. El monopolio de alfombras, tapices y sedas quedaba asegurado y con ello mayores

ganancias. Ghazalí, que sabía que su amigo llevaba mucho tiempo detrás de esta alianza, se alegró de veras y lo felicitó efusivamente. Inmediatamente después se dedicó a devorar el succulento cordero y a libar los excelentes caldos que el anfitrión había reservado para tan fausta ocasión.

Terminada la comida y los actos protocolarios, el grupo se dispersó y cada uno se entregó a sus placeres favoritos. La homenajeadada se retiró con sus damas y el resto de los comensales inició la búsqueda de los placeres que el anfitrión había puesto a su alcance. Había esclavas y danzarinas dispuestas a complacer a cada uno de los invitados, así que el jardín, por su intimidad y recato, fue el primer recinto que se pobló de parejas. Entre la discreta música de los surtidores y el murmullo de las acequias encontraron la pasión y la lascivia. La noche resultó promiscua para los más de los invitados.

Ghazalí, como de costumbre, había bebido y comido con avidez y ni siquiera había tenido tiempo de fijarse en ninguna de las esclavas de su amigo, así que, saciado el estómago, deambuló por la casa. En una de las galerías lo alertó el suave rumor de unas sedas al ser recogidas y miró interesado. Detrás de él estaban los ojos más negros que vio jamás. Los había observado durante la cena, pero estaba a bastante distancia y al lado del padre del novio y ello le hizo mostrarse con cautela, podía ofender a su amigo, pero ahora la tenía delante. Había salido de improviso de una de las estancias y, como él, se había quedado paralizada.

Ghazalí tomó la iniciativa.

–Acompáñame a los jardines, hace una noche templada.

–No es prudente.

Contestó la desconocida, con una voz tan sensual, que conmovió al marino. El no recibir el rechazo como respuesta, sino una excusa baladí, le hizo concebir la esperanza de tener una noche propicia.

–Ser prudente esta noche es algo que no entra en mis cálculos y dejar de mirar esos ojos será tarea imposible de cumplir, os ruego me acompañéis.

La aludida permaneció en silencio durante unos segundos y después, mirando hacia el suelo, musitó:

–A las doce en punto me encontraréis junto a la fuente central del jardín.

–Nada me impedirá acudir.

Mientras se reafirmaba en su decisión de asistir a la cita, acarició la empuñadura de su daga. No renunciaría a verla de nuevo aunque en ello le fuera la vida.

El movimiento de las sedas que encuadraban aquellos ojos se diluyó en la voluptuosa atmósfera que envolvía aquella noche que, de improviso, prometía placeres y misterio.

Ghazalí, que había dado la noche por perdida, volvió a la sala en la que solamente habían quedado los ancianos. Aún faltaba una hora para encontrarse con la mujer que lo había soliviantado. Se sentó junto al muftí y rehusó seguir bebiendo, quería estar despejado, la ocasión lo requería.

La música fue enmudeciendo pero nadie dejó la fiesta. Los criados seguían sirviendo bebidas y en las estancias se abrían y cerraban puertas que encubrían encuentros amorosos.

El tiempo parecía haberse detenido y Ghazalí se intranquilizó. Nervioso por la tensa espera, se levantó y volvió a recorrer las galerías. Detrás de cada puerta se oían suspiros y respiraciones jadeantes. Impaciente por el encuentro volvió a la gran tarbea y tomó la última copa. Eran las doce en punto cuando salió al jardín. El surtidor central salpicaba las losas del arriate. El murmullo del agua acompasaba el latir de su corazón. Allí no había nadie, ¿habría sido burlado? La luna se asomó a la fuente y plateó las húmedas tejas de pizarra. Un bulto negro se desplazó desde el pasillo lateral y se presentó junto al surtidor.

—¿Eres Ghazalí?

—Lo soy.

—Mi ama te envía este escrito.

Lo mismo fue entregar el pliego que desaparecer por el mismo camino que había traído.

—¿No esperas respuesta?

El sonido del agua gorgoteando sobre la piedra fue la única contestación.

De nuevo volvió a la gran tarbea, casi todos los supervivientes a la marea de alcohol dormitaban sobre mullidos almohadones. Las mortecinas luces que no habían sido avivadas por los criados, a duras penas le permitieron leer el mensaje.

“Sé que zarparás al amanecer. Antes de que despunte el día estaré en tu barco. Quiero partir contigo”.

No era aquello lo que había esperado. Una cosa era gozar con aquella mujer y otra muy distinta llevarla en su carraca, pues si era esclava tenía dueño y si esposa, el marido no la iba a dejar marchar sin luchar, pues la perseguiría hasta el fin del mundo. Aunque no le interesara mucho, no tenía más remedio que salvar su honor y el de su casa.

Contrariado por el resultado de la noche, que no le deparó los placeres sospechados, buscó a su amigo y se despidió de él.

–Sabes que zarpo temprano.

–¿Cuándo te quedarás más tiempo en Alejandría?

–En mi próxima visita, lo prometo.

Se despidieron con emoción y el capitán, que no quiso ser acompañado por ningún criado, inició su regreso al barco. La preocupación no lo dejaba tranquilo, ¿cometería un error? Posiblemente, pero si la dama se presentaba no podría dejarla en desamparo.

Aún no llevaba un año en Vera cuando llegó la temible noticia:
“*Los reyes cristianos están en Valencia y se están pertrechando para avanzar hacia Murcia*”.

—¿Te has enterado de la información que han traído los tripulantes de la carabela?

Abdalaciz estaba menos interesado que su amigo en recoger pesquisas, últimamente estaba entregado a los placeres con una hermosa mujer que casi le doblaba la edad aunque, quizás por ello, era maestra en el arte de la seducción.

—¿De qué noticia me hablas?

—Ha llegado un capitán de Granada reclutando gentes.

—¿Qué pasa ahora?

Abdalaciz, que había empleado bastante tiempo en conseguir los favores de Aixa, la mujer del terrateniente más rico de Vera, y que se encontraba pleno de satisfacción y de placer, no deseaba, por el momento, cambiar de fortuna. Aquella mujer, olvidada por su esposo durante demasiado tiempo, encontró en el mancebo la virilidad y promiscuidad que su marido distribuía entre otras damas más jóvenes y lascivas.

—Tenemos la oportunidad de conocer otras tierras y quizás también la de hacer fortuna.

—Veo que sigues con la misma idea. Yo no me quejo de la vida, tengo trabajo y vivo tranquilo en un pueblo en el que tengo familia y amigos, así que para qué tentar a la suerte. La verdad, no entiendo cómo sigues pensando en buscar nuevas aventuras, aquí tenemos seguridad.

Abderramán, que estaba enterado de los negocios que su amigo se traía entre manos, lo miró con gesto serio.

—Cualquier día vas a tener un disgusto, has disfrutado de un placer que a muchos mortales nos está negado, no sigas tentando a la suerte, ¿por qué no nos alistamos?

—¿Estás loco?

—¿Es posible que estés tan obcecado con esa mujer que no te des cuenta del peligro que corres?

—Aquí estaré siempre más seguro que en ninguna parte.

Sabía que no podría convencerlo, por eso cambió su razonamiento.

–Sé que tu caso es distinto y por ello quizás no me comprendas, has nacido y vivido en una ciudad grande, pero yo no he visto en toda mi vida nada más que riscos, barrancos y eriales. Ahora se me presenta la oportunidad de ver mundo y estoy convencido de que no debo desperdiciarla.

–Sí, puede que te parezca una aventura extraordinaria, pero no olvides que puedes encontrar la muerte, y lo haces de manera voluntaria.

–Tú eres el que puedes encontrarla, habéis sido tan poco discretos que media Vera está enterada de vuestros devaneos, ¿qué crees que hará su esposo cuando se entere?

Abdalaciz no contestó, de sobra sabía que estaba siendo imprudente, pero aquella mujer lo había hechizado.

Aquella tarde, en lugar de irse derecho hacia la abacería como había venido haciendo desde que llegó a Vera, el “Largo” se dirigió hacia donde estaba Abderramán. El joven, sentado sobre un noray, esperaba la llegada de su amigo Abdalaciz. Extasiado, como siempre que contemplaba el mar, miraba el horizonte sin pensar en nada y se sorprendió al escuchar, justo detrás de él, la conocida voz de su vecino de yacija.

–¿Sigues sin decidirte?

Abderramán se volvió despacio y, en lugar de contestar, le hizo la pregunta que hacía tiempo deseaba que alguien le aclarara:

–¿Por qué es azul el agua del mar?

El “Largo” se sonrió.

–Antes de darte una respuesta que puedas comprender tendría que darte otras muchas explicaciones.

–¿Me las darás algún día?

–No me gustaría hacerlo, pues sería señal de que te has cortado esas alas que apenas te están saliendo.

La respuesta del pastor fue ágil.

–O de que tú me has acompañado en mi viaje.

El “Largo” volvió a sonreír, aquel mancebo tenía una mente tan clara y maleable que resultaría muy gratificante plantar la semilla del saber y vivir día a día la germinación de lo sembrado pero, o bien el mancebo había llegado demasiado tarde, o él era demasiado mayor para tratar de iniciar una singladura en la que ni siquiera tendría la seguridad de encontrar un puerto, así que le dijo lo que había averiguado:

–Este barco zarpará mañana al amanecer y su capitán estaría dispuesto a admitir a un grumete que en principio sería ayudante del cocinero, no está mal para iniciarse en la ciencia de los mareantes, ¿no crees?

Abderramán experimentó un ligero escalofrío. Era verdad que había pensado seriamente en embarcar para conocer mundo, pero la proximidad de su partida le produjo vértigo, *“estas decisiones tan importantes no se pueden tomar de hoy para mañana”*.

–Así, ¿de pronto?

–Claro, ¿necesitas tiempo para preparar tu equipaje?

–No es eso.

–Naturalmente que no lo es. Lo verdaderamente importante es que no te has decidido del todo, por una parte te gustaría y por otra te da miedo ese salto al vacío.

¿Qué podía contestarle?

Abdalaciz se acercó hacia donde estaban los dos estibadores pero ni siquiera se detuvo.

–Me han dado un encargo que debo de hacer ahora mismo –dijo al pasar junto a ellos–, luego nos vemos.

En ese mismo instante el sol se hundió en el agua dorándola durante unos instantes.

–Hoy no voy a beber, ¿quieres que caminemos por la playa?

Abderramán ni siquiera tuvo la intención de mirarlo, aquello era nuevo, por eso se limitó a contestar:

–Vamos.

El pastor se daba cuenta de que era la primera vez que hablaba con el “Largo” estando sereno y se extrañó. Su voz resultaba clara, nunca le había oído pronunciar de aquella manera.

–Si quitamos las cabras, yo no sé de nada –dijo no sin un poso de tristeza en la voz.

–Más que cuando llegaste sabes, ¿no?

El joven lo miró agradecido.

–También me preocupa, y por eso deseo salir de Vera cuanto antes, la noticia de que los reyes cristianos se acercan a Murcia y después alcanzarán Almería, estamos en mitad de su camino.

–Es una posibilidad, en las batallas cabe cualquier resultado, pero Almería les resultará dura de roer. Ya hace muchos años, Alfonso⁴ de Toledo decidió dar un golpe mortal a los musulimes. Su audacia lo llevó a concebir la idea de conquistar Almería, puerto importante que estrangularía una de las vías de abastecimiento que desde el Magreb mantiene los lazos con nuestros correligionarios. Conseguir la plaza de Almería sería un golpe definitivo, Granada quedaría aislada.

Abderramán se detuvo en su caminar para mirar de frente a su nuevo amigo, que no interrumpió sus explicaciones.

–Leí la historia que escribieron los cronistas cristianos –se detuvo un momento–, ese libro que narraba cómo los heraldos galoparon sin descanso para convocar a los caudillos de su reino, también se

⁴ El emperador.

quemó. Decía que los prelados de Toledo y de León, desenvainando la cuchilla de Dios y la espada de soldado, convidaron a los grandes y a los chicos a que acudieran preparados para el combate; a todos los absolvieron de sus pecados. Todas las parroquias de la diócesis celebraron actos solemnes, se dispensaron indulgencias y se prometió el premio del botín que hicieran a los nuestros.

El joven atendía con sus cinco sentidos, el “Largo” tenía los ojos entrecerrados y parecía que estuviera leyendo aquel libro.

—Corría el mes de mayo cuando después de haber invocado la protección del apóstol Santiago, personaje al que los cristianos creen revestido de poderes, salió el ejército de Galicia para ponerse a las órdenes del emperador, lo acaudillaba Fernando, esforzado capitán que gobernaba Galicia en lugar del rey. Es conde y las gentes lo creyeran rey al observar su pomposo cortejo.

Los estandartes de León, cabeza del reino, son los primeros en llegar al lugar de concentración, sus fueros son los más antiguos y al ejército le corresponde el primer puesto. En una misa de campaña pidieron la protección a la Virgen María, la madre del que consideran su dios. Los acaudillaba Ramiro Flores, varón prudente que tenía a su cargo el gobierno de la ciudad, descendía de reyes, devoto del Señor, esclavo de la ley y leal vasallo, es poderoso y cumplido caballero diestro con las armas, terrible en la batalla, manso en la victoria y cuerdo en el consejo. En la corte precede a los prelados y en el valor iguala a los reyes.

El mismo día por la tarde llegaron los indómitos astures, nunca vencidos ni por tierra ni por mar, varones esforzados que despreciaban la muerte; son diestros cazadores que trepan ligeros por las fragosidades del monte sin que les espanten los precipicios. El espíritu de Dios, cuya protección invocan de continuo, los hace fuertes en el combate. A su frente va Pedro Alonso, el que sin ser conde todavía, a todos aventaja por sus prendas, casado con María, de regia estirpe, hija de conde, será luego condesa.

Al día siguiente llegaron las mil lanzas de Castilla, su hueste, con el oro que los cubre y los cascos de plata, brillan desde lejos. Hinchidos de orgullo, ufanos con sus riquezas, rebeldes al yugo, siempre vivieron libres, sin someterse a ningún rey, sólo el emperador ha logrado sojuzgarlos. Alfonso les ha puesto leyes y ha hecho que doblen la cerviz. Ahora, con los demás, parten hacia la guerra.

Por la mañana llegan los hombres de Extremadura, traen por capitán al conde Ponce, valiente como Héctor, va siempre delante de los suyos sin volver jamás la espalda al enemigo; sus placeres

son las lides y su gloria los enemigos que derriba con su poderosa lanza. Siempre, según ellos, fue el terror de la morisma, junto a él, Fernando Ibáñez, tronco de una numerosa prole y en pos suyo, Álvaro, hijo de Rodrigo que defendió Toledo dando muerte a los que intentaron reconquistarla, fue su abuelo Alvar Fáñez, no hubo lanza como la suya.

Después venía Alvar Rodríguez con honrosa compañía, le siguen los de Navia, los de Monegro y los de la tierra de Lugo que van acercándose al campamento. Descubiertos por el rey Alfonso, sale a recibirlos con ostentoso acompañamiento.

Algo más tarde llega Martín Fernández, señor de Hita; aquél cuya fuerza y poderío experimentaron más de una vez los musulimes. Entra en el campamento con banderas desplegadas exhortando a los caudillos a la guerra. En llegando ante la tienda real se apea y doblando la rodilla se humilla ante Alfonso, que enseguida le ordena que se levante y lo abraza.

Entre tantos ilustres guerreros como acudieron a la lid destaca Armengol, conde de Urgel que acude con numeroso séquito y puesta su confianza en Dios, quiere justificar su renombre de ilustre paladín. Tarda algo más, pero también comparece, Gutierre Fernández, privado del emperador. Llega luego, a la rienda suelta y con regios pendones capitaneando numerosa hueste, otro ilustre caudillo: el yerno del emperador, García Ramírez, el que reina en Pamplona, Álava y toda Navarra.

Con tales aprestos, y compuesto el ejército con tan lucidos escuadrones, el emperador despliega al aire sus banderas y se encamina hacia el sur.

Después de esa prolija descripción de atacantes que casi te he hecho al pie de la letra, ¿obtuvieron una gran victoria en Almería?

–No lo sé.

–Andújar fue la primera plaza que experimentó el poder de las huestes cristianas.

–¿Vencieron?

–A un alto precio, pues antes de llegar a Almería su diezclado ejército fue derrotado. Galcerán de Pinos y Sancerni, señor del castillo de Suyl, dependiente también de la varonía, cayeron prisioneros en los primeros envites con nuestros paisanos de Almería. Los restos de aquellas lucidas mesnadas se retiraron hacia sus condados y se olvidó el sueño de conquistar la hermosa ciudad costera.

–No lo sabía, ¿crees que lo intentarán de nuevo?

–No me cabe la menor duda y ahora son más poderosos, pero la historia, tal y como la cuentan los cristianos, no termina ahí, pues tratan de enmascararla con apariciones y ayudas divinas.

–¿Pues cómo acaba?

–El conde de Barcelona, una vez en sus estados, envió un mensajero al rey de Granada pidiendo la libertad de Galcerán de Pinos y de su compañero.

En palacio le contestaron que debería pagar un rescate de cien doncellas, cien mil doblas, cien caballos blancos, cien paños de oro de Tauris y cien vacas. Tal era el precio de los de Pinos.

Al recibir la cuantía del precio del rescate los condes se entristecieron, pues bien sabían que aquella cantidad, y sobre todo las cien doncellas, sería imposible de pagar.

Un día los vasallos de la varonía, que habían estado al tanto de la cuantía del rescate pedido por el rey de Granada, se presentaron ante su señor. El pueblo entero iba a sacrificarse.

“Señor, nosotros sentimos tanto vuestra tristeza por los buenos tratamientos que como padre nos habéis hecho, que hemos determinado haceros el mayor servicio que ningunos vasallos hayan hecho nunca a su señor. No tengáis por imposible encontrar las cien vírgenes doncellas que han de darse por esclavas a los moros, nosotros tomaremos este cargo. De nuestras entrañas sacaremos el rescate de vuestro hijo, con nuestra carne y sangre libramos a nuestro señor. Quien tenga dos hijas dará una y quien tuviera tres o cuatro dará dos, y quien una sola tuviese echará a suertes con otro que también tenga una y al que tocara la dará y de este modo daremos cumplimiento a las cien doncellas que darán ejemplo de amor y lealtad”.

–Me sorprende tal generosidad, debió de ser un señor muy querido por sus súbditos –dijo Abderramán, que no había perdido detalle del relato.

–El conde –continuó narrando el “Largo”– lloró de alegría, al fin volvería a ver a su hijo. Se señaló día para la marcha y se fijó Salou como punto de encuentro, allí debía de embarcarse el rescate y partir hacia Granada. ¿Qué crees que se inventan para terminar la historia?

Abderramán ni siquiera intentó decir algo, el “Largo” lo había atrapado con aquella narración que le quedaba tan cercana y de la que nunca tuvo conocimiento.

–Llegado el día señalado, al brillar los primeros rayos de sol, la comitiva del rescate salía por la puerta de Tarragona, el pueblo

entero acompañaba con gritos la bendición de las cien hermosas doncellas que iban a entregarse voluntariamente para rescatar a su joven y valiente señor. Todas aparentaban marchar alegres, como si se dirigieran hacia una fiesta. Dos caballeros que venían en sentido contrario se acercaban. La comitiva se detuvo hasta que fueron reconocidos, eran los cautivos. ¿Te imaginas?

–¿Qué había ocurrido?

–Ésta es la historia que contaron ellos:

“Cautivos y aherrojados, aquella noche nos entregamos con fervor a la oración pidiendo al cielo que nos concediese la merced de librarnos de la esclavitud y enseguida vimos caer nuestras cadenas al tiempo que se abría la puerta del calabozo. A los primeros rayos de sol y sin saber cómo, nos encontramos ante las puertas de las murallas de Tarragona”⁵. Todo fueron fiestas.

–¿Tú lo crees?

–Seguro que por mediación de algún enviado del conde les llegó a los carceleros alguna bolsa de oro, no hay mejor llave para abrir una puerta.

⁵ En memoria de tal milagro, Sancerni, señor de Suyl, tomó el nombre de Miracle.

En toda la tarde no había visto al “Largo”, así que cuando, acostado, oyó su torpe andar tropezando con cuanto había en derredor, y escuchó que se echaba en su yacija, se volvió hacia él para informarle de las últimas noticias que esa misma tarde habían traído a la abacería del puerto unos jinetes granadinos.

–Buscan soldados para un largo viaje.

–Tú no lo eres. Lo tuyo es navegar, es cierto que a veces también hay que luchar, pues los piratas hacen abordajes peligrosos, pero ello ocurre de tarde en tarde, en cambio los soldados pelean a diario, ése es su oficio.

–¿Es difícil aprender?

–No, pero es preferible que emplees ese tiempo en buscar el saber o incluso, en saborear los placeres del vino, de la música, de la danza y de las bellas mujeres.

Como si no hubiera prestado atención a las palabras de su compañero, Abderramán continuó con su información.

–El viaje es a Egipto, ¿está lejos?

Aquellas pocas palabras bastaron para contener la locuacidad del “Largo”. Fue como si una afilada cuchilla hubiera cercenado su lengua dejándolo mudo.

Aunque el joven lo intentó en varias ocasiones, no volvió a oír la voz de su compañero de alcoba.

Los recuerdos de Alejandría volvieron a hacerse presentes. Ghazalí se vio en el puerto ordenando el embarque de los últimos aprestos. Un bulto cubierto por una túnica negra, flanqueado por dos criados y una encorvada servidora, se fue acercando a la pasarela. El capitán supo que la enlutada era ella y en pocas zancadas volvió a tierra para recibirla. La ayudó a embarcar y por segunda vez en aquella madrugada tuvo ante él la mirada seductora de la dama que había conseguido tenerlo en vilo durante toda la noche.

Sólo su ama permaneció a bordo, los criados, después de dejar sobre la crujía y cerca del combés los pesados arcones, volvieron a tierra.

Ghazalí se encontró de nuevo delante de los ojos que tanto lo habían impresionado durante la fiesta. Sin mediar palabra,

tiempo habría de indagar sobre el misterio que envolvía a la bella desconocida cuando se alejaron de la costa, ordenó a su segundo que la instalara en su camarote y se dirigió hacia el puente. El profeta había guiado los pasos de aquella beldad hasta llevarla a su barco y él no era nadie para torcer su voluntad, la carraca debía de zarpar cuanto antes, no deseaba tener problemas con las autoridades portuarias. La maniobra de desatraque se inició enseguida y en pocos minutos el airoso mascarón de proa enfiló la bocana del puerto. Alejandría se despertaba del sueño mientras el trapo de las velas que Ghazalí había ordenado desplegar alejaba de la escollera aquella nave preñada de misterio y promesas de placer. Hasta que el rumbo no quedó listo y el timonel dejó fijada la derrota, Ghazalí no se alejó del puente.

El ama estaba sentada a la puerta del camarote, el barco apenas se balanceaba y el sol bañaba las blancas velas que la débil brisa apenas hinchaba.

—Mi señora está descansando, esta pasada noche no ha dormido nada.

Dijo la anciana al ver que el capitán intentaba entrar.

—Está bien. Ven conmigo.

Ghazalí, seguido de la vieja criada, avanzó hacia la popa y a barlovento, indicó a la mujer que se sentara sobre uno de los cajones que contenían maromas y estachas.

—Quiero que me informes sobre tu señora.

La criada, que ignoraba lo que el capitán pudiera saber de ella, lo escuchó, primeramente con recelo y luego con miedo. Su ama podía enfurecerse por lo que pudiera decir, pero el hombre, con el que seguramente vivirían desde ahora en adelante, podía tomarla en su contra y ella era demasiado vieja para que la admitieran en ninguna otra casa.

—Llevo a su servicio desde que nació, su madre murió en el parto.

—Sólo me interesa el último año.

La anciana dudó unos segundos, le convenía estar bien con aquel poderoso capitán, seguramente sería su nuevo señor, así que sin titubear ni un momento comenzó a hablar:

—Llegamos a Alejandría en un barco de esclavos y nos vendieron en el mercado. Mi señora fue comprada por Ibn-Omar en subasta pública y lloró tanto al verse en manos del viejo que su nuevo dueño tuvo que comprarme también para que la consolara.

—¿Por qué ha decidido abandonar a su amo?

—La maltrata sin razón.

-¿Y a ti?

-Yo no existo para él.

-Entonces es posible que ni siquiera intente recuperarla.

-Sí lo hará. Su propósito es que se convierta al mahometismo.

-¿Es cristiana?

-No. Judía. Ambas profesamos la ley de Moisés.

Aquella confesión dejó preocupado a Ghazalí, pues con los hombres puede razonarse pero las religiones son una muralla contra la que se estrella el raciocinio.

Abderramán tomó la decisión de dejar Vera enrolándose en la escolta que acompañaría a Ibn al-Azraq en su viaje y quiso hacérselo saber al “Largo”. Como todos los días, terminaron el trabajo cuando el sol se ocultó. De vuelta al chamizo y en el rincón en el que guardaba su preciado petate, se tropezó con él y le soltó a bocajarro:

–He decidido ir a Egipto –su voz fue como un susurro y nadie más que el “Largo” pudo oírla–, pues me he convencido de que solo no saldré nunca de Vera. No cabe duda de que éste es el modo más cómodo que he podido encontrar para salir de aquí sin sobresaltos, pues no tengo que preocuparme de nada, todo está organizado y resuelto.

El “Largo” lo miró durante unos instantes y con el mismo tono de voz le respondió:

–De buena gana te acompañaría, pero yo no puedo volver por unas tierras de las que tuve que salir huyendo y en las que estuve a punto de perder la vida.

–¿Cuántos años hace de eso?

El “Largo” lo miró con gesto paternal, aquel joven era el hijo que le hubiera gustado tener.

–Quince –durante unos momentos revivió los peligros que tuvo que arrostrar para eludir la persecución a la que fue sometido–, tardé cinco años en encontrar Vera, un lugar perdido en el que tampoco he encontrado la paz de mi espíritu.

–¿Crees que te reconocerían? En quince años hasta tus enemigos han podido morir.

Por unos momentos pensó en que su joven amigo podía tener razón, Egipto le atraía y su enemigo era mucho mayor que él. Sin nada que contestar se alejó de Abderramán pero no se fue hacia el tugurio, tenía que meditar y para ello no necesitaba alcohol. Mientras Abderramán abría su zurrón para meter la recaudación del día, el “Largo” se dirigió hacia la playa y caminó hacia el faro. Ni siquiera lo distrajerón el bullicio y la música que salía de la única casa de lenocinio que había en el puerto, tenía que reflexionar sobre lo que su joven amigo le había dicho.

El día siguiente era el último para alistarse, pues por la tarde arribaría el galeón que habría de llevarlos hasta las tierras de África, luego costearían hasta llegar a Egipto.

Abderramán no había pegado ojo en toda la noche y en vano esperó los ronquidos de su compañero de yacija, ello le daba a entender que tampoco pudo conciliar el sueño. En la madrugada consiguió cerrar los ojos. Cuando el ruido que hacían sus compañeros al levantarse lo despertó, el “Largo” no estaba ya en su yacija.

Lo primero que hizo el pastor al levantarse fue dirigirse hacia el puerto, allí, sentado sobre un bloque de mármol, estaba el capitán que acompañaría al granadino hacia lo desconocido.

Abderramán se acercó al soldado y le expuso su deseo.

–Quiero formar parte de la escolta.

El capitán, que en aquel momento hablaba con su asistente, lo miró con interés.

–¿Eres soldado?

El joven se quedó en silencio.

–Bueno –dijo al fin–, aún no he tenido que pelear en ninguna batalla.

–Ya..., estoy seguro de que eres un agricultor que nunca ha blandido una espada.

–Si no peleo nunca aprenderé –contestó azorado.

¿Qué podía decir? Estaba desanimado, pues una vez que se había decidido le estaban poniendo trabas. ¿Cómo podía convencerlo? Cuando más desanimado estaba oyó una voz a su espalda:

–De su instrucción me hago yo responsable.

El pastor volvió la cabeza y se tropezó con el “Largo”, se había recortado la barba y el pelo, le costó reconocerlo, pues aparentaba haberse quitado diez años de encima. En su cara se dibujó una sonrisa que inmediatamente ocultó para que el capitán no lo advirtiera.

–¿Y tú quién eres? –preguntó con voz que delataba una engolada fanfarronería.

–He sido soldado –para qué dar más explicaciones, tiempo habría, si la situación lo requiriera, de seguir dando información sobre sus habilidades marineras.

–Te cojo la palabra, serás su instructor. Cada día, y mientras dure la travesía, lo irás ejercitando en el manejo de las armas. ¿Cuáles son vuestros nombres? –después de anotar en el libro de registro los datos, los miró de nuevo, ambos eran fuertes. Después agregó–, ¿no conocéis a nadie más?, aún tengo alguna plaza libre. Abderramán no pudo oír con claridad el nombre del “Largo”,

aunque seguramente daría el primero que se le vino a la cabeza, no iba a ser tan torpe como para dar el verdadero.

Hasta que la carraca que esperaba el capitán no llegó, los enrolados permanecieron ociosos y deambulando por el puerto. Abderramán se acercó al “Largo” y le agradeció, no solamente la ayuda que le había prestado, sino el que se hubiera decidido a embarcarse con él. La mañana, sin nada que hacer, se le hizo interminable. Hacia el mediodía apareció una mancha en el horizonte.

–¡Allí asoma nuestro barco! –gritó el capitán.

El viento le era favorable y a media tarde la esperada carraca estaba atracada en el muelle. Era el barco más grande que el pastor había visto en toda su vida, en cambio para el “Largo” era un barco muy familiar, aunque había sido mejorado, el suyo sólo tenía dos palos, éste había sido ampliado y tenía tres: mayor, trinquete y mesana, con velas cuadras para trinquete, mayor y gavia. El casco estaba reforzado por cintones y bulárcamas exteriores de madera y los castillos de proa y popa eran también más grandes que los del suyo. El combés, situado entre el castillo de proa y la toldilla, disponía de una amplia escotilla para facilitar el embarque. Aquella carraca era formidable. Ghazalí le calculó unas seiscientas toneladas de carga. El mascarón de proa representaba a una diosa, en cambio el de su carraca era un atlante. Estaba claro que las técnicas de las atarazanas habían mejorado mucho, esta carraca era el mayor buque de carga que surcaba los mares.

El pastor estaba nervioso, aunque menos que si el “Largo” no lo hubiera acompañado. Le estaría agradecido mientras viviera. Al atardecer se ordenó el embarque, treinta y dos escoltas en total, la mitad venían ya desde Almería. A Ibn al-Azraq lo vieron sólo durante unos momentos, vestía lujosamente y se tocaba con turbante blanco sujeto por un broche de valor. A este granadino ilustre sería al que tendrían que proteger, con su vida si era necesario.

Aunque no zarparían hasta el amanecer, la noche la pasaron ya embarcados, el sollado en el que los alojaron era amplio aunque el olor a humanidad, dada la poca ventilación que tenía, producía nauseas. Abderramán dejó su hatillo y subió a cubierta, allí el aire era puro.

El “Largo” no dejó de observar aquella maravilla y hubiera deseado subir al puente y conocer qué otros adelantos llevaría instalados aquella embarcación, seguro que su timón estaría mejorado, pues el único defecto que tenía la suya era la lentitud en la maniobra.

Abdalaciz no había aparecido por el puerto en todo el día, la verdad era que el pastor había esperado que viniera a despedirlo, quizás se hubiera enfadado por su marcha.

Los horarios en los barcos son distintos a los de tierra, así que a las seis de la tarde ya habían cenado y a las siete estaban colgando de las anillas del techo el coy que había estado enrollado en la batayola. En la toldilla y bien acomodado, se vio al embajador departiendo con el capitán mientras degustaban una taza de té. El sol se ocultó y comenzaron a encenderse faroles. Antes de que la oscuridad fuera total se oyeron voces gritando:

–¡Alto!

Dos marineros cayeron sobre el hombre que intentaba embarcar subiendo por la pasarela.

El contramaestre y el capitán se asomaron a la borda. Un farol iluminó la cara del polizón.

–¿Qué intentabas?

–Alistarme, estaba lejos y mientras me han llegado las noticias por poco si no llego a tiempo.

El intruso quedó en manos del capitán de la escolta.

–¿Quién eres y qué pretendes?

–Unos compañeros me hablaron de este viaje y, al igual que ellos, me gustaría formar parte de la guardia.

–¿Quiénes son esos amigos?

Abderramán y el “Largo” se habían aproximado para conocer la identidad del autor de aquella trifulca y al reconocer a Abdalaciz contestaron al unísono:

–¡Nosotros!

Abdalaciz se acercó a sus amigos y les agradeció la ayuda.

–¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? –preguntó Abderramán, que no podía disimular su contento, pues aquel viaje había comenzado de la mejor manera posible, sus dos amigos estaban con él, ¿qué más podía pedir?

–Es una larga historia.

–Pues tenemos toda la noche por delante.

El “Largo”, que no tenía tanto trato con el de Vera, se retiró del grupo y fue a sentarse en la borda que miraba hacia la oscuridad insondable de las aguas. El mar había sido su vida, lo amó como a una mujer y aunque en un principio lo culpó de sus males, ni siquiera pudo alejarse de su orilla. Si se quedó en Vera no fue solamente por ser un lugar tranquilo y alejado de Alejandría, sino porque era una ciudad costera.

–Tenías razón –dijo el último alistado de la escolta–. El marido de Aixa, ignoramos cómo, se enteró de lo nuestro y anoche nos estaba esperando.

–No le habrá resultado difícil, te lo aseguro, pues lo sabía toda Vera, pero cuenta.

–Es una sabandija, lo preparó de la forma más rastrera.

Abderramán no hizo ningún comentario, pero pensó que el rastrero había sido su amigo, Aixa estaba casada y el marido se limitó a velar por sus intereses.

–Fingió tener que salir de viaje al alfoz y en cuanto traspuso, Aixa me mandó recado con una criada de su entera confianza para que acudiera a su encuentro. La verdad es que no sospeché nada, pero la prudencia, y sobre todo tu insistente machaqueo, me hizo tomar más precaución que de costumbre, así que salté la tapia por el sitio más difícil y caminé agachado hasta llegar a la puerta en la que mi amante me recibía siempre. Debía de dar un silbido y esperar. No sé si fue la intuición, o el hecho de que sin ningún viento se moviera una rama del naranjo, lo que hizo que me detuviera. No lo pensé dos veces y, muy despacio, comencé a retroceder, mi instinto me había alertado del peligro. En efecto, al ver que desistía, dos hombres salieron de su escondite y se lanzaron sobre mí, pero

mis piernas fueron más veloces que las tuyas. Esta vez no busqué la parte más difícil de saltar sino la más cómoda. Los rosales me arañaron brazos y cara pero conseguí escabullirme.

–No digas que no te avisé.

Abdalaciz siguió con su narración.

–Como sabía que me habrían reconocido, escapé hacia el monte. Durante todo el día he permanecido agazapado sin atreverme a salir de mi escondite. Me imagino que me habrán buscado por todas partes. De pronto recordé que salías en el barco de Egipto, ésa era la única oportunidad que tenía de salir con bien y durante todo el día he esperado la llegada de la noche. Me ha costado el poder llegar hasta el barco, pues la noche está oscura como la boca de un lobo –respiró y ya más tranquilo agregó–. No creo que nadie me haya seguido hasta aquí.

–Me alegro de que por una u otra causa me acompañes, verás como no te arrepientes, el mundo debe de ser muy grande y tendremos la oportunidad de conocerlo.

–Veo que sigues pensando en mi prima.

–No creas, pues aunque consiguiera fortuna, cuando volviera estaría ya desposada.

–No te apures, en el mundo debe de haber muchas mujeres hermosas.

–Lo sé.

Apenas había amanecido cuando el barco inició la maniobra de soltar amarras. La pesada carraca se fue moviendo con lentitud. El capitán daba órdenes sin cesar. Las estachas estaban sueltas y ahora era el chigre el que recogía el ancla hasta conseguir que aquella mole se despegara del malecón. La maniobra estaba hecha y la nave comenzó a moverse. Los marineros habían trepado hasta lo más alto de los mástiles y esperaban atentos la voz del contraestre ordenando soltar el trapo.

Abderramán, que había estado desvelado durante la madrugada oyendo el crujir de las estachas al ser tensadas por la suave brisa, pudo observar que la luz comenzaba a entrar por el ojo de buoy. Estaba amaneciendo. No le costó levantarse en cuanto oyó las voces del contraestre, así que abandonó el sollado y estuvo observando a los marineros que cobraban las estachas y movían el chigre recogiendo el ancla, todo aquel ajeteo era nuevo para él. Desde la borda miró hacia el malecón. El puerto de Vera, la primera ciudad que lo había recibido con los brazos abiertos, se alejaba de

su vida con una rapidez que nunca imaginó. Lo echaría de menos. Se alegró de que sus dos amigos lo acompañaran, él tenía mucho que aprender, sobre todo del “Largo”, que era el que había corrido más mundo. Soplaban una débil brisa y el barco se deslizaba con tal suavidad que el pastor sólo experimentó una agradable sensación. Sentado sobre la borda, a la vez que lamentaba el terremoto que terminó con la vida de su familia, se sorprendía de la mudanza que había sufrido su vida, seguro que todo estaba escrito en las estrellas, lo que ocurría era que él no sabía leerlo.

El bienestar que experimentó antes de salir por la bocana del puerto de Vera no duró mucho. Apenas estuvieron fuera de la protección de malecones y escolleras, el barco comenzó a mecerse y el joven pastor empezó a notar un profundo malestar. Abderramán no había sentido nunca aquella sensación, el estómago parecía que se le había revuelto y de pronto sintió unas ganas de vomitar tan grandes que no tuvo tiempo ni siquiera de asomarse a la borda.

–¡Cuando termines de echar la papilla lo baldeas, ahí al lado tienes el cubo!

Le gritó uno de los marineros.

Abderramán, como si estuviera borracho, avanzó haciendo eses hasta quedar asido a uno de los candeleros. Las siguientes bocanadas se tropezaron con la fuerza del viento que las devolvió al soldado con violencia manchando su túnica y su calzado. Tuvo que ser auxiliado por Abdalaciz. El pobre pastor se recostó sobre un rollo de maromas y siguió vomitando hasta que no le quedó nada en el estómago. Rendido, se quedó dormido. Fue, con diferencia, el peor día de su vida, llegó a pensar que moriría, tal fue su malestar.

El “Largo” lo despertó cuando el sol se despedía por estribor.

–Tienes que comer algo.

–Te juro que no me lo admite el estómago –contestó con una voz que apenas le salía del cuerpo.

–Debes de hacerlo, de lo contrario lo pasarás mal. Toma, ve masticando, verás cómo te vas sintiendo mejor. Agua es lo que, por el momento, no debes de tomar.

Se había sentado a su lado y le había puesto en la mano un trozo de pan de centeno. Para distraerlo, sabía que era lo mejor, comenzó a hablarle de lo que le esperaba al otro lado del mar.

–Ésta es la singladura más larga. En cuanto lleguemos a Túnez, iremos costeando.

–Me siento muy mal.

–Por eso debes de echar algo en el estómago, verás cómo reacciona tu cuerpo. Cuando mañana te levantes serás un lobo de mar, te lo prometo.

Abderramán lo pasó tan mal, que se arrepintió mil veces de haber tomado la decisión de embarcarse. Hubo un día de fuerte oleaje y el pastor no fue capaz de abandonar el sollado. Al fin mejoró el tiempo y la tarde que llegaron a Túnez el mar parecía una balsa de aceite. Tan calmado estuvo el día que el puerto que divisaron al amanecer les llevó alcanzarlo toda la jornada. La carraca se desplazaba tan lentamente que Abderramán se desesperaba. Casi anocheecía cuando por fin arribaron. El pastor se asomó a la borda y se colocó al lado del “Largo”. El color había vuelto a su macilenta cara.

–Conozco esta ciudad como la palma de mi mano, ésta fue la cuna de Aníbal, un general cartaginés que se atrevió a enfrentarse al mayor imperio del mundo.

Comentó a su joven compañero.

–Nunca oí hablar de él.

–No te preocupes, algún día oirás la historia del general y tú podrás decir: *“he estado en la ciudad en la que nació”*. Si nos dejan desembarcar te enseñaré las ruinas romanas, pues al fin, también ellos fueron derrotados, nadie vence eternamente. Algún día te hablaré de los romanos. No creo que estemos aquí mucho tiempo.

Abderramán sintió que la carraca no permaneciera allí algunos días, estaba deseando de sentir la tierra firme bajo sus pies; cómo añoraba los barrancos y las estrechas veredas, los tajos y las hondonadas de su tierra. *“Maldito terremoto”*.

Lo mismo fue amarrar las maromas a los noráis que caer la noche sobre el puerto. A Abderramán le hubiera gustado desembarcar y pisar tierra firme pero no fue posible, enseguida se sirvió la cena y todos pasaron a los sollados. Sin ningún movimiento, el pastor durmió toda la noche de un tirón.

Durante la mañana se estuvo embarcando en la bodega grandes barriles de agua y víveres, incluso unas jaulas de gallinas que no dejaban de cacarear.

Después de comer y mientras los marineros seguían llenando la bodega de vituallas, los soldados bajaron a tierra, el “Largo” prefirió quedarse a bordo y Abderramán lo comprendió. Túnez era una ciudad no demasiado grande y había que evitar que fuera reconocido el primer día que abandonaba su voluntario retiro. Había decidido recuperar su vida y no era prudente desembarcar, en aquel puerto era muy conocido. Abderramán lo entendió, por cierto, aún no sabía cómo se llamaba su amigo, se lo preguntaría en la primera ocasión que tuviera.

–Qué raro es el “Largo” –dijo Abdalaciz, que no conocía nada de la pasada historia del estibador.

Abderramán no hizo ningún comentario, por lo visto él era el único que había despertado la confianza del marino y se alegró.

La carraca de Al-Ándalus permaneció en el puerto de Túnez una sola noche más, las órdenes estaban bien claras: llegar a Egipto lo antes posible y volver con ayuda. Durante toda la tarde, el “Largo” escudriñó la ciudad escondido detrás de alguna de las botavaras o del bauprés. No vio a ningún conocido, ¿qué habría sido de los que lo persiguieron? La mayor parte del tiempo la pasó en el costado que miraba hacia la bocana. No era probable que nadie lo reconociera pero era mejor no exponerse, al amanecer del siguiente día zarparían hacia El Cairo. Fue el único soldado que no abandonó la nave y estuvo oyendo los comentarios que el contramaestre le hacía al timonel, sólo tocarían tierra para abastecerse o si surgía algún problema o avería irreparable en la mar. *“Huiremos también de las tormentas, la misión que llevamos debe de llegar ante Oait Bay lo antes posible. En Granada esperan impacientes nuestro regreso”*.

–¿Cómo sabes tanto?, el primer día se me dijo que era una misión secreta.

–¿Crees que puedo volver a Granada y contarlo? De todas formas, te diré que lo que sé no es porque me lo hayan dicho personalmente, sino porque he escuchado conversaciones entre el capitán y el letrado.

Durante la noche, ni el “Largo” ni Abderramán pegaron ojo, el pastor porque quedó deslumbrado ante la magnificencia de aquella maravillosa ciudad, nunca hubiera imaginado que existiera algo semejante. Con su amigo Abdalaciz y un marinero mayor que ellos y que había estado varias veces en Túnez, recorrió todas las calles y zocos. Los palacios eran tan grandes que hubiera cabido, sólo en uno, toda la gente de su pueblo, incluidos los animales. Después se dirigieron hacia la zona en la que estaban los tugurios.

–Aquí hay que tener cuidado con los dineros que traigáis, estas yemeníes son maestras en quedarse con lo ajeno.

Les había dicho su acompañante.

Hasta que no estuvo dentro, el pastor no comprendió que estaban en una casa de prostitución. Abderramán se palpó la bolsa en la que llevaba toda su fortuna, tenía que protegerla. La sala en la que los recibieron tenía las paredes enteladas en rojo chillón. En un diván color rosa descansaban tres jóvenes de largas piernas en actitud descuidada. Al verlos entrar se levantaron.

–Elegid una de las mujeres y disfrutad de su juventud.

Dijo el veterano mientras se dirigía hacia la que le pareció más atractiva de las tres.

Abdalaciz no le había confesado nunca si había frecuentado la casa que había detrás del faro de Vera, pero lo que sí tenía claro era que había estado con aquella mujer casada, por lo tanto el único novato en aquellas lides era él.

Dos maravillosas odaliscas se le acercaron sonriendo, no tendrían más de dieciocho años. Abderramán se quedó sorprendido de la manera tan natural de abordar el asunto que los había llevado hasta allí. Hablaban del precio y de lo que recibirían a cambio como si de un trueque de mercaderías se tratara.

–Veréis como no quedáis descontentos de nuestro trabajo.

Por el profeta, sus primos no lo creerían.

Los dos veteranos se alejaron cogiendo por la cintura a sus parejas y él quedó tan confundido que no supo qué hacer.

–Vamos nosotros, ¿o es que no te gusto?

Cómo no iba a gustarle si era la mujer más hermosa que había visto en toda su vida, tenía unos ojos rasgados y una boca pequeña de labios gruesos y sensuales que colmarían los deseos del hombre más exigente; llevaba los brazos desnudos hasta los hombros y del ombligo, pendiente de un arillo, le colgaba una perla que se mecía con sus suaves contoneos. Abderramán se imaginó galopando sobre ella y se enardeció.

–Vamos –dijo a media voz.

Ella lo abrazó por la cintura e iniciaron el camino por el mismo corredor por el que unos segundos antes habían desaparecido sus dos compañeros. Había puertas a uno y otro lado. De pronto ella lo detuvo.

–Aquí está nuestra alcoba.

La situación lo había superado, estaba nervioso, pues se acercaba el momento tantas veces soñado en el que por primera vez en su vida iba a gozar de una mujer tan atractiva que ni en sueños la había imaginado.

–Desnúdate y deja el dinero sobre esa mesa.

Además de la yacija, era el único mueble que había en la pequeña alcoba, así que no había ninguna duda. Se volvió hacia la pared y sacó su bolsa. Tanteó los dinares, los dejó sobre la madera y volvió a anudarla.

–Ven para acá –la joven se había desnudado y estaba echada sobre el camastro esperándolo.

Muy azorado, se desvistió y haciendo un hatillo con toda su ropa la colocó debajo de la almohada, tenía que proteger sus caudales.

Se volvió hacia ella y ante aquellos pechos turgentes que relucían como el nácar, quedó paralizado.

–No tengas miedo, ¿es la primera vez que vas a estar con una mujer?

Ella lo estaba viendo tan torpe que decidió decirle la verdad.

–No te preocupes, ven –le cogió la mano y la puso sobre su pecho.

Abderramán sintió tales sensaciones que la maestra hubo de urgirlo para que la penetrara. Fue todo tan rápido que no tuvo tiempo de saborear aquella primicia que tantas veces había soñado con realizar, por ello, la joven maestra, y para que se llevara buen recuerdo de su primer encuentro y no le resultara traumático, lo sosegó con las palabras que el joven pastor esperaba.

–No te preocupes, para ser la primera vez ha estado muy bien, esperemos un poco y verás cómo puedes mejorarlo.

En efecto, la segunda vez fue todo mucho mejor y Abderramán, que tardó en salir más que sus compañeros, apareció en el pasillo con una cara de satisfacción que no podía con ella. También, y gracias a las precauciones que había tomado, había conservado su bolsa intacta. No olvidaría nunca a aquella mujer.

“Qué tonto he sido, ni siquiera le he preguntado por su nombre, ojalá volvamos por aquí”.

Una vez acostumbrado a navegar y también porque el tiempo era bueno, el “Largo” comenzó a instruir a su pupilo en el arte de la guerra. El capitán de la escolta estuvo observando al maestro y cuando acabó la sesión se acercó para preguntarle:

–¿Dónde has servido?

El estibador, que no lo había oído aproximarse, se volvió de inmediato y después de unos segundos en los que calibró la intencionalidad de la pregunta, contestó:

–En barcos.

–¿Como soldado?

–Y como marinero.

–¿Conoces el arte de navegar?

¿Para qué iba a andar con subterfugios?

–He sido capitán de barco.

–¿Y qué pasó?

–La compañía dio en quiebra. Dos de los navíos fueron abordados por los piratas, que no se conformaron con saquearlos,

nuestra defensa les sorprendió tanto que en represalia incendiaron las naves.

No se le ocurrió otra explicación, los mares estaban plagados de piratas y él mismo había sufrido en sus carnes el ataque de uno de ellos aunque no logró su propósito.

–Bueno es saberlo.

La navegación era de cabotaje. A veces se veían grandes ciudades pero sólo tocaron tierra en dos ocasiones: Tremecén y Trípoli, en ninguna de ellas se le permitió a los soldados abandonar la nave.

Abderramán no comprendía cómo había hombres que dedicaban la vida al mar, aunque seguidamente reflexionaba: *“Claro que hay ciudades como Túnez que no hubiera conocido si no me hubiera embarcado”*.

El tiempo que duró la singladura no dejó de practicar y el mismo “Largo” hubo de decirle:

–¿Quién hubiera dicho al verte que tenías madera de soldado? Si te lo propones puedes ser un buen luchador.

El pastor sonrió agradecido.

Por fin llegaron a Egipto. La primera gran ciudad en la que atracaron fue Alejandría. Abderramán se quedó boquiabierto.

–Creí que ninguna ciudad superaría a Túnez.

–Te queda mucho que ver.

–¿Cómo dices que se llama?

–Alejandría. La fundó Alejandro el Grande y por eso lleva su nombre, algún día conocerás sus hazañas y quedarás maravillado.

Abdalaciz, que no estaba tan interesado por la cultura sino por los tugurios y lupanares, se había hecho amigo del veterano que los llevó en Túnez y que también había estado en Alejandría.

–A espaldas de aquella mezquita –decía mientras señalaba con el dedo hacia su derecha–, está el más lujoso de los prostíbulos, ya verás.

En Alejandría estuvieron tres días. Durante ese tiempo, Ibn al-Azraq estuvo indagando sobre el paradero de Oait Bay.

Los soldados de la escolta deambularon por calles y zocos hasta terminar en burdeles y mancebías. Aquella ciudad ofrecía al visitante todo cuanto pudiera desear.

Hasta el segundo día no se atrevió el “Largo” a dejar el galeón y lo hizo en compañía de Abderramán y en medio de un grupo de soldados.

Abdalaciz se despidió enseguida de sus amigos y se fue con el veterano y tres compañeros más.

–Vete con ellos si lo deseas, pero con estas mujeres hay que tener siempre mucho cuidado, quizás no lo sepas, pero pueden contagiarte enfermedades de difícil curación.

Si hubiera tenido intención de acompañar a su amigo, que no era el caso, las palabras del “Largo” le hubieran hecho desistir.

–¿Están enfermas?

–Algunas lo están, por ello hay que buscar siempre el sitio más caro, en él hay más control y en cuanto detectan que una de ellas está contagiada la echan.

Qué complicado era todo, en Túnez lo podían haber contagiado, aunque aquella joven no podía estar enferma, era tan hermosa que no se le iba de la cabeza.

–¿Cualquier mujer te puede contagiar?

¿Cómo podía cerrársele una puerta que apenas se le había entreabierto?

–Menos la tuya.

Abderramán miró a su maestro con cara de no haber comprendido aquella extraña respuesta y después de unos segundos se atrevió a preguntar.

–¿Y..., cómo sé que es la mía?

–Porque solamente se acuesta contigo.

Acabáramos, así que el contagio puede venir de otro hombre.

Pasearon cerca del palacio de Cleopatra y el “Largo” le habló de ella, pero en la mente del pastor estaba lo que aquella tarde había aprendido sobre las mujeres de los tugurios.

El Cairo, situada justo donde el Nilo se bifurca formando los brazos de Damietta y Roseta, era una ciudad populosa y de extraordinaria belleza. Antes de atracar y desde que vislumbraron la radiante urbe, el “Largo” le estuvo hablando de aquella ciudad y de aquel puerto en el que tantas veces había atracado.

–Es un emporio muy antiguo y de origen fatimí.

En medio de la ciudad se alzaban los alminares de las mezquitas, todas magníficas.

–Mira –indicaba el “Largo” con el dedo–, aquélla es la mezquita Roja, es la más moderna de todas, apenas tiene sesenta años, en cambio la de la derecha tiene más de cinco siglos, es la mezquita florida.

Se divisaban más alminares pero el “Largo” consideró que su pupilo había recibido ya una buena ración de mezquitas, cuando desembarcaran le mostraría otras joyas. Después de contemplar la panorámica de la ciudad, el barco hizo una entrada muy lenta, el “Largo” miró al pastor y le agradeció el que hubiera aparecido por Vera, pues solamente él era el culpable de haberlo sacado de aquella vida tan absurda, Ghazalí volvía a vivir y no le importaba arrostrar los peligros que la fortuna pudiera depararle.

La llegada del embajador de Al-Ándalus fue notificada a Oait Bay. Nadie desembarcó hasta que llegó la autorización. Al mismo tiempo, el granadino recibió una cédula en la que le deseaban toda clase de venturas y parabienes durante su estancia en la ciudad que alumbraba al Mediterráneo.

Ibn al-Azraq preguntó al enviado:

–¿Cuándo seré recibido? Mi embajada es urgente; en Granada esperan la respuesta, pues les va la supervivencia en ella.

–Estos días anda muy ocupado mi señor, pero no desesperéis, en cuanto tenga un momento de asueto os hará llamar.

La cara del granadino reflejó el desencanto, las palabras del introductor de embajadores le auguraban una larga espera.

La mitad de la escolta permanecía a bordo y la otra mitad deambulaba por la bulliciosa ciudad. Abdalaciz coincidió con su

amigo, ambos quedaron en el turno que quedó franco, en cambio el “Largo” hubo de permanecer embarcado. Abderramán le sonrió al tiempo que le decía:

–Me hubiera gustado salir contigo.

–No te preocupes, el próximo día cambio la guardia y te acompaño.

–Me encantará.

–Disfruta de las bellezas que te ofrece y no vayas solo en ningún momento, es una ciudad bastante segura pero sólo por el centro, por los arrabales debes de ir con tiento y sobre todo, desconfía de la amabilidad, buscan tu confianza para poder timarte o robarte la bolsa.

Abderramán agradeció los consejos de su amigo y salió en compañía de al menos quince de sus compañeros aunque al mismo salir del puerto se dividieron en grupos que buscaron diversión o entretenimiento en lugares tan distintos como una mezquita o una casa de lenocinio.

Oait Bay estaba reunido con cinco de sus visires, la situación política en Egipto atravesaba por momentos delicados, pues las cosechas no habían sido buenas y el malestar que las gentes manifestaban en calles y mercados lo tenían preocupado, podían enfrentarse a la mayor hambruna conocida en Egipto desde hacía un siglo.

–La última crecida del Nilo arrasó campos y destruyó cosechas, luego vinieron los calores, tan prematuros e inesperados, que las espigas no han granado.

La preocupación de Oait Bay era patente, los almacenes reales estaban desabastecidos y si no lo remediaban trayendo grano de otros países la situación podía volverse incontrolable.

–Que las naves reales recorran las costas, hay que comprar grano suficiente como para evitar la carestía que los traficantes buscarán para asfixiar al pueblo.

–¿Cuánto debemos invertir?

–Lo que sea necesario. Tú mismo harás los cálculos –se dirigió al visir que administraba los recursos reales.

Zanjado aquel tema, el visir encargado de las relaciones con otros países puso sobre la mesa una cuestión menor, pero a la que había que dar salida.

–En el puerto está atracado el barco de Al-Ándalus, el embajador espera una entrevista para entregaros cartas de Boabdil.

–¿Qué crees que espera de mí?

–Ayuda, no me cabe la menor duda, las noticias que vienen llegando desde hace tiempo son muy preocupantes, la supervivencia de aquel reino está en entredicho.

–Lo sé –contestó el emir algo afligido–, y lo siento, pues Boabdil lleva mi sangre, pero en estos momentos me es imposible gastar un dinar en armar un ejército para defender unos territorios tan lejanos cuando aquí tenemos graves problemas que resolver. Cuando termine de abastecer de grano a mi reino las arcas estarán tan vacías que será imposible gastar una moneda, y después de un año tan malo no estoy dispuesto a aumentar los impuestos.

–Se lo comunicaré al enviado.

-No, no lo hagas, debo de recibirlo, el no hacerlo sería una descortesía para con mi primo.

-¿Cuándo has pensado hacerlo?

Oait Bay pareció estar pensando una fecha pero al final y con un tono en el que daba el tema por finalizado dijo:

-Dale largas.

Ibn al-Azraq estaba desalentado, los días pasaban y el heraldo no aparecía por el barco. No conocía a nadie en aquella enorme ciudad y no paraba de pensar en sus esclavas y en la vida muelle que podía estar llevando en Granada o en su alquería. La vida en el barco era insufrible, sin navegar, el aire no entraba por los ojos de buey y le era imposible dormir en su camarote y las más de las noches lo hacía en cubierta. El calor era tan sofocante que no dejaba de sudar. Cada noche pensaba que la elección sobre su persona había sido una equivocación, debió de haber pensado en algún familiar de Boabdil, pues hubiera tenido amistades que hubieran agilizado aquella entrevista o al menos hubiera esperado alojado en uno de los lujosos palacios que embellecían aquella ciudad. ¿Qué podía hacer en el Cairo un letrado granadino? Haberlo elegido a él había sido un error mayúsculo.

No se atrevía a desembarcar por si en su ausencia aparecía el enviado comunicándole la fecha de la deseada entrevista, pero viendo que aquello se alargaba demasiado, un viernes abandonó la nave y lo hizo para acudir a la mezquita del sultán Hasán.

El granadino tenía tanto miedo a ser atacado que ordenó que lo acompañara toda su escolta.

El "Largo" aprovechó la visita para instruir a su pupilo.

-El origen de esta ciudad se encuentra en una población que los egipcios llamaron Jereoke. Mira el castillo, fue fortificado por los romanos en tiempos de Augusto.

El pastor miraba a su mentor escuchándolo en silencio. Entendía poco, pero algo iba quedando en su mente. Cuando en otra ocasión alguien le nombrara a Augusto, sabría que fue el romano que ordenó construir el castillo de El Cairo. Tenía que proponer a su amigo que lo enseñara a leer.

Cuando hechas las abluciones y realizados los rezos volvían de la mezquita, el "Largo" creyó reconocer a un capitán que había tripulado una de sus carabelas y que, como ellos, también se dirigía hacia el puerto. Sin miedo a ser reconocido, pues iba en medio de la escolta, tuvo tiempo de mirarlo y de cerciorarse de que en verdad era él. A partir de entonces ya no le cupo la menor duda. Como

llevaban el mismo camino no le fue difícil controlarlo. Oculto en el centro del conjunto de los escoltas y sin miedo a ser reconocido, pudo ver como subía a una gran urca⁶ que había atracada justo al lado de su nave. Durante toda la tarde pudo observar cómo los estibadores descargaban sacas de trigo y las cargaban en carros. Al atardecer vio cómo el capitán volvió a bajar a tierra. La descarga seguía a cargo del contramaestre. Haberse dado a conocer entonces hubiera sido descabellado, pues sin duda iría a reunirse con otros marinos y entre ellos podía encontrarse con alguno de los que lo persiguieron por todos los mares. Estaba franco de servicio así que al atardecer desembarcó y anduvo deambulando por el muelle hasta que anocheció. Cesó la descarga de la urca y los faroles iluminaron los barcos, especialmente las pasarelas. Ya iba a dirigirse a su carraca cuando oyó unos cantos conocidos por los marinos. El capitán venía acompañado de un marinero de su tripulación que le servía de muleta. Estaba claro que había bebido en exceso. Sin pensárselo dos veces, el “Largo” se dirigió hacia la pasarela del barco de su amigo y los interceptó.

–Amigo Dukak.

El interpelado se restregó los ojos, ¿quién era aquel desconocido que lo llamaba por aquel nombre?, sólo los amigos más íntimos conocían aquel apodo. Era tan valiente en la batalla, tan intrépido en la mar que los otros capitanes lo apodaron con el nombre del gran rey de Damasco.

La luz era tan tenue, su visión tan borrosa y la borrachera tan grande que hubo de acercarse hasta tocar al desconocido.

–¿Quién eres? Hace ya mucho tiempo que no oigo ese nombre.

–Ghazalí.

Durante unos segundos dudó de si no le habrían traicionado sus oídos, entonces se acercó más y cuando descubrió los escrutadores ojos de su amigo exclamó:

–¡Allahú akbar!

El marinero que sujetaba a su capitán lo soltó y Dukak cayó sobre su amigo abrazándolo con fuerza.

–Eres un zorro, te dimos por muerto.

La lengua se le trababa y le resultaba tan trabajoso hablar que tardó en decirle:

–Vente a mi barco, dormirás en mi camarote y mañana, cuando la mente se me despeje, seguiremos hablando.

⁶ Barco de gran eslora y muy ancho, utilizado especialmente para transportar grano.

–Por la mañana hablaremos si lo deseas, pero esta noche tú duermes en tu urca y yo en mi carraca, estamos el uno junto al otro.

Ghazalí se las vio y se las deseó para quitarse de encima al amigo que lo abrazaba con toda la fuerza de su alegría por verlo vivo, hacía muchos años que lo había dado por muerto.

Boabdil estaba intranquilo. Su última esperanza era conseguir la ayuda de Egipto y su hombre no daba señales de vida. Las últimas noticias no eran alentadoras, los reyes de Castilla y Aragón habían culminado con éxito la campaña de Murcia, estaba clara la política de Fernando: cercar Granada.

–Murcia podemos darla por perdida y Baza terminará capitulando –aseveró el rey con desánimo. Con él estaban todos sus visires y consejeros.

Las vidrieras tamizaban la luz y la sala del trono, sin lámparas de aceite encendidas, permanecía casi en penumbra. Tampoco había pebeteros esparciendo aromas. El murmullo de los surtidores llegaba apagado y en los rostros de los asistentes se reflejaban el desánimo y la desmoralización.

–¿Cuánto hace que partió mi embajador?

–Va para un mes –respondió el visir que le entregó las cartas y los presentes para que los llevara hasta El Cairo.

–Tiempo más que suficiente para haber vuelto.

–Quizás lo haga con los refuerzos que Oait Bay ponga a tu disposición, preparar un ejército lleva su tiempo.

Aquellas palabras, pronunciadas sin duda para que la esperanza renaciera, no surtieron ningún efecto y Boabdil continuó reflexionando en voz alta.

–Fernando está apretando el lazo, si se pierde el puerto de Vera estaremos a su merced.

Tan abatido estaba el rey que las danzas y la música fueron desterradas de los salones de palacio. También se prohibieron, hasta nueva orden, las zambras y los saraos. Había que estar alerta y preparados para cualquier eventualidad.

–Tengo noticias, por un barco que atracó en Almería la semana pasada, de que la demanda de trigo que está haciendo Egipto está contribuyendo a la carestía de los precios.

–¿Han traído alguna referencia de la situación de nuestra carraca?

Preguntó el rey esperanzado.

–Ninguna.

–No puedo creer que mi primo no acuda a socorrerme.
Nadie se atrevió a abrir la boca.

No quiso madrugar, conocía los efectos de la resaca y el consiguiente malestar de la mañana siguiente y quería que su amigo estuviera despejado, tenía que darle muchas noticias. Sobre las once se dirigió hacia la urca, estaba impaciente por verlo.

Un marinero le avisó de la visita. El capitán se levantó con dificultad y hubo de apoyarse sobre una de las cuernas para no caer, ¿por qué bebí tanto? Se preguntó conociendo la respuesta de antemano. Se dirigió hacia la toldilla y lanzando un cabo en el que iba amarrado un balde de madera, lo cobró y se lo volcó sobre la cabeza. El frescor que recibió lo despertó de su letargo.

“Ghazalí vive, no lo he soñado”, se dijo con regocijo.

Un nuevo abrazo, esta vez conscientemente, unió a los amigos.

–Tienes que contarme muchas cosas, son quince años en los que no he tenido ninguna noticia tuya.

–Mucho tiempo para poder resumirlo –dijo Ghazalí con voz nostálgica.

El capitán de la urca, antes de seguir hablando, ordenó a uno de los marineros que le trajera dos jarras de vino.

–Quiero brindar contigo.

–¿Qué sabes de mis enemigos?

–Ibn-Omar, impulsor de tu persecución, murió hace mucho y los demás familiares y amigos hace tiempo que te olvidaron. Los hijos nunca aceptaron el capricho de su padre, así que les hiciste un favor con llevártela.

El que su amigo nombrara a la mujer que más daño le había hecho, hizo que los recuerdos, dormidos durante tantos años en el sopor del alcohol de los tugurios de Vera, volvieran a renacer. Nunca pensó que existieran mentes tan retorcidas.

–¿Qué haces en esa carraca?, ¿es tuya?

–No, perdí toda mi fortuna.

–Lo sé, el rencor de aquel senil, herido en su amor propio por haberle quitado la presa con la que pensaba disfrutar en su vejez, fue irracional.

–Además fue un cobarde.

–Se vio humillado. Por primera vez en su vida no le sirvió su riqueza y eso lo desquició.

–No le resultaría difícil averiguar lo ocurrido. Fui el único que zarpó esa mañana.

–Los criados no tuvieron inconveniente en contarle que su señora los despertó temprano y les ordenó llevar el equipaje al barco de Ghazalí. Tampoco ella les dijo que no dijeran nada. Inmediatamente fletó dos barcos que estaban surtos y pagó a una veintena de hombres que embarcaron en cada uno de los navíos, no para que te persiguieran sino para que rastrearán todos los puertos y en encontrando tus barcos los incendiarán, no debieran de arrostrar ningún peligro, así que la campaña emprendida contra ti le resultó fácil, eso sí, invirtió mucho dinero. En pocos meses hundió toda tu flota, mi carabela fue la segunda, nos cogió durmiendo y por poco no lo cuento. Concentró todos sus esfuerzos en encontrarte, su deseo más ferviente era verte morir delante de ella y luego arrastrarla hasta su casa y degradarla hasta que muriera. A veces me pregunto cómo un hombre como tú, que podías tener a la mujer que quisieras, te jugaste la vida por un capricho pasajero. Las pasiones son nuestra mayor debilidad, estoy convencido.

Ghazalí miraba hacia el horizonte mientras degustaba el contenido de la jarra que su amigo le había servido.

–Nada es tan sencillo como tú lo has planteado, las cosas que empiezan de una manera natural se pueden complicar tanto que resulta imposible preverlo, sólo cuando la situación es irreversible es cuando somos capaces de entender tamaña incongruencia y cuando ocurre ya es demasiado tarde para enmendar el entuerto.

–Tienes razón, a toro pasado es fácil ver las cosas, pero de todas formas te pregunto: ¿mereció la pena?

–Nada vale la pena eternamente.

–El precio que Ibn-Omar puso a tu cabeza hizo que toda Alejandría se dedicara a darte caza, tú y tus barcos erais suficientemente conocidos como para que no lo intentaran. La voz corrió por todos los puertos y al final apareció tu carraca, la asaltaron durante la noche y creyéndote en tu camarote le prendieron fuego, luego navegaron hasta Alejandría para cobrar el precio. Supe que en un principio el viejo se resistió a pagarlo. *¿Cómo puedo estar seguro de que habéis acabado con ellos?* Les preguntaba, todavía obsesionado contigo y con la judía. *“Cualquier barco que llegue de Constantinopla podrá dar fe de lo que digo. Ghazalí ardió con su barco cuando todavía no había amanecido”*. Le contestó el que pretendía cobrar. Así que te dimos por muerto. Los más escépticos fuimos convencidos por los años. Nadie te vio jamás, así que no cupo la menor duda, habías ardido dentro de tu carraca.

La mente de Ghazalí no estaba aún despejada, lo recordaba perfectamente. Así que, en principio, no dio crédito a lo que vio aquella tarde, pero no tardó demasiado en comprenderlo.

–Después de ver hundido lo poco que se salvó del incendio, deseé haber estado dentro, lo juro.

–Pero, ¿qué ocurrió en realidad?

–Una borrachera. Una borrachera como jamás cogí otra, me impidió volver al barco. Pasé la noche en una mancebía y hasta el atardecer del día siguiente no fui persona. Ni siquiera tuve que llegar al puerto, desde lejos percibí el olor a quemado. Me detuve y confirmé lo peor, aterrorizado, retrocedí y ocultando mi rostro volví al burdel. No salí de allí hasta que agoté mis recursos, entonces me echaron a la calle y me oculté en cuerdas y chamizos hasta que supe que una caravana salía hacia el interior. Era mi oportunidad, allí no iba a encontrar a nadie de la mar, y así fue. Fui camellero y sirviente hasta que encontré otras oportunidades, todas serviles y humillantes, pero que me alejaban de la costa. Al final comprendí que lejos del mar me faltaba la vida y me asenté en un perdido puerto de Al-Ándalus.

Ghazalí respiró. El recuerdo de aquellos días encerrado en la mancebía era confuso, quizás estuviera una semana, o quizás dos, perdió el sentido del tiempo.

–¿Qué fue de la mujer?

–Lo siento, pero sólo el recordarla me causa dolor y enojo. Algún día te contaré lo que aún no sabes de esta historia.

–Tendremos tiempo.

–¿Cuándo te haces a la mar?

–En cuanto terminen de desembarcar el trigo.

–¿De dónde lo traes?

–De Crimea, Egipto está comprando ingentes cantidades, la cosecha ha sido mala.

Ibn al-Azraq se comía las uñas, los nervios los tenía a flor de piel y pagaba su mal humor con los cocineros y el personal a su servicio. Hacía ya más de dos meses que había salido del puerto de Almería y Oait Bay aún no había encontrado tiempo para recibirlo. Naturalmente que comenzó a dudar de la eficacia de su gestión, pues si tenía tan poco interés por recibir noticias de Al-Ándalus menos tendría en empeñar una fortuna en defender aquellas tierras tan lejanas. Indignado y sobre todo humillado por el proceder del príncipe, volvió a enviar otro escrito recordando que aún seguía esperando audiencia. Ahora se quedó sorprendido de la rapidez con la que fue contestado, pues a vuelta de correo recibió la citación. Sería recibido al día siguiente a las once de la mañana. Un coche de caballos pasaría a recogerlo.

Aquella tarde, por expreso deseo del embajador, no desembarcó nadie y el capitán inició las consultas con los proveedores del puerto por si hubiera que salir de inmediato, el barco llevaba tanto tiempo amarrado que en cuanto llegaran a Almería tendría que ser carenado.

La noticia alivió tanto a marineros como a escoltas. Por la mañana estuvo todo el mundo preparado para despedir al embajador de Granada. A la hora convenida llegó un lujoso coche tirado por dos caballos blancos.

Ibn al-Azraq se había vestido con sus mejores galas, pues representaba a Boabdil. En el corto trayecto hasta palacio repasó mentalmente las palabras que habría de decir, las había repetido tantas veces que las sabía de memoria, pero ¿sería capaz de convencer al señor de Egipto?, ¿cómo sería?, en más de una ocasión habían alabado su elocuencia y sensatez. La impaciencia que tuvo durante el tiempo que llevaba esperando en el puerto, dentro de aquel coche se multiplicó por diez.

El palacio era digno de cualquier rey, mármoles blancos y rosados cortados y ensamblados formando colosales estrellas, enlosaban el suelo de las galerías. Siguiendo a su introductor, caminó por pasajes y amplios patios hasta llegar a una antesala con las paredes tapizadas de sedas adamascadas y ornada con grandes jarrones de

porcelana. A indicación de su introductor se sentó en uno de los divanes que amueblaban la tarbea. Un pebetero inundaba la estancia de aromas orientales. Los rayos de sol penetraban por las celosías que trepanaban los muros y que enmarcaban los arcos de herradura dibujando en una de las paredes los colores de las vidrieras verdes, azules y carmesí de su decoración. La estancia resultaba acogedora. Una puerta repujada y lacada en color dorado daba acceso a la tarbea en la que por fin iba a ser recibido. Mecánicamente palpó las cartas y acarició la cajita en la que traía las joyas que su rey le había entregado. Todo estaba preparado. Los pasos del mismo personaje que lo había traído volvieron a resonar, en esta ocasión lo seguían dos hombres bien vestidos pero vulgares. Sus cuerpos eran orondos y aunque sus ropas y turbantes eran de precio, sus modales denotaban tosquedad. Saludaron y se sentaron en otro de los divanes. También debían de esperar a ser recibidos. No le cupo la menor duda de que serían ricos mercaderes. A los cinco minutos se abrió la puerta, un secretario asomó la nariz y el granadino se puso de pie.

–Karbuka y Kiliy.

Los dos hombres de cara reluciente y abultado vientre se levantaron y entraron en la tarbea. El granadino se quedó perplejo, habían llegado después que él. En ese mismo instante comprendió que su gestión estaba perdida. Granada no significaba nada para Oait, y él, menos todavía.

Durante más de media hora aguantó la humillación pero al final se abrió la puerta. Los mofletudos mercaderes salían sonriendo, seguro que habían conseguido lo que solicitaban.

–Ibn al-Azraq.

La tarbea era la más rica y ornamentada que había visto en toda su vida, aventajaba a la Al-hambra en suntuosidad y riqueza. Lámparas de bronce colgaban del artesonado y las paredes estaban cubiertas de grandes espejos y tapices de seda. Sus pies se hundían sobre la alfombra y a diferencia de su camarote, el frescor que los grandes estores colgados del techo producían al moverse tirados por cordones de seda, daba a la estancia una temperatura muy agradable. Sentado en un regio trono, justo debajo de una gran cúpula gallonada de arcos que se cruzaban, lo esperaba su salvador. Oait estaba flanqueado por dos de sus visires.

El granadino se acercó y después de inclinarse en señal de respeto, mostró cartas y presentes. Un servidor se acercó para recogerlos. Oait era un hombre de unos cuarenta años, alto y fornido, vestía

túnica blanca de lino y turbante con un broche de esmeralda. Se cubría con una capa de seda de color azul celeste.

Le indicaron que se sentara.

–Leeremos las cartas de mi primo con tranquilidad, ¿qué noticias me traes de aquel querido reino?

Al mover las manos relucieron los brillantes y rubíes de sus anillos.

El embajador sabía que de sus primeras palabras dependería el interés que Oait pudiera prestar a sus posteriores explicaciones y por eso fue directamente al grano.

–Los reyes cristianos están cercando a Granada y su situación es crítica. Al-Ándalus se debate entre existir o desaparecer. Si no recibimos ayuda inmediata el islam será borrado de unas tierras en las que ha pervivido durante ocho siglos.

–¿Cuál sería la ayuda que precisaría mi primo, armas..., hombres...?

–Ambas cosas, y las necesita con urgencia.

Oait miró al embajador y después de unos segundos le habló con más rigor de lo que lo había estado haciendo hasta entonces.

–Lo malo de Al-Ándalus es que nunca se sabe con quién se habla. El hijo se levanta contra el padre y el tío contra el sobrino. No me extraña que los reyes cristianos avancen en su conquista cuando nosotros les estamos dando las bazas. Es lamentable –el embajador hizo un gesto de extrañeza que no pasó desapercibido para Oait–. Sí, como ves estoy al tanto de la política de Al-Ándalus.

–Perdonad, pero ahora mismo no hay más que un rey: Boabdil.

–Lo sé, aunque quizás sea ya demasiado tarde.

–Debo de insistir –y debía de hacerlo aunque la suerte estaba ya echada– en recabar ayuda, pues así se me ha encargado encarecidamente.

–Y mi primo la obtendrá, aunque no en este momento. Egipto tiene ahora graves problemas y ha de utilizar todos sus recursos en resolverlos.

–¿Cuándo sería...? Debo de llevar una respuesta lo más concreta posible.

–No te preocupes por ello, llevarás unas cartas en las que explicaré a mi pariente mis planes con todo tipo de detalles, pasad a recogerlas en tres días.

Antes de terminar de hablar se puso de pie dando a entender que la entrevista había terminado.

“¿Tanto tiempo esperando para esto? Es indignante. Egipto da ya por perdido el reino de Al-Ándalus, no me cabe la menor duda”.

Cuando, después de una travesía nada cómoda, avistaron el puerto de Almería, Abderramán estaba curtido y acostumbrado a navegar, aunque preferiría que el resto de su vida transcurriera en tierra firme.

Lo mismo fue desembarcar que iniciar la marcha hacia Granada. Les proporcionaron caballos y aunque era media tarde, emprendieron el camino hacia Guadix, no podían demorar por más tiempo el llevar las noticias que estaban esperando en la corte.

Tampoco fue cómodo para Abderramán el andar cabalgando, aunque no era nuevo para él, en su pueblo había montado en borricos y en mulos. Durante el trayecto rememoró las conversaciones mantenidas en el barco con su amigo y maestro.

–Un día me dijiste que hubieras deseado aprender a leer y escribir.

–Lo he deseado toda mi vida.

–Pues si tanto interés tienes aprenderás, de eso me encargo yo.

En el primer puerto en el que hicieron escala, el “Largo” compró los útiles necesarios, que el pastor se empeñó en pagar pues eran para él, además disponía de dinero. Todas las tardes se dedicaron a poner en práctica aquel deseo. Al principio le pareció una tarea imposible, pero poco a poco y con los cinco sentidos puestos en el empeño, comenzó a avanzar y lo hizo con tal aprovechamiento que sorprendió al mismo maestro.

“Todavía soy un novato –pensaba camino de Guadix–, pero ya voy entendiendo algunas palabras. Estoy convencido de que si mi amigo sigue ayudándome conseguiré aprender del todo”.

El último día de navegación y con el puerto de Almería ya a la vista se atrevió a preguntarle:

–¿Cuál es tu verdadero nombre?

El “Largo” lo miró inquisitivamente y después de sopesar la respuesta contestó:

–Por razones que debes de suponer, no desearía que lo divulgaras –Abderramán movió la cabeza con gesto comprensivo–. Mi nombre es Ghazalí, por él he sido conocido en todos los mares.

–Te agradezco la confianza.

En cuanto llegaron a Granada, el pequeño ejército fue licenciado. El capitán se encargó de abonar las soldadas y de recoger armas, pertrechos y caballos.

–De nuevo estoy sin trabajo.

Dijo Abderramán, que se encontraba más cómodo cuando tenía su vida reglada y resuelta.

–Como soldados y en estos tiempos, tendremos trabajo seguro –le respondió Ghazalí–. También puedes encontrar, si la vida de soldado no te gusta, el trabajo de pastor, tu antigua ocupación, aunque no sé por qué me da la impresión de que ya no volverías a la soledad de las montañas, ¿me equivoco?

–No lo haces. Después de haber vivido en ciudades tan grandes me resultaría aburrido, pero por si acaso, ¿qué ganado se cría por aquí?

–Supongo que cabras y corderos. Es la primera vez que vengo a Granada, yo conozco mejor la costa y te puedo decir la riqueza de Al-Ándalus porque la he transportado o visto embarcar en los puertos. Trigo en Almería; cebada, como tú sabes, en Vera; aceite y aceitunas en Pechina; en Dalías y Adra caña de azúcar; en las proximidades de Almería, lino y moreras; y en cuanto al ganado: acémilas en Vera y Huéscar; corderos, leche, queso y carne en Dalías. Las palomas se crían en todas las alquerías. En Oria y en Cantoria se produce buena miel y tenemos buenas salinas en todo el litoral. En el campo producimos, siempre te hablo de la costa, almendras, higos y uvas. De los telares y de la cerámica no te digo nada porque esos oficios hay que aprenderlos desde niño, así que tienes infinidad de trabajos para elegir.

–A estas alturas prefiero seguir de soldado, o de marinero, me costaría volver al campo.

–Me alegro. Yo, por mi parte, voy a indagar sobre las posibilidades que tengo. Si no encuentro ocupación que me satisfaga volveré a Almería, algún barco necesitará completar su tripulación.

Boabdil recibió a su embajador mostrando un semblante serio. Los abrazos de la despedida fueron sustituidos por la indiferencia y la frialdad. La tardanza en negociar una entrevista había demostrado la poca iniciativa que el letrado había tenido. Aquel vasallo en el que había puesto sus esperanzas le había fallado.

Ni siquiera recibió un obsequio de parte de su primo. Eso sí, las cartas que le envió prometían ayuda para el año siguiente, siempre y cuando fueran buenas las cosechas y las arcas reales se

lo permitieran, es decir: nada. Le deseaba suerte y fe en la victoria sobre los infieles.

—¿Para esto han hecho falta dos meses y medio?

Ibn al-Azraq, que sufrió hasta la humillación de aquellos melifluos y voluminosos comerciantes, que fueron recibidos antes que él, también la estaba recibiendo por parte de su rey.

Podía haberle dicho que desde el principio pudo comprobar el poco interés que Oait había mostrado por su familiar, pero estaba deseando que terminara aquella farsa para poder reunirse con su familia y con sus esclavas. Se iría derecho a la alquería y se daría un baño de agua templada junto a su favorita, la había echado tanto de menos que no veía la hora de encontrarse con ella.

Boabdil cogió las cartas y sin despedirse siquiera abandonó la tarbea, la audiencia había terminado. El letrado inclinó la cabeza maldiciéndolo entre dientes.

Toda la escolta que volvió de Egipto y en tanto organizaban la vuelta a sus terruños, se hospedó en una posada situada cerca de la alcaicería. Habían terminado su cometido sin necesidad de desenvainar la espada ni de exponer su vida en ningún momento. Contratos así estarían dispuestos a firmar todos los días. Abdalaciz, que desde que en Túnez lo llevó al prostíbulo, había hecho buenas migas con el veterano, poco a poco comenzó a despegarse de los dos amigos de Vera. Él tenía otros intereses, así que Abderramán se vio más unido a su maestro.

–En Vera todos te llamábamos el “Largo”.

Le dijo una tarde mientras descansaban junto a la chimenea de la posada. El joven actuaba siempre de frente y sin subterfugios ni dobleces.

–Lo sabía, y no me importaba.

–A mí me gustaría llamarte Ghazalí.

–Pues hazlo.

Cansados de escuchar las historias de los buhoneros que narraban asaltos y robos por facinerosos, salieron de la posada y caminaron por el zoco y por la alcaicería. El bullicio de las gentes y el tráfico de las acémilas que volvían de los campos eran agobiantes y en más de una ocasión tuvieron que caminar el uno detrás del otro.

–Necesito calzado nuevo.

Instintivamente, Abderramán se miró los pies. Él también tenía destrozado el suyo, así que entraron en la primera talabartería que encontraron y se probaron sandalias, babuchas y borceguíes.

En la misma marroquinería se enteraron del bando que se había dado aquella misma mañana. Los de Vera se miraron pero no hicieron ningún comentario. Fue al llegar a una recoleta plaza en la que manaba una fuente con tres caños y, después de saciar la sed, cuando Ghazalí hizo el primer comentario.

–Quizás nos interese alistarnos. Según he podido saber, Sidî Yahyâ el-Nâyar tiene fama de esforzado y junto a él podemos alcanzar renombre y fortuna, ¿no persigues tú eso?

–Sabes que soy un ignorante y que confío en tu experiencia. Sin ti seguiría aún en Vera rompiéndome el espinazo cargando bloques de mármol.

Ghazalí no le contestó. Anduvieron despacio y después de hacer varias preguntas a los viandantes que encontraron, llegaron al cuartel. Enseguida los alistaron, por lo visto se estaban presentando pocos voluntarios. Abderramán no era ya un novato y pudo dar cuenta de su último trabajo, aunque nunca dijo que también había sido el primero, ¿qué necesidad había de dar más explicaciones?

Con el futuro asegurado, entraron en la primera abacería que encontraron y pidieron una jarra de vino. Las noticias a las que tuvieron acceso durante la ingesta no fueron alentadoras. Uno de los parroquianos dijo como primicia:

–Baza está amenazada por los reyes cristianos.

Ghazalí necesitaba ponerse al corriente de los acontecimientos. Los años vividos en Vera habían sido un paréntesis y deseaba comprender en toda su amplitud la situación actual de Al-Ándalus; ahora formaba parte activa de sus vicisitudes y tenía que asegurarse de que sus decisiones eran correctas. La información la obtuvo acompañando a dos hombres que, como ellos, se habían alistado y naturalmente ocurrió junto a las jarras de vino que él pagó.

–He estado fuera durante años y desconozco nuestra situación y la de los reyes cristianos.

–Pues te hago saber que no es buena para nosotros. Por hablarte solamente de los últimos tiempos, te diré que cada año hemos ido perdiendo una plaza importante. Hace tres años fue la ciudad de Loja, después han ido cayendo Málaga y Vélez-Málaga, y las últimas noticias nos dicen que Baza está amenazada, así que caerá este mismo año.

Ghazalí comprendió que el cerco se estaba estrechando y la supervivencia del islam en la península dependía de conseguir defender las ciudades de Granada y Almería. Solamente afianzándolas y recibiendo ayuda de sus hermanos de Egipto o del Magreb, se podrían plantear la reconquista de las ciudades que por discordias internas se habían perdido. De todas formas, las dos ciudades que les quedaban eran las joyas de la corona.

El invierno en Granada fue duro, sobre todo para Ghazalí. El contingente que se fue formando apenas podía ejercitarse, los más de los días amanecía nevado. Hasta mediados de febrero no comenzó a mejorar el tiempo y en marzo se decidió que, como estaba previsto, aquella mesnada se dirigiera hacia Almería, pues las noticias que llegaban a Granada eran alarmantes. Los reyes cristianos se habían propuesto conquistar la ciudad costera y tenían grandes posibilidades de conseguirlo. *“Esta vez sí que la cosa va*

en serio, pues nuestros hermanos no están por ayudarnos”, pensó Ghazalí, recordando el fracaso que obtuvieron la primera vez que lo intentaron.

Desde el mismo instante en el que divisaron el mar, el ánimo de Ghazalí cambió por completo. El sol calentaba con tibieza y reverberaba sobre la ancha superficie del horizonte, allí estaba el piélago.

–Un día me preguntaste: ¿por qué es azul el agua del mar?, ¿lo recuerdas?

Le dijo a su pupilo. Abderramán se alegró de que no lo hubiera olvidado.

–Fue lo primero que me impresionó, nadie en el pueblo dijo nunca que tuviera ese color.

–Ahora me imagino que habrás ido conociendo por ti mismo cual es la respuesta, pues has visto mares más o menos plúmbeos y también claros.

–También lo era su cielo.

–En efecto, pues ahí tienes la explicación.

Abderramán se sonrió, ahora sólo le faltaba aprender a leer en las estrellas, pues en los libros lo estaba haciendo ya.

En Almería fueron recibidos con alborozo, aquella hueste era un refuerzo importante para la defensa de sus murallas.

Al pastor le sorprendió la grandeza de la alcazaba, que ocupaba el punto más alto de la ciudad, pero antes de llegar a ella pasaron por la medina, que estaba rodeada por un formidable cinturón de murallas, al igual que por la parte oriental lo estaba su arrabal.

–Por este lado está bien fortificada –comentó el joven cabrero.

–Pues igual lo está por la parte occidental, conozco el arrabal por haberlo visitado en muchas ocasiones⁷, como verás se utiliza el tapial, mucho más efectivo que la piedra.

Subieron a la alcazaba y, ante la admiración del cabrero, Ghazalí le comentó:

–Creo que es la más grande de Al-Ándalus. La mandó construir el primer califa independiente de Damasco, y no lo vas a olvidar nunca porque tú llevas su mismo nombre.

–¿Se llamó Abderramán?

⁷ El arrabal fue amurallado por Jayrán.

–Abderramán III. Él engrandeció Al-Ándalus.

El pastor quedó maravillado, aquella ciudad tenía todo lo que él había soñado y, por si fuera poco, el mar se extendía a sus pies. Se establecieron dentro del recinto amurallado y cerca de las caballerizas. Había como tres recintos perfectamente delimitados. En uno de ellos destacaba el gran alcázar, que daba vista al norte y desde el cual se divisaba un amplio huerto en el que se cultivaban exquisitos frutos. Este jardín, por su lado meridional, limitaba con una gran sala de recepciones a la que daban puertas con adufas labradas según la tradición oriental, pero más valiosas por la perfección de su ornamento. La sala estaba pavimentada con losas de mármol blanco, al igual que lo estaba el revestimiento de los zócalos. El muro se ornaba con arcos poli lobulados con mocárabes mixtilíneos y de herradura muy apuntados. El lienzo de la fachada estaba adornado con lacería. Contigua a esta sala y en la parte meridional había una gran mansión privada, que Abderramán no pudo ver, pero que según oyó contar a los que la habían visitado, estaba construida artísticamente con diversas clases de decoración dorada, cuyas maravillas dejaban estupefacto a cuantos la contemplaban. La entrada la formaba un grandioso arco de herradura enmarcado en un alfiz. Por el sur seguían otras salas decoradas con almocárabes de células talladas e incrustadas de oro fino. Los zócalos estaban revestidos de mármol esculpido figurando en el borde la fecha en la que fue tallado y el nombre de quien lo ejecutó. Las paredes estaban ornamentadas con formas geométricas policromadas de carácter epigráfico⁸. Seguía un patio en cuyo lado sur se erige un pórtico encima del cual se abre una balaustrada desde la cual se divisa toda la ciudad y el puerto. Abderramán se quedó con la boca abierta.

Organizada la vigilancia, el pastor estuvo de guardia un día sí y otro no. Desde las almenas contemplaba la bahía y se sentía seguro, pues en último caso, sabía que al otro lado del piélagos estaban sus hermanos. El azul del mar era allí mucho más intenso que en Vera y el cielo también.

En los días libres continuaba recibiendo lecciones de escritura pero Ghazalí lo animaba también a que saliera con jóvenes de su edad. Él lo intentaba pero no le resultaba fácil. Con Abdalaciz era imposible hacerlo, pues todas las salidas terminaban en los prostíbulos y él tenía otra idea sobre las mujeres. Sí, es cierto que

⁸ Contenían datos sobre personajes, o textos religiosos y poéticos.

disfrutó con aquella yemení de Túnez y le hubiera gustado saber su nombre para recordarla mejor, pero su vida tenía que tener otras metas y otras miras. Aún conservaba el dinero de la venta de las cabras, herencia familiar que no deseaba dilapidar, y aparte, lo ganado en sus trabajos. Su sueño era encontrar a una mujer como la prima de Abdalaciz y formar una familia, en definitiva: tener un futuro. En su casa vio siempre la felicidad de sus padres, nunca oyó a su progenitor recriminar a su esposa y ésta lo atendió siempre con solicitud.

El recuerdo de sus padres y de su hermano lo entristeció.

La primavera había llegado y Abderramán se olvidó de los fríos de Granada. Por las tardes le gustaba pasear por el arrabal de la Musalla. Otras tardes lo hacía por el arrabal del estanque, incluso lo hacía a lo largo del lienzo de la muralla que daba a la Hoya y salía por la puerta de Musa. En aquel paraje veía siempre a algún pastor de cabras y hablaba con él y recordaba a sus familiares.

Abdalaciz, que se había quedado sin dinero, se acercó a su amigo una tarde, hacía ya tiempo que no coincidían.

—¿Salimos a dar un paseo?

—¿Sin mancebías?

Preguntó el cabrero con sorna.

—Aunque quisiera no podría, estoy limpio. Si tú no me invitas..., hasta que no cobre...

—¿Te lo has gastado todo?

—Y, ¿para qué voy a ahorrar?, cualquier día podemos perder la vida, ¿cuánto crees que tardarán los reyes cristianos en poner sitio y conquistar esta plaza? Ya has visto el caso que nos han hecho en Egipto. Estamos abandonados a nuestra suerte.

Era tan negro el panorama que le describió su amigo, que el salir a pasear por el puerto le sirvió de bálsamo, ante aquella brisa con olor a algas pensó: *“lo que tenga que ser será, así que no voy a preocuparme ahora”*.

Una muchacha de piel blanca y pelo rubio, le asomaba un mechón por debajo del ajustado pañuelo, le hizo volver la cabeza, iba con unos niños que, dada su juventud, no podían ser suyos, y al cruzarse lo miró. Aquella mirada de unos ojos tan claros le hizo meditar. Él aún no era nadie, pero quizás tuviera alguna posibilidad de arrimarse y hablar con ella. Unos compañeros se aproximaron y los invitaron a tomar unas jarras de vino. Abdalaciz aceptó de inmediato, era lo que necesitaba. El pastor, que supo que aquella reunión terminaría en un prostíbulo, rehusó el convite pretextando tener dolor de cabeza y se desligó del grupo.

–Vete tú con ellos –dijo a su amigo y el de Vera no lo dudó ni un momento.

Libre de ataduras y sin miedo al ridículo, aprovechó para seguir a la joven que se alejaba con lentitud, pues los niños tiraban de sus brazos en direcciones opuestas.

Interesado en ella aceleró su paso y en poco tiempo estuvo junto a la muchacha, ella miró hacia atrás y comprobó con satisfacción que el mozo que la miró con interés la había seguido. Estaba cerca de la casa de su ama y, a propósito, ralentizó su andar. Abderramán se vio junto a ella y su lengua fue incapaz siquiera de decir: buenas tardes. Su corazón comenzó a latir con más fuerza de lo normal y las mejillas empezaron a colorearse. Era preciosa. Ella procuraba hablar con los niños y se detenía a cada paso, pero el mancebo no se decidía a hablar. Al fin y viendo que la doncella le daba facilidades, se atrevió a decir:

–No soy de aquí, por eso no te habré visto antes.

La joven lo miró de frente y le agradó, aunque le disgustó que fuera tan tímido.

–¿Sales a pasear por el puerto todos los días?

Estaba cobrando confianza. Ella le sonrió, pero no dijo nada. Habían llegado a la puerta de la casa y los niños se soltaron y corrieron dejando sola a la joven, que en contra de sus deseos, también tuvo que iniciar la entrada.

Al mancebo le dio tiempo de decir:

–Mañana no, pero pasado mañana volveré al puerto, me gustaría verte de nuevo.

Ella volvió la cabeza ya en el umbral y sonrió de nuevo. Abderramán se sintió henchido de felicidad. Aquella joven era la mujer con la que había soñado en su pueblo mientras subía y bajaba terreras y terraplenes. Con ella podría formar una familia y ser feliz. De pronto recordó que la profesión que había elegido no era la más adecuada, pues ni era estable ni ofrecía seguridad. Si tenía hijos le gustaría verlos crecer. De todas formas, había tenido mala suerte, pues los tiempos que se avecinaban no eran buenos, si los cristianos conquistaban la ciudad tendrían incluso que abandonarla. Volvió al puerto y estuvo contemplando el mar. Al menos allí podrían escapar en un barco, pero en Granada...

De vuelta a su alojamiento se tropezó con Ghazalí.

–¿Lo has pasado bien?

Con él no podía tener secretos.

–He conocido a una mujer.

Le dijo sonriendo.

-¿En el prostíbulo?

-No, en la calle.

-Ten mucho cuidado, hasta que no la conozcas bien no debes de entregarte demasiado, de lo contrario podéis haceros mucho daño.

Abderramán entendió que le hablaba como un padre, aunque en su mente no se imaginaba al suyo platicando con él de aquellos asuntos. Desde que fue mozo conversó pocas veces con su progenitor y, cuando lo hizo, fue para referirse a las cabras, a los pastos o al mercado.

El primer día que Abderramán vio a al-Zagal fue con motivo de la revista que el rey pasó a las tropas recién incorporadas, y quedó impresionado. Estuvo a dos pasos de sus narices y por un momento se detuvo delante de él. Se puso muy nervioso pues temió que le preguntara algo. Lo observó durante unos momentos y siguió caminando. Era un hombre corpulento y no demasiado alto, pero su rostro irradiaba majestad. Serio y comprometido con la defensa de la causa del islam, mostraba en su expresión la firme determinación de luchar hasta la muerte por defenderlo, así se lo hizo saber a la mesnada en las breves palabras que les dirigió al pie de la torre del homenaje. Abderramán escuchó aquel discurso entristecido, él era demasiado joven para morir, la vida no era justa, había perdido a su familia y ahora que la fortuna le había dado una segunda oportunidad, los cristianos se presentaban intentando arrebatarles lo que les pertenecía. Inmediatamente se preguntó: *¿Por qué Alá permite que las tierras de los suyos sean ocupadas por los infieles? ¿Por qué no hace un milagro? Los cristianos retenidos en Granada contaron que su Dios lo hizo con ellos. Por primera vez en toda su vida, la fe se tambaleó en su interior y por ello continuó haciéndose preguntas: “¿por qué tengo que admitir que mi Dios es el verdadero y no el de los cristianos? Los equivocados podemos ser nosotros”.*

Cada día que estuvo libre, volvió al puerto y lo hizo siempre a la misma hora en la que vio a la doncella con los niños. El cuarto día, y cuando más desanimado estaba, la vio aparecer. Se acercó a ella, que en cuanto advirtió su presencia se ruborizó y fue incapaz de mirarlo a la cara. El joven se armó de valor para decirle:

–He venido todas las tardes, ¿qué te ha pasado?

La joven no contestó y siguió andando con la cabeza agachada, buscaba el pretil del malecón para sentarse. Los niños correteaban y ella no paraba de hablarles dándoles órdenes y advirtiéndoles del peligro que corrían si se acercaban a la balaustrada. Eran los nervios los que le impedían quedarse callada.

–Por un momento pensé que hubieras enfermado.

Dijo Abderramán después de unos instantes de silencio.

–Ha sido el niño el que ha estado con calentura –contestó la joven sin mirarlo a la cara–, pero ya está bien.

Por fin había conseguido que dijera algo, su voz era dulce y melodiosa. Aquel primer paso lo animó.

–Me alegro –hubo unos momentos de silencio y Abderramán comprendió que si duraba demasiado le iba a resultar muy violento reanudar la conversación, así que se lanzó de nuevo.

–Me he acordado mucho de ti.

La joven seguía mirando hacia el suelo, aquel mozo le agradaba, pero tenía que mostrarse tímida y recatada, ¿qué hubiera pensado de ella si a la primera insinuación se hubiera mostrado como en el fondo de su alma deseaba?

Abderramán había perdido la timidez y siguió hablándole.

–He venido desde Granada para reforzar la defensa de Almería –al escuchar sus propias palabras se sintió importante–. Mi nombre es Abderramán, ¿cuál es el tuyo?

Ella se hizo de rogar.

–Cuando te recuerdo, que es continuamente, me gustaría ponerle un nombre a tu cara –se atrevió a añadir–, que es preciosa.

Al pronunciar aquellas palabras quedó más turbado que la propia doncella, él mismo se extrañó de haber sido capaz de semejante osadía.

–Me llamo Isabel.

Abderramán se quedó petrificado, nunca se le hubiera ocurrido pensarlo.

–¿Eres cristiana?

–Lo era por nacimiento y por educación, pero han pasado tantas mudanzas en mi vida que ya no sé ni lo que soy.

Abderramán percibió en su voz un deje de tristeza, debiera de estar desilusionada o quizás desengañada, y sintió por ella una gran ternura. “*Ha debido de sufrir mucho*”, se dijo. La única pregunta que le vino a la mente en aquel momento fue:

–¿Tienes padres?

–No.

Inmediatamente se arrepintió de habérsela hecho, pues los ojos de la joven comenzaron a brillar. Unas lágrimas, apenas perceptibles, entristecieron su cara. El doncel también sintió una gran congoja, pues le vino a la mente el recuerdo de la pérdida de los suyos. La imagen de verlos debajo de los escombros hizo que su voz transmitiera la emoción que sentía.

–Yo también perdí a los míos. Ocurrió en el último terremoto, mi único hermano también pereció.

Ella levantó la vista del suelo y le lanzó una mirada tan tierna, que Abderramán la conservaría siempre en su memoria.

Aquella desgracia los unió de manera indisoluble. Fue como un antes y un después.

–Ahora comprendo lo que has tenido que sufrir.

Los niños correteaban jugando a cogerse.

–Sólo los que han tenido esa desgracia pueden entenderlo – contestó la doncella.

–Tú tendrás más familia, pero yo no tengo a nadie.

Dijo Abderramán deseando que fuera así, pues la vida de una mujer sola debía de ser aún más terrible todavía.

–Sí, tengo un hermano –se detuvo unos momentos para después agregar–, o al menos lo tenía, pues hace cinco años que no sé nada de él.

–¿Entonces con quién vives? –preguntó interesado.

–Con mi ama, estoy a su servicio desde pequeña.

“Dios mío, y me quejo yo de mi mala suerte. Tengo que hacer por ella todo cuanto pueda”.

La hora del paseo daba a su fin y la doncella llamó a los niños y se encaminó hacia su casa.

–Me gustaría que no me acompañaras, no deseo que piensen que al estar entretenida contigo pueda descuidar a los niños.

–Lo siento, haré lo que tú me pidas pero con una condición –ella se detuvo en seco–: que pueda estar contigo pasado mañana.

La respuesta no se hizo esperar e Isabel esbozó una sonrisa en la que iba implícito el: sí puedes.

El mancebo estuvo mirando a la joven hasta que desapareció, entonces inició el camino de regreso a la alcazaba. Aquella noche tenía guardia.

Ghazalí había hecho buenas migas con el capitán que los había traído desde Granada y terminó por contarle sus hazañas en los mares, aunque volvió a recurrir a la excusa de haber sido atacado por los piratas. El granadino comprobó enseguida que su formación era superior a la de los demás hombres de su tropa y conversó mucho con él, no sólo de asuntos de la guerra sino de libros y de filosofía.

El aumento de la hueste con gentes reclutadas en los pueblos y en la vega, hizo que fuera necesario otro mando y el de Granada pensó que nadie mejor que el marino para dirigirla, pues era un hombre que estaba acostumbrado al mando, así que lo propuso para encabezar aquella fuerza emergente y después de una entrevista con el propio al-Zagal, fue nombrado capitán.

En cuanto llegó a la alcazaba, Abderramán buscó a su maestro, estaba deseoso de hacerle partícipe de su alegría. Lo encontró cerca de las caballerizas.

–Hoy he conversado con la joven de la que te hablé –le dijo nada más verlo–. Es una doncella tan desgraciada como yo.

–¿Tú eres desgraciado?

No quiso rebatirlo y continuó hablando.

–También es huérfana.

Ghazalí comprendió su estado de ánimo y vislumbrando que aquella coincidencia habría hecho reverdecer sus tristes recuerdos, se abstuvo de hacer ningún comentario. Unos instantes después, y para cambiar de conversación, le dijo:

–Yo también tengo una noticia que darte –Abderramán lo miró con cierta cautela, ¿sería que la mesnada había recibido la orden de abandonar Almería? No podía ser, él había quedado con Isabel. Pronto lo sacó de dudas.

–He sido nombrado capitán de la nueva facción que se está formando.

–¡Qué susto me has dado! Eso es muy bueno para ti –dijo dando un salto de alegría.

–Bueno, no lo sé, pues en principio me supondrá un gran trabajo, casi todos son gente que, como tú, han trabajado en el campo y nunca han empuñado un arma. Me espera una gran tarea.

–Poco a poco van reconociendo tus méritos.

–La verdad es que he vuelto a vivir y lo debo a tu continua insistencia en que abandonara Vera.

–No digas eso, te lo debes a ti mismo.

Lo miró con afecto para después agregar.

–Tu enseñanza de la escribanía también se va a retrasar –lo dijo no sin cierto poso de tristeza–, pues tendré menos tiempo libre. Por cierto, háblame de esa joven.

Su expresión se relajó y esbozando una sonrisa comenzó a hablar.

–Tiene el pelo rubio y los ojos claros.

–¿De nuestra raza y creencias?

Abderramán se detuvo en seco y antes de continuar titubeó, al fin dijo:

–No, es cristiana.

A la mente de Ghazalí acudió el recuerdo de la mujer que más daño le había causado en la vida y recordó los grandes ojos negros y su ardiente boca.

–Es un problema, ¿verdad?

Dijo Abderramán con timidez.

El capitán dudó sobre las palabras que debía decir a su discípulo para no lastimarlo, pero tenía la obligación moral de alertarlo sobre el peligro que suponía enamorarse de aquella cristiana y, sobre todo, el hacerlo con la entrega que supone siempre el primer amor, el desengaño podía destruirlo, por eso, le dijo con paternal entonación:

–Lo es siempre que pones todas tus ilusiones y afanes en algo.

–¿Por qué?

No esperaba esa pregunta pero trató de aclarárselo.

–Porque las cosas no son siempre como las vemos. No has estado nunca en el desierto y no puedes saber lo que es un espejismo, pero yo te lo voy a explicar, mira: aunque te parece real, lo que ves con tanta nitidez es sólo una ilusión; cuando llegas al lugar en el que habías visto el agua, compruebas que no hay nada y que el esfuerzo ha sido en vano.

–Ella sí es como la veo.

–Nadie es nunca como lo vemos. Mira, te voy a dar una lección de cómo hay que mirar a la mujer, lo han dicho los sabios más egregios de todas las civilizaciones. Es curioso, pero es en lo único que han coincidido.

Abderramán escuchaba a su amigo aunque sabía de antemano que no lo iba a convencer, Isabel era diferente.

–Nuestro mal estriba en que hemos desoído a los sabios y hemos ensalzado a la mujer colocándola a nuestro nivel, craso error. El Corán dice: *“Los hombres son superiores a las mujeres porque Alá les otorgó la primacía sobre ellas. Por tanto, dio a los varones el doble de lo que dio a las mujeres. Los maridos que sufrieran desobediencia de sus mujeres pueden castigarlas: abandonándolas en sus lechos, e incluso golpeándolas”*. Termina diciendo: *“No se legó al hombre mayor calamidad que la mujer”*.

Abderramán desechó enseguida aquella idea absurda, él nunca golpearía la delicada piel de Isabel.

–También nos avisó Aristóteles, preceptor de Alejandro Magno, diciendo lo siguiente: *“La naturaleza hace mujeres cuando no puede hacer hombres. La mujer es, por tanto, un hombre inferior”*.

Escuchaba a su maestro pero en su mente estaba el rostro de Isabel con sus ojos claros y la boca de labios carmesí en la que bebería la dulzura de su amor.

–Y no olvides nunca lo que dijo Zaratustra, un filósofo persa que vivió hace más de veinte siglos: *“La mujer debe adorar al hombre como a un dios. Cada mañana debe arrodillarse nueve veces consecutivas a los pies del marido y, con los brazos cruzados, preguntarle: señor, ¿qué deseas que haga?”*.

Escuchaba a Ghazalí pero su mente buscaba alguna idea que pudiera justificar su confianza en aquel amor y de pronto creyó haber encontrado una, ya estaba: *“Isabel es cristiana, seguro que ni su religión ni su Dios dicen nada semejante”*. Lo pensó y se lo dijo a su maestro que, en un principio, se sorprendió de la deducción de su alumno, pero inmediatamente comprendió que no le estaba haciendo caso y que su esperanza estaba puesta en las creencias de la doncella, así que tenía que sacarlo de su equivocación.

–Estás en un error. Pablo, uno de los gurús de los cristianos, dice: *“Que las mujeres estén calladas en las iglesias, porque no les es permitido hablar. Si quisieran ser instruidas sobre algún punto, pregunten en casa a sus maridos”*.

Aquella respuesta lo dejó sin argumentos.

–No te equivoques como yo, la mujer sólo sirve para ser utilizada.

Abderramán entendió enseguida que la herida que le produjo aquella dama debió de ser profunda y dolorosa, porque hay mujeres malas, que duda cabía pero, *“Isabel no me haría nunca daño, es tan dulce y tierna...”*.

Ghazalí se tomó tan a pecho su trabajo que apenas tenía tiempo para hablar con su pupilo, aunque siempre le dejaba algún escrito para que lo leyera, o algún papel para que lo transcribiera. El alumno aprovechaba la mañana para hacer los trabajos, pues las tardes estaban dedicadas a su amada. Cada vez tomaban más precauciones, pues temían que aquella felicidad que habían llegado a alcanzar por el solo hecho de estar juntos no pudiera durar, ninguno de los dos había sido afortunado hasta entonces. Hablaban mucho, Isabel se había criado con la madre de los niños, algo mayor que ella, y había aprovechado la enseñanza que sus maestros dedicaron a los hijos de su dueño, bastante torpes por cierto, por tanto tenía más conocimientos que Abderramán, que no llegó a decirle nada sobre lo que algunos sabios pensaban sobre las mujeres, según le había contado su maestro. No le cabía duda de que tanto Ghazalí como aquellos hombres que escribían semejantes asertos estaban equivocados, Isabel era más lista y sabía más que él, aunque no se lo diría a su maestro, pues sería perder el tiempo. La mujer de su historia le había hecho tanto daño que la tenía tomada con todas.

–Yo estoy aprendiendo a leer y a escribir.

Le dijo aquella tarde a la cristiana.

–Me alegro –le contestó animada–, verás el mundo de otra manera.

–Por cierto, ¿las mujeres podéis aprender?

–No nos dan las mismas facilidades que a vosotros, los hombres tratan por todos los medios que permanezcamos en la ignorancia. Si yo te contara...

–¿Qué pasa?

–Pues que hay verdaderos sabios que piensan que las mujeres somos incapaces de aprender y de razonar.

Abderramán aprovechó para decir:

–Entonces no son tan sabios, ¿no?

Isabel le dirigió una sonrisa al tiempo que le cogió la mano, era el primer contacto físico que tenían y el joven experimentó un placer indescriptible, la suavidad de su piel era tal que hubiera deseado tenerla asida siempre, pero ella lo soltó en cuanto se sentaron.

–Ninguna religión admitirá nunca que las mujeres seamos igual que los hombres, perderían mano de obra barata y sobre todo, nuestra sumisión. He leído, a escondidas claro, todos los libros que hay en la biblioteca de la casa. Mira, existen civilizaciones en las que son las mujeres las que mandan, y para comprobarlo no tenemos que irnos muy lejos, pues la misma Castilla tiene una mujer por reina, que por cierto lleva mi nombre. Lo que he podido leer sobre ella dice que es más inteligente que su esposo, el rey de Aragón, y está más interesada en el saber que el propio Fernando.

Abderramán la escuchaba extasiado, aunque de su mente no se le iban las barbaridades que su maestro le había tratado de inculcar. “¿*Qué culpa tengo yo de que aquella malvada mujer lo traicionara?*”.

Al mancebo sólo le interesaba saber una cosa y la expuso en cuanto su amada dejó de hablar.

–¿Cómo se acuerdan los matrimonios entre tus gentes?

Isabel lo miró sorprendida.

–¿Por qué se te ha ocurrido ahora esa pregunta?

–Porque quiero casarme contigo.

¡Ea!, ya estaba dicho.

Isabel lo miró embelesada, aquel joven era un encanto. La verdad era que hasta entonces no había pensado en las dificultades que tal empeño entrañaría, pues su dueño no iba a dejarla escapar, su juventud le auguraba muchos años de servidumbre gratuita. Su rostro cambió de expresión al decir:

–Te he estado hablando de la inferioridad con la que los hombres nos consideran, imagínate si encima de mujer he sido comprada en una subasta.

La cara de Abderramán fue un poema, ni podía ni tenía nada que decir, pero el mundo se le vino encima. Hasta este momento no había entendido las palabras de su maestro, “*nada es lo que parece*”.

–Dios santo –dijo al fin–, eso es una contrariedad, pues no pienso renunciar a ti.

Isabel se estremeció y se acercó al joven hasta sentir su cuerpo junto al suyo. Levantó la cabeza y le sonrió antes de decir:

–Lo siento, ¿qué puedo hacer?

–Huyamos.

–¿Adónde?, los reyes de Castilla nos tienen cada día más cercados, para nosotros no hay salida.

-No digas eso, por favor, los únicos días de mi vida en los que estoy siendo feliz son los que llevo conociéndote. Ni tu Dios ni Alá pueden pretender nuestra infelicidad.

-A veces pienso que es el mismo.

-Pues con mayor motivo.

-Me tengo que ir ya -dijo mientras se levantaba para acercarse a los niños que jugaban haciendo montones de arena para luego deshacerlos.

-¿Quién es tu señor?

-Un comerciante muy conocido en Almería.

Aquella tarde la vio desaparecer por el fondo de la calle y en su interior se despertó el desconsuelo que hasta entonces no había conocido. Se sentía descorazonado y desencantado de la vida, pues las ilusiones que apenas habían nacido en su alma acababan de ser sepultadas por una pesada losa. Mientras caminaba hacia la alcazaba se dijo con determinación: *“A pesar de todas las dificultades que se presenten, no me rendiré”*.

Ghazalí se acercó hasta el lugar en el que Abderramán se encontraba. El joven, asomado a una de las almenas, contemplaba el mar. Estaba tan absorto en la visión que, al escuchar sus palabras, se sobresaltó.

–¿Te he asustado?

–No, es que no te esperaba.

–Te he visto desde la torre del homenaje. Toma estas hojas. Están dispersas y deterioradas, por ello las adquiriré a buen precio. Cuídalas y practica cuanto te sea posible.

–¿De qué tratan?

Le hubiera contestado que era un clásico, pero el joven no lo hubiera entendido, su cultura era incipiente, tiempo habría de explicárselo cuando hubiera leído otros escritos, por eso se limitó a decirle:

–Sé que quizás te resulte difícil de comprender, antes tendrías que haber leído otros textos menos complicados, pero es lo único que encontré a mano. Su título es: “Amores” y su autor es Publio Ovidio Nasón, en otra ocasión te contaré algo de él. Hace muchos siglos que está escrito.

–Intentaré leerlo y después te preguntaré para que me expliques lo que no haya comprendido.

–Es lo que quería oírte decir.

–¿Ha llegado alguna noticia sobre los asuntos de la guerra?

–Ninguna que nos convenga, el verano se acerca y nuestros enemigos, al igual que estamos haciendo nosotros, están armando sus huestes para iniciar la campaña. Si somos capaces de contener la próxima acometida, tendremos muchas posibilidades de aguantar otro año.

La conversación fue interrumpida por la llegada del capitán que los había traído desde Granada. Ghazalí se despidió de su alumno y se acercó a su superior. Ambos se retiraron camino del palacio de al-Zagal.

El joven, ilusionado por descifrar lo que estuviera escrito en aquellos papeles, se retiró a uno de los rincones de la torre que tenía más cerca. Se sentó sobre un escalón y echó una ojeada de conjunto

al manuscrito. Evaluada la extensión y el tiempo que le llevaría terminarlo, comenzó a leerlo. El primer párrafo decía así:

“Todo amante es soldado, Cupido –acababa de comenzar y ya se había tropezado con el primer obstáculo, ¿quién será Cupido?, se encogió de hombros y continuó leyendo– tiene sus reales; créeme, Ático –si toda la lectura tenía tantas dificultades tendría que dejarla–, todo amante es soldado. La edad apta para la guerra es la que conviene a Venus. Vergüenza al soldado viejo, vergüenza al amor senil. Los años que requiere un jefe en el vigoroso recluta son los que exige una linda joven al compañero de su lecho –eso sí lo entendía–. Los dos son vigilantes, los dos descansan a menudo en tierra; el uno guarda las puertas de su dueño, el otro la tienda de su general. El que cursa ha de emprender marchas penosas; el amante resuelto, si dispone un viaje su ídolo, le seguirá hasta el fin del mundo, franqueará los montes contrapuestos, los torrentes engrosados por la lluvia y los peligrosos ventisqueros, y teniendo que navegar no le arredrará el Euro desencadenado, ni aguardará a que las estrellas le indiquen el momento propicio. Ame, pues, el que no quiera consumirse en la desidia”.

Leer aquella primera hoja le había llevado su tiempo. Retiró el papel y se restregó los ojos con la mano, había realizado un gran esfuerzo. No estaba seguro de haber comprendido lo que quería decir aquel Publio Ovidio, aunque una lucecita en su interior le alertaba de que Ghazalí había elegido aquel texto adrede. Lo que aquellas letras daban a entender era que debía de disfrutar del amor mientras fuera joven, aunque para ello debiera de arrostrar peligros. Esto último le extrañó, pues en la conversación que mantuvo con su maestro sobre las mujeres, le habló de gozar de ellas, pero considerándolas siempre como seres inferiores. La verdad era que la lectura, más que aclararle las ideas sobre el amor, le había creado confusión.

Durante toda la tarde tuvo guardia sobre la muralla y estuvo reflexionando sobre el escrito del romano. Si lo había entendido bien, aconsejaba al amante que fuera resuelto y que si era necesario para conseguir su amor, huyera con su amada hasta el fin del mundo. Él mismo propuso a Isabel el escapar de aquella injusticia y buscar otras tierras en las que poder emprender una nueva vida. *“Yo no le temo al trabajo, por muy servil que sea, siempre lo he hecho, ¿qué puedo perder entonces?”.*

Aquella noche soñó con huidas y persecuciones y por la mañana, en cuanto se vistió y tomó el desayuno, buscó un lugar apartado,

hasta la tarde no saldría, para continuar leyendo los pensamientos que un hombre sabio exponía sobre el amor y la manera de actuar de los amantes.

La segunda hoja que leyó decía lo siguiente:

“Vete lejos con tus flechas, Cupido; ninguna mujer vale tanto que me haga desear la muerte a todas horas. Sí, deseo morir cuando recuerdo tu felonía, joven nacida para mi eterna condenación...”

Aquel párrafo sí lo había comprendido en su totalidad y todas y cada una de aquellas palabras, al igual que ese tal Ovidio, las podía haber pronunciado su maestro, así hablaba él de la mujer que tanto daño le había causado, ¿sería cierto que todas las mujeres sólo desean la perdición del hombre? No podía ser, él recordaba a su madre y nunca vio esa intención en ella, antes al contrario, se desvivía por el bienestar de su padre. Dobló el papel y lo guardó. Aquellas palabras, escritas tal vez por un hombre burlado, no podían alejarlo de Isabel, e inmediatamente imaginó la dulzura de sus besos y la complacencia de sus caricias.

Al mediodía se encontró con su maestro.

–¿Estás leyendo a Ovidio? –le preguntó nada más verlo.

Abderramán le contestó con otra pregunta:

–¿Quién es Cupido?

–Veo que sí. Cupido es el dios romano del amor. Se representa como un niño con alas, que con los ojos tapados lanza flechas. Al que alcanza la saeta queda enamorado. Es una explicación muy sencilla del por qué se enamora uno, ¿lo entiendes?

–Lo entiendo, aunque en mi pueblo nunca oí hablar de ese tal Cupido.

–Porque forma parte de la mitología romana, tenían muchos dioses. Los poetas, aunque no sean romanos, siguen utilizando a ese dios en forma de niño para explicar el enamoramiento.

No quiso preguntarle si había elegido aquel libro para hacerle desistir de su empeño en seguir adelante con la relación que había emprendido con la cristiana, ¿para qué?, lo iba a negar.

La verdad era que los días se le hacían interminables. Cuando por fin aparecía la cristiana su espíritu se relajaba, se diría que vivía para el disfrute de estar con ella. Abderramán trataba de buscar una salida y por ello no cejaba en el afán de proponerle alternativas.

–Tú eres cristiana y nada te ocurriría escapando a tierras de Castilla.

–Quizás no, pero a ti sí.

–No si tú me avalas.

–Es todo tan peligroso, quizás si se lo pido a Dios con toda mi alma...

–Perdona, pero yo creo que no puede ayudar si nosotros no tomamos la iniciativa. ¿Qué puede hacer él?

–En mi casa –su voz se volvió nostálgica– teníamos una sirvienta que era muy devota y decía que con sacrificio y fe se podía alcanzar cuanto se deseara. Recuerdo que una vez le vi el cilicio que llevaba debajo de la enagua, fue en un descuido, me impresionó, pues la ropa interior la llevaba manchada de sangre.

–¿Qué es un cilicio?

Isabel miró a su enamorado y comprendió enseguida que no estaba versado en las creencias y ritos de los cristianos y se dispuso a describirle el instrumento de tortura.

–Es un cinturón con pinchos de alambre. El sacrificio de su mortificación se la ofrecía a Dios para que velara por un hijo que no le había salido muy derecho.

–No entiendo, ¿quieres decir que tu Dios disfruta y se alegra de que sus hijos sufran por él?

–Eso es, pues demuestran el amor que le tienen.

–La verdad es que no soy quien para opinar sobre una religión que no es la mía, además de ser mucho más ignorante que tú, pero no lo veo lógico.

–¿Qué es lo que no ves lógico? –lo miraba con interés, hasta entonces nunca se habían metido en conversaciones profundas.

–Cuando sea padre procuraré que mis hijos no sufran, y menos por mi culpa, pues si los veo sufrir sufriré más que ellos. No creo que haya ningún padre que se alegre por el sufrimiento de sus hijos. Yo –miró a Isabel con admiración y con deseo– procuraré sufrir en mis carnes los golpes que han de recibir mis hijos, es lo normal, ¿no?

Nunca se lo había planteado de aquella manera, pero Abderramán tenía razón, cualquier padre lo pasa mal viendo sufrir a su hijo, por ello le dijo convencida:

–Creo que tienes razón.

Ghazalí acudió a la reunión que se había convocado aquella tarde. Al-Zagal había querido acercarse a sus capitanes y generales para darles ánimos al tiempo que les comunicaba, no todo lo que sabía, pero sí algunas noticias, que por otra parte se conocían ya por medio de buhoneros y tratantes de ganado que a su vez las confrontaban con las que traían los arrieros y con las de los mendigos, que eran los que primeramente huían del peligro de las batallas.

—Conozco vuestro esfuerzo por preparar la milicia y os lo agradezco. Todo lo que hagamos para intentar aguantar la embestida que este mismo verano vamos a recibir por parte de los cristianos, será poco. Estamos preparados para resistir un gran asedio, si llegara el caso. Ojalá nos dé tiempo de recoger el trigo. Protegeremos los campos, pues si incendiaran la mies sería un desastre difícil de paliar. Tenemos el verano encima y por tanto habrá que destacar patrullas de vigilancia. De momento sabemos que el grueso del ejército cristiano se ha dirigido hacia Baza, que está sufriendo un cerco muy duro desde la primavera. Presiento que no tardará en capitular.

Tuvo palabras de aliento para cada uno de los capitanes y el propio Ghazalí recibió sus elogios.

—Tengo conocimiento de la labor que estás realizando con unos campesinos que nunca pensaron en empuñar un arma. Que el profeta te ilumine, pues cuento contigo para contener esta furia que se ha desatado contra nosotros y contra el islam.

Todos salieron reconfortados por la cercanía de su rey pero muy preocupados. Los reyes cristianos estaban lanzando una ofensiva que difícilmente podrían contener, salvo que sus hermanos africanos les ayudaran, pero tal posibilidad carecía de fundamento. Ghazalí conocía de primera mano la poca credibilidad que Egipto había dado al enviado de Granada. La última recomendación que les hizo al-Zagal fue la de que no difundieran entre la tropa el peligro que corrían, pues podía desanimarlos e incluso fomentar la desertión. El marino decidió no decirle nada a su discípulo, ¿para qué preocupar a Abderramán?

Al día siguiente, y desde las almenas, vio como zarpaba una nave, lo había anunciado el rey, se dirigía hacia Orán, cuanto más trigo hubiera en los graneros reales más posibilidades tendrían de resistir.

Abderramán acudió al encuentro con su amada pero Isabel no apareció. ¿Qué podía haber sucedido? Las palabras de Ovidio resonaban aún en su cabeza: “*Ninguna mujer vale tanto que me haga desear la muerte a todas horas*”. Ella no podía ser como las mujeres que envenenaron al poeta y a su maestro. Tenía que haber una explicación y seguro que la obtendría el próximo día. Cansado de pasear y casi al oscurecer, pasó por delante de la casa de los amos de Isabel y, pretextando tener que ajustarse las correas de las sandalias, se detuvo ante la misma puerta durante unos momentos. No se oyó ningún sonido, ¿se habrían marchado ante el inminente peligro de la guerra? Si como le había dicho su amada su amo era un rico comerciante, tendría noticias fiables de la situación y habría tomado la determinación de embarcar y cruzar al otro lado del mar, seguro que allí tendría buen acomodo, pues el dinero abre todas las puertas.

Después de varias tardes sin que Isabel apareciera, el joven dejó de salir.

–Te veo desganado –le dijo una tarde su amigo–, ¿no sales ya? –quiso agregar: con la cristiana, pero se abstuvo–. Aprovecha, pues muy pronto se van a anular las salidas, el día que no estés de guardia aquí será porque patrulles por los campos, hay que defender las cosechas.

–Isabel no ha vuelto a aparecer –Ghazalí pudo comprobar con cierta desazón que no estaba preocupado ni por el trabajo que tendría que hacer de ahora en adelante ni por el inminente peligro de los ataques cristianos, sólo le interesaba aquella maldita cristiana que en mala hora conoció.

Estuvo por haberle dicho: “*Sabía que esto iba a ocurrir, no digas que no te previne, ni las cristianas ni las judías son de fiar*”, pero no lo hizo.

Durante un buen rato reinó el silencio, ¿de qué podían hablar? Ambos tenían sus pensamientos y sus pesares puestos en distintas balanzas, la una contenía la esperanza, la otra estaba cargada de ira.

En cuanto se alejó de su pupilo comenzó a recordar los días vividos con Rebeca. La dejó acomodada en su camarote y no apareció por cubierta hasta el atardecer.

Ghazalí la encontró radiante, su cara estaba desprovista de velos y solamente cubría su cabeza con un pequeño pañuelo que mantenía el pelo recogido aunque algunos mechones se le habían escapado y ondeaban al aire de poniente. La luz del crepúsculo sacaba brillo a su tez y el capitán quedó deslumbrado. Muy despacio y sin dejar de mirarla se fue acercando. Era más bella de lo que había imaginado; bajo la pequeña nariz, casi respingona, los carnosos labios de una boca perfecta se entreabrieron para sonreírle.

–¿Has podido descansar?

Preguntó Ghazalí. La anciana, que había estado hasta ese momento al lado de su señora, abandonó el campo de batalla... ¿de amores?, y se acurrucó en la toldilla. El aire había comenzado a refrescar.

–Más de lo que esperaba –volvió a sonreír antes de agregar–. Todavía no te he dado las gracias por tu inestimable ayuda.

–Yo me he limitado a recibir en mi barco a una dama que se encontraba en una situación comprometida. Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

–No lo sé. Yo te estaré agradecida mientras viva.

–Me gustaría conocer los motivos por los que era tan perentorio abandonar tu casa.

–La casa de Ibn-Omar no fue nunca la mía.

–Durante la fiesta de Abu-Abdalá estuvo cortés contigo.

–Siempre lo está ante los demás.

–¿Admitirá tu huida sin más?

–Qué remedio le queda.

–Hablemos de otros temas más agradables. Ahora que eres libre, ¿a dónde irás?

–Esperaba que tú me orientaras, te vi interesado por mí, aunque tal vez me equivoqué.

–No lo hiciste. En aquella semipenumbra sólo vi tus ojos, fue suficiente para quedarme prendado de ellos.

–Eres muy galante y creo que acerté al elegirte para que me salvaras. Llevaba mucho tiempo pensando en huir, pero sólo en ti puse mi confianza, estoy segura de que no me defraudarás.

Ghazalí entendió en seguida que era una mujer culta y lo corroboró el comentario que hizo a continuación.

–He visto alguno de los libros que tienes en el camarote. Yo también disfruté leyendo La Odisea.

Su hablar era pausado y el capitán se iba sintiendo cada vez más perdido. Aquella mujer era una diosa y, por si fuera poco, también

era culta, con ella podría mantener conversaciones sobre libros así como hacer comentarios sobre tratados filosóficos, tanto de los clásicos como de las nuevas corrientes traídas por el cristianismo.

–¿Eres judía? –aunque se lo había dicho su ama, deseaba oírlo de sus labios.

–Lo soy, ¿por qué lo dices?

Su cara expresó cierta sorpresa.

–Porque desearía saber las posibilidades que tendría contigo un musulmán que hace años se alejó un poco del Corán.

Ella se sonrió al tiempo de decir:

–Debe de ser cierto lo que dicen de los marinos.

–¿Qué dicen?

–Que tienen un amor en cada puerto.

–No lo sé, pues no es mi caso. Por el contrario, desearía encontrar el amor en altamar.

–Conozco por oídas la fama que te acompaña y una dama ha de andarse con cuidado si no quiere verse envuelta en los caprichos de un capitán osado y aventurero –Ghazalí hizo un gesto cómico y ella aprovechó para agregar–. ¿No me digas que respetas a las mujeres?

–Es cierto que he conocido a muchas mujeres, pero ahora hablo de enamorarme. Te puedo asegurar que hasta ahora, nunca me había ocurrido nada igual.

Cómo recordaba su sonrisa que sólo iba dirigida a engatusarlo.
“¡Maldita seas!”

La ciudad de Almería, aunque había perdido mucho de su esplendor, seguía siendo importante; los reyes cristianos lo sabían, por ello, y en cuanto comenzó el buen tiempo, partieron desde Lorca⁹, ciudad que habían conquistado unos meses antes, penetraron por el valle del Almanzora y conquistaron Cuevas, Vera, Bédar, Mojácar y Níjar.

Al-Zagal estuvo reunido toda la mañana con sus generales y, con un mapa por delante, señalaron todas las tierras que habían perdido. El panorama era desolador.

La reunión fue interrumpida para anunciar que acababa de llegar un correo. Todos levantaron la vista de la mesa.

–Que pase inmediatamente.

Ordenó al-Zagal.

El jinete venía cubierto de polvo y todavía jadeaba por el esfuerzo de llegar cuanto antes con las noticias que le habían encomendado.

–Habla.

El soldado sacó de su alforja un pliego sellado y se lo entregó.

–Que atiendan a este jinete.

Rompió el lacre y leyó. Su rostro acusó la noticia, los asistentes supieron enseguida que no era buena.

–Lo que nos faltaba. Hay otro ejército que ha partido desde Úbeda y ha penetrado en nuestro territorio. Hemos perdido Benzalema, Freila y Zújar. También ha ocurrido lo que llevamos esperando hace tiempo: Baza acaba de capitular. Ocupados cada uno en defender sus territorios hemos sido incapaces de poner un ejército al servicio del islam y éstos son los resultados.

Nadie se atrevió a abrir la boca, ni siquiera para dar un poco de ánimo, la moral estaba por los suelos. Castellanos y aragoneses habían tomado la iniciativa y ya no les darían tregua.

–En esta situación sólo nos queda defender la ciudad, recojamos las tropas de los campos y centrémonos en defender estas murallas.

Abderramán supo el estado de la guerra y ni siquiera se lamentó de haber abandonado Vera, que ya estaba ocupada por

⁹ Año 1488.

los castellanos; su interés ahora radicaba en saber qué le habría ocurrido a Isabel.

Durante todo el verano siguieron llegando noticias.

–Han tomado Caniles, Fines, Purchena y Velefique.

En septiembre llegó una noticia demoledora.

–Han ocupado la alcazaba de Tabernas.

–Ya están muy cerca, ¿verdad?

Preguntó Abderramán angustiado.

–Sí, y lo peor no es eso, he podido saber que están preparando una flota. Ahora sí que estamos perdidos.

El pastor lo miró con cara compungida.

–Entonces no podremos escapar hacia el Magreb.

Ghazalí movió la cabeza de un lado para otro.

Abderramán pensó siempre que el huir hacia África sería su última baza, pero perdida esta posibilidad volvió a preguntar y esta vez lo hizo con tono lastimero:

–¿Qué puede ocurrirnos?

Ghazalí sabía lo que estaba pasando por la cabeza del joven pero no deseaba darle falsas esperanzas, así que le dijo lo que pensaba.

–Estamos bajo la protección de Sidí Yahyâ el-Nâyar y él procurará la salida que más nos convenga.

Aquellas palabras no lo tranquilizaron. La verdad fue que tampoco las entendió en toda su amplitud, pues era un joven sano en el que la traición no tenía cabida.

Llegaban tantos rumores a diario que todos estaban soliviantados, no obstante, y por última vez, quiso salir aquella tarde, lo consiguió con un permiso especial que Ghazalí se ocupó en conseguirle. El joven pastor necesitaba comprobar que su amada no había regresado a Almería. Esta vez fue derecho a la puerta de su casa. Aquel edificio parecía deshabitado. Para asegurarse de la certeza que ya tenía, llamó a la puerta de la casa de al lado. Abrió una servidora que no tendría más de quince años.

–Perdona, pero traía un encargo para la familia del comerciante que vive al lado y no está, ¿sabes si siguen viviendo aquí?

La muchacha le contestó con naturalidad.

–Esa familia se marchó hace tiempo, ahora no vive nadie.

–¿Sabes dónde se han ido?, es para mandarle el encargo.

–No.

–¿Tampoco lo saben tus señores?

–Tampoco, se lo he oído decir.

–Muchas gracias, ya los buscaré yo.

Estaba claro que habían salido de improviso y ni siquiera Isabel estuvo enterada de sus planes hasta el momento de partir. Ella estaría también sufriendo por él, estuvo seguro.

De vuelta a la alcazaba lo comentó con Ghazalí.

–Se han ido de improviso y ni los vecinos se han enterado.

–Pues no caben nada más que dos posibilidades, o que hayan embarcado o que se hayan dirigido a territorio castellano, los comerciantes tienen muchos contactos, ya sabes, el dinero abre todas las puertas, incluso las de las mazmorras.

Abderramán recordó el milagro y ya no estuvo tan seguro de que no lo fuera. “*El dios de los cristianos está ayudando a los suyos y el nuestro no hace nada por nosotros*”.

El otoño fue muy suave, pero en diciembre comenzaron los vientos a azotar la costa y el mar se embraveció mostrando sus crestas blanquecinas. Ghazalí le dijo a su pupilo:

–Mientras el mar esté furioso estaremos a salvo de los ataques marítimos y estoy seguro de que no comenzará el asalto contra Almería mientras no estén apoyados por la flota.

–Dijiste que si aguantábamos la embestida del verano teníamos posibilidades de permanecer libres un año más.

–Lo dije, pero no había contado con que llegaran tan cerca. El clima aquí es benigno y dados los avances y conquistas conseguidas, si yo fuera el rey de los castellanos y si tuviera una flota, atacaría esta ciudad en cuanto el mal tiempo amainara.

–Dicho de otro modo: todavía no ha pasado el peligro.

–Eso es.

–No dejo de pensar en Isabel, ella es cristiana, por tanto no tiene nada que temer.

–Nada, pero su dueño sí, aunque teniendo dinero se puede comprar todo.

–¿Qué puede pasarnos a los que no lo tenemos?

–Es posible que nada. Dejamos de depender de un señor para pasar a otro. Los que verdaderamente pierden son los que tienen riquezas, pues éstas pasan a las manos del vencedor. Hoy he estado hablando con un hombre de Vera y me ha contado que habían tomado Baza después de un prolongado asedio durante el cual el pueblo sufrió lo indecible, ¿sabes lo que ha ocurrido con la mayoría de los grandes señores?

–Que han sido degollados.

–Ni mucho menos, simplemente se han pasado al bando de don Fernando.

Abderramán no daba crédito a sus oídos, aquella postura era vergonzante.

–No puedo creerlo.

–Pues ve acostumbándote porque siempre es así.

Al final de la tarde, Sidī Yahyâ el-Nâyar se reunió con sus capitanes.

–Las nuevas que tengo que daros son deprimentes. El rey Fernando sigue avanzando sin encontrar apenas resistencia. La noticia de la caída de Purchena¹⁰, aunque ha ocurrido hace diez días, no ha llegado a nosotros hasta hoy, tales son las dificultades y controles que han establecido.

Los capitanes se miraron con recelo, las noticias no podían ser peores.

–Debimos de reforzar las defensas de esos castillos.

Dijo uno de los capitanes.

–Lo que debiéramos de haber hecho y no hicimos deja de tener importancia, nuestra situación es la que es y debemos sacar algún provecho de ella.

–¿Qué provecho podemos sacar de una derrota?

–Ninguno si no la evitamos.

–¿Podemos hacer eso? –pregunto Ghazalí, que por lo visto era el único que había entendido a Nâyar.

–No seríamos los primeros. Nuestra muerte no tendría ningún sentido.

Los demás capitanes guardaban silencio, pues no estaban seguros de haber comprendido lo que su general trataba de sugerirles.

¹⁰ 7 de diciembre de 1489.

El 22 de diciembre, y a hora muy temprana, formaron los hombres de Nâyar¹¹. En cuanto la comitiva estuvo organizada se abrieron las puertas de la alcazaba y, en formación, descendieron hasta la ciudad. Al ritmo de los tambores fueron desfilando por calles y plazas hasta salir extramuros, y lo hicieron por la puerta de Pechina¹². Las mujeres se asomaban a las puertas de sus casas para ver pasar al ejército que habría de defenderlas de los ataques cristianos. Ghazalí no había dicho nada al pastor que, a medida que se alejaban de las murallas, se iba sorprendiendo más y más de la osadía de su general. Se iban alejando de la protección de sus torres y los timbales seguían marcando el paso de aquella mesnada.

Se habían retirado más de media legua cuando un toque de corneta ordenó el alto. La formación se detuvo y esperó nuevas órdenes, pero éstas no llegaron hasta que se acercaron tres jinetes con bandera blanca. Se detuvieron al llegar a la altura del general y parlamentaron. Ninguno de los soldados entendió lo que estuvieran hablando, pero al cabo de unos momentos se les ordenó descanso. Eran cristianos, *¿qué está pasando?*, se preguntó Abderramán muy sorprendido, aquello no era normal.

La conversación duró poco y seguidamente se ordenó reanudar la marcha.

–Esto es Alhadra –dijo uno de los almerienses que conocían bien el terreno. Abderramán, ignorante de lo que aquello podía significar, le preguntó:

–¿Qué es Alhadra?

–Es el sitio en el que los cristianos tienen el campamento real.

La conversación mantenida con Ghazalí le vino a la mente, *“los grandes nunca pierden, los trastos rotos los pagan siempre los pobres, ésa es su condición”*.

¹¹ Se supo después, pero el día anterior y en el campamento real de Alhadra, Nâyar había sido bautizado en la tienda de los Reyes Católicos recibiendo el nombre de Pedro de Granada.

¹² Por cambio semántico, se le llamó con posterioridad “Puerta de Purchena”, que alude a la ciudad del norte de la provincia.

La llegada al campamento real fue celebrada con entusiasmo, aquel cambio de campo evitaba entrar en batalla.

El campamento estaba bien abastecido y lo atestiguó la comida con la que aquellos traidores fueron obsequiados.

Sería media tarde cuando Ghazalí se acercó a su pupilo. El saludo del capitán fue contestado con una pregunta muy directa.

–¿Tú sabías algo de esto?

–Era previsible, no teníamos ninguna posibilidad de aguantar un sitio que se llevaría a cabo por tierra y por mar, pero tampoco tenía la certeza, ni sabía cuándo podría producirse, si es a eso a lo que te refieres.

–La verdad es que, aparte del desconcierto, tengo una rara sensación, pues por una parte me duele que los cristianos nos arrebaten unas tierras que son nuestras, pero por la otra, ha terminado con la zozobra de estos últimos días.

–Es natural, todos nos sentimos algo defraudados, pero la vida es así, siempre hay que escoger el camino más favorable.

–¿Qué le pasará a la gente a la que no hemos defendido?

–Por eso no te preocupes, las capitulaciones les son favorables.

–Hay mucho ajeteo en el campamento.

–Es natural, la reina Isabel llegará mañana, quiere celebrar la Navidad con su esposo, ya sabes, la fiesta más importante de los cristianos.

Aquel nombre le trajo el recuerdo de su amor, *“la reina de Castilla es mujer y lleva mi nombre”*, le había dicho su amada. *“Cómo la echo de menos”*.

El veintiséis de diciembre volvieron a la ciudad, en esta ocasión lo hicieron acompañando a los reyes cristianos para que tomaran posesión de la alcazaba. Las mujeres, con el miedo reflejado en su rostro, se asomaban a las puertas de las casas, ¿qué pasaría con ellas y con sus esposos?, se preguntaban angustiadas y compungidas al tiempo que procuraban que los niños, que pugnaban por asomarse para ver el lucido cortejo, no salieran de los portales.

Abderramán caminaba con gran pesar, la irrupción de los cristianos le había desbaratado la vida. Estaba deseando de conocer las medidas que los reyes habrían de tomar, pues si no había represalias, cabía la posibilidad de que el comerciante que se había llevado a su Isabel volviera por Almería, al fin y al cabo tenía allí su casa.

Las gentes tardaron pocos días en conocer la situación en la que quedaban y la verdad es que no quedaron descontentos. De

momento conservaban sus propiedades, se les permitía seguir profesando su religión en sus mezquitas, si bien era verdad que no podrían construir ninguna nueva. También se les respetó el derecho a continuar con sus vestimentas, así como el de ser juzgados por sus propias leyes. El único cambio que se verificaba era el de que de ahora en adelante los tributos serían para el rey castellano, algo insignificante si a cambio habían salvado vidas y haciendas.

En la alcazaba, que había sido entregada al comendador mayor de León, D. Gutierre de Cárdenas, se celebraron fiestas aunque sin derroche, los gastos de la guerra habían dejado las arcas sin fondos. La reina insistió en compartir la victoria con el pueblo y para ello ordenó que se repartieran unos celemines de grano por familia. Las gentes celebraron aquella medida, después de todo, los cristianos no eran tan aborrecibles como los habían pintado. La tensión mantenida durante los últimos meses se relajó y las gentes volvieron a sus ocupaciones. El peligro de perder la vida en una defensa numantina había desaparecido. Los hombres dejaron las armas, volviendo a sus casas, y recuperaron la rutina, muchos de ellos eran pescadores y el resto agricultores.

Abderramán volvió a pasear por las calles y comprobó que los casi quinientos telares de la capital habían vuelto a funcionar, de momento nada había cambiado¹³.

La víspera de la capitulación al-Zagal huyó a Guadix. Era el último reducto con posibilidades de aguantar un asedio, pero los reyes cristianos no iban a permitir ninguna posesión dentro de su reino, e inmediatamente ordenaron a sus tropas que acudieran a conquistarla costara lo que costara, pues Berja, Dalías, Adra, Fiñana, Abla y Abruena se habían entregado el mismo día que lo hizo Almería.

Hacia allí se dirigió un cuerpo de ejército compuesto principalmente por los hombres del nuevo cristiano, así que los de Vera volvieron a recorrer el camino de Granada. El frío se les iba haciendo insoportable y Abderramán se lo comentó a Abdalaciz.

–Ya no soporto este clima.

–Ojalá se rinda al-Zagal, ¿qué esperanzas puede tener?

Le contestó Abdalaciz, que también detestaba el cabalgar por tierras cubiertas de escarcha.

Al atardecer acamparon en Exfiliana, una pequeña población cercana a Guadix. Desde allí, y antes de iniciar un sitio, se llevaron

¹³ Hasta 1494 la corona de castilla no se hizo cargo del comercio de la seda. A partir de entonces se fijaron aranceles. El tráfico se realizaba en la alcaicería.

a cabo conversaciones que en poco tiempo dieron sus frutos. Al-Zagal consiguió un trato muy favorable, que era lo que posiblemente perseguía, pues tratar de resistir al ejército cristiano le hubiera resultado imposible. Otra vez se salvaban los poderosos. Firmadas las capitulaciones, la guerra se dio por terminada.

—¿Te das cuenta?

Le comentó Abderramán a su amigo Abdalaciz, que a falta de prostíbulos había vuelto a recobrar su trato.

—¿De qué?

—Pues de que en nuestra vida de soldado no hemos tenido que empuñar las armas en ninguna de las misiones.

—Sí, hemos tenido mucha suerte.

De la cabeza del amante de Vera no se le iba la idea de que terminada la contienda sus servicios no serían necesarios, por eso preguntó interesado:

—¿Te ha dicho el “Largo” lo que ocurrirá después de hoy?

—No creo que lo sepa, pues el sitio de Guadix podía haber durado meses, esta situación es nueva y será ahora cuando decidan.

Abderramán había abandonado su aprendizaje pero aún conservaba en su macuto algunas hojas del manuscrito de Ovidio. Aunque la mayoría de los soldados se habían acomodado alrededor de las hogueras encendidas a lo largo del campamento, el joven pastor se retiró hacia un pinar que jalonaba el camino de Almería y, protegido por el talud, buscó los pliegos. El sol calentaba con timidez pero al no hacer ningún viento no daba tanta sensación de frío como los días anteriores.

Buscada la hoja comenzó a leer.

“¡Oh Cupido, nunca bastante indignado contra mí, niño nunca perezoso en turbar mi sosiego! ¿Por qué me maltratas sabiendo que no deserté tus banderas y me clavas tus flechas dentro de mi propio campo? ¿Por qué tu antorcha abrasa, por qué tu arco hiere a los amigos?”

Qué difícil le resultaba leer aquel texto tan complicado, a pesar de ello, le recordaba la ausencia de su amada. Las flechas que lanzaba Cupido lo habían herido y lo seguirían flagelando hasta que no encontrara a Isabel.

Entristecido por los recuerdos, guardó el papel y volvió al campamento. Por la tarde buscaría a Ghazalí y le preguntaría sobre el futuro que les aguardaba, *“siempre podemos navegar —pensó convencido—, me queda mucho mundo por conocer, aunque claro, si me voy de Almería nunca encontraré a Isabel”*.

Por la tarde, y al tiempo que salía de la tienda del general, Abderramán se tropezó con Ghazalí y no tuvo que preguntarle nada, pues en cuanto el capitán lo vio comenzó a informarle de las últimas medidas tomadas por el mando hacía apenas unos minutos.

–Esta tropa se va a disolver, así que la mayoría de los hombres serán licenciados en breve.

–¿Y nosotros?

–Esta noche se informará a todo el mundo. En principio podrán acogerse a esta oferta de forma voluntaria. Si los que queden son los que más o menos tienen calculado, el grupo volverá a Almería y una vez allí, y en función de las necesidades del servicio, o bien continuarán bajo el mando de don Pedro de Granada, o en otro caso se les licenciará inmediatamente.

–¿Quién es ese tal don Pedro?

Ghazalí ni siquiera quiso mirarlo, pero le contestó con naturalidad:

–Sidî Yahyâ. El acuerdo por el que se entregaba Almería recogía también la conversión de nuestro jefe.

–¡Dios santo! –exclamó airado.

–Fue bautizado en presencia de los reyes cristianos.

–¿Y nosotros? –volvió a insistir el pastor.

–De momento seguiremos con don Pedro hasta llegar a Almería, después, Dios dirá.

Abderramán se quedó más tranquilo, al menos volvería a la capital en la que había descubierto el amor, ¿quién podía negar que una vez pasado el peligro de sitio, el comerciante regresara a su casa e Isabel con él?

Por la noche, tal y como Ghazalí le había adelantado, se formó a la tropa y el general les habló del siguiente modo:

–¡La guerra ha terminado! Por consiguiente, ya no es necesaria nuestra fuerza, así que aquel que viva cerca de aquí y quiera volver a su terruño puede hacerlo por la mañana, los demás, y según la cercanía de los pueblos por los que vayamos pasando, podrán ir dejándonos. Sólo me resta daros las gracias por vuestra lealtad – sí, pensó Abderramán abatido, pues lo que es la tuya ha fallado

al pasarte al enemigo–, y sobre todo, felicitaros por el esfuerzo y el sacrificio que habéis demostrado al dejar ocupaciones y familia para acudir a mi llamada, que Dios os lo premie.

Seguidamente se les comunicó a los que habían decidido quedarse para volver a Granada o a los pueblos cercanos, que por la mañana podrían cobrar sus soldadas. Abdalaciz se acercó a su amigo para preguntarle:

–¿Qué vas a hacer tú?

–Continuar hasta Almería, al menos me alejaré de estas frías tierras en las que nada se me ha perdido, ¿no te parece?

–Sí pero, una vez en la capital ¿qué harás? ¿Te ha dicho el “Largo” lo que piensa hacer él?

–Te repito que está como nosotros, pues nadie esperaba que Guadix se entregara tan pronto, pero no adelantemos acontecimientos, una vez en la costa hasta incluso tendremos la posibilidad de embarcar en algún navío, además de soldados también somos marinos.

Estas últimas palabras tranquilizaron al amante de Vera que, al escucharlas, volvió a soñar con prostíbulos y burdeles, ésa era su verdadera vida.

Durante el trayecto de regreso a la capital mediterránea, Ghazalí cabalgó junto al general y estuvieron hablando de su antigua ocupación.

–Me han informado de que has sido capitán de un barco.

–Pues sí, durante muchos años.

–¿Has pensado en volver a la mar?

–Me gustaría, pero de momento no tengo ninguna oferta, en estos años de guerra hasta la marina mercante ha estado militarizada.

–Te lo digo porque en el puerto de Almería hay un barco que es de mi propiedad y está sin dotación –Ghazalí lo miró sorprendido, ¿sería posible que volviera a la mar y al mando de un buque?– y una vez terminada la guerra tengo que atender mis descuidados negocios.

–Si es una propuesta para mandarlo la acepto, ¿qué tipo de barco es?

–Un galeón. Fue construido en las atarazanas de Santander y me lo entregó un comerciante cristiano, fue la única manera que encontré de cobrarle una deuda, el pobre se había arruinado.

Ghazalí se alegró, pues a diferencia de los buques construidos en el sur, los carpinteros de ribera y para la fortaleza de los vasos,

utilizaban los robles del Cantábrico para la quilla y las cuadernas. En las atarazanas del norte el pino sólo se utilizaba para las tablas de la obra muerta.

El resto del camino se le hizo interminable, estaba ansioso por subir al puente del galeón. Alá había permitido que volviera al mar y ello le hizo olvidar los quince años de vida perdidos. “*Alá es grande*”.

Lo primero que hizo Ghazalí al llegar a Almería fue visitar el puerto. Allí estaba el galeón. Lo observó con detenimiento. Era un gran buque. El forro estaba realizado a tope¹⁴. El espejo era plano y en él no figuraba el nombre que tuvo con su antiguo dueño y que no era otro que el de “San Nicolás”. A diferencia de la fórmula murciana que estipulaba que las proporciones de los buques se obtenían a partir de la vieja fórmula tres, dos y as, es decir: eslora triple que la manga y ésta doble que el puntal, el galeón había pasado al 4, 2, 1, es decir, más corto y ancho que una galera y más largo y menos alto que una nave. El castillo de popa estaba decorado con volutas y guirnaldas que se repetían siguiendo las formas del barco. La obra muerta estaba protegida por una pintura de color ocre y se decoraba con franjas de color verde y rojo a lo largo de las bordas y castillos. Las partes labradas habían sido doradas. El capitán quedó conforme, aunque tendría que pasar por las atarazanas. Ghazalí formó su tripulación con bastante facilidad, pues la mitad de los almerienses estaban sin trabajo, la guerra es siempre un desastre, sobre todo para la gente humilde. Aunque con poca experiencia, también admitió a los dos compañeros que embarcaron con él en Vera, no podía dejarlos al albur, corrían tiempos difíciles.

La nave estaba en las atarazanas sometida a un carenado y a una profunda labor de mantenimiento que llevó consigo la reposición de velas, casi todas deterioradas. Se cambió la botavara y se renovó parte de la jarcia. En un mes el galeón estuvo renovado. Mientras tanto, Abderramán no dejó ni una sola tarde de pasar por delante de la casa de Isabel, después se iba al puerto y se sentaba en el mismo lugar en el que ella lo había estado haciendo hasta su desaparición.

Las atarazanas estaban divididas en dos partes: la primera había estado dedicada hasta entonces a la construcción de navíos de guerra, pertrechos y equipos militares, pero ahora se había abierto a los barcos mercantes. En la otra parte se encontraba la alcaicería.

¹⁴ Tablas colocadas consecutivamente, a diferencia del tingladillo que se hacía con tablas solapadas.

Una tarde se tropezó con Ghazalí que venía de las atarazanas en las que había estado controlando la reparación del barco, cuando eran suyos también lo hacía.

–¿Otra vez solo? –le dijo nada más verlo.

–¿Crees que volverá el comerciante?

–No lo sé, pero voy a decirte una cosa y espero que te sirva de algo. Si no volviera, la recordarías eternamente, en cambio si regresa terminarás decepcionado, te lo puedo asegurar, siempre ocurre así.

–¿No crees que alguien puede haber alcanzado la felicidad?

–Mira –volvió a utilizar el tono paternal de siempre–, hay unos versos de Ibn Saraf, poeta de Berja, que dicen:

*“Sí, he conocido su perfume,
y no he codiciado el favor de saborearlo,
porque el jardín del amor
está compuesto de flores sin fruto.”*

Abderramán lo miró con cara de no haber comprendido bien lo que su mecenas trataba de explicarle.

–No lo has entendido, ¿verdad?

–No del todo.

–Pues es bien sencillo, todo en la vida termina por hartarte. Nada dura eternamente, salvo aquello cuyo fruto no llegas a degustar. Si no vuelves a ver a la doncella la adorarás toda la vida. Al enamorarte has alcanzado la felicidad, no la estropees volviendo a la cruda y monótona realidad.

–Eso es muy duro admitirlo.

–Te lo parece ahora, pero hazme caso, tengo más experiencia que tú, ¿qué prefieres, recordarla como la historia más bonita que no llegó a ser, o apartarla de tu mente con todo el odio del que eres capaz de sentir? No hay comparación, ¿no crees?

–Preferiría comprobarlo por mí mismo.

–Es cierto aquello de que nadie experimenta en cabeza ajena.

–Tiene que haber un término medio.

–¿Dónde has visto ese milagro?

Abderramán no lo dudó ni un instante.

–En mis padres.

Ghazalí quedó en silencio, tenía la mirada perdida en el horizonte. De pronto había sentido la necesidad de surcar los mares de nuevo y agradeció a la misericordia divina el que le hubiera dado otra oportunidad. Esta vez la aprovecharía.

Ghazalí intentó besar los jugosos labios de la mujer que lo había hechizado pero la hermosa judía, azorada por la determinación del capitán, posó su mano sobre el pecho del hombre en un débil intento de detenerlo, al tiempo que le decía:

–No debo recibir caricias de un hombre al que acabo de conocer. Las judías nos damos a un solo varón y cuando lo hacemos es porque estamos enamoradas, entonces, nuestra entrega es total.

Ghazalí sentía sobre su pecho la endeble presión que ejercía la mano de aquella belleza y decidió hacer lo que ella demandaba, pues deseaba sentir su entrega. Ir paso a paso en aquel negocio en el que la pasión lo devoraba le iba a resultar muy difícil, pero la espera merecía la pena. *“Tengo todo el tiempo del mundo, cuanto más tarde su entrega más satisfacción sentiré al degustar el fruto”*.

Ilusionado en el aguardo, atendía sus ocupaciones con total dedicación pero siempre, y después de consultar los portulanos o de trazar la nueva derrota a su timonel, encontraba tiempo para acercarse a la toldilla y sentarse junto a la judía. Con ella hablaba de libros o contemplaba la cercana costa. Ghazalí le describía los puertos ante los que pasaban sin hacer escalas, le urgía llegar a Constantinopla, allí lo esperaba un cargamento de alfombras de doble nudo, quilín y tapices, piezas muy demandadas en Al-Ándalus.

Llevaban más de dos semanas navegando pues el viento había desaparecido convirtiendo la tarde en calma chicha. Solamente habían tocado puerto en un par de ocasiones y lo habían hecho para embarcar víveres y agua. Aquel atardecer era tan apacible que estuvieron platicando mucho más tiempo del que solían.

–Ya no podrás decir que somos desconocidos, en estos días hemos hablado de libros y hemos referido historias que nada nos atañían y debo decir que he disfrutado con ellas, pero creo que ha llegado la hora de que iniciemos nuestra propia historia –Ghazalí se había puesto serio y Rebeca, sabiendo que no podría seguir demorando por más tiempo el que le dijera la inclinación que aquel hombre sentía por ella, se ruborizó y se dispuso a escuchar la declaración que tanto tiempo llevaba tratando de dilatar–, mi paciencia está llegando al límite, soy un hombre, un hombre que está enamorado

–la judía desvió la mirada hacia la lejanía–, la pasión que sentí desde que te vi en la casa de mi amigo Abu-Abdalá ha ido en aumento y mi corazón está a punto de estallar, mi vida es un sin vivir. Necesito recibir por tu parte una muestra de aprecio, una señal de confianza en el futuro. Yo vivía tan tranquilo hasta conocerte, pero desde entonces te has convertido en el eje de mi vida. Cada día te necesito más.

Rebeca notó el contacto de la mano del enamorado sobre su espalda y volvió la vista hacia él, que con los ojos brillantes y la voz jadeante y rota continuó diciendo:

–Necesito sentir tus labios y acariciar tu pelo, me estoy consumiendo de amor, jamás supliqué a una mujer, pero también es verdad que es la primera vez que estoy enamorado –su voz era más queda a medida que se iba aproximando.

Rebeca notó la caricia de los labios del hombre en su cuello y se estremeció.

–Te suplico que me des algún tiempo de espera, ¿cuándo llegaremos a puerto?

Ghazalí retiró sus labios de la suave piel y la miró sorprendido por la inoportuna pregunta que por un instante había roto la apasionada atmósfera en la que él había descubierto su corazón. Su voz recobró su tono habitual al contestar:

–A más tardar, y a poco que nos ayuden los vientos, avistaremos el puerto de Constantinopla mañana al atardecer. Atracaremos en el mismo Cuerno de Oro.

–Te ruego esperes hasta entonces, ¿es demasiado pedir? En llegando desembarcaré y hablaré con el rabino de la primera sinagoga que encuentre, él nos casará, es mi condición para entregarme.

La palabra mágica de la entrega sonó en sus oídos a música de dulzainas. La judía no trató de soltarse del abrazo pero Ghazalí la notó tensa, por ello desistió una vez más de besar sus labios, la espera sería breve y la recompensa un sueño del que por fin despertaría teniéndola en sus brazos.

Aquella noche pidió al profeta que las velas de su nave se hincharan para consumir cuanto antes su ardiente deseo.

Rebeca, acompañada de su ama, desembarcó en cuanto la pasarela estuvo colocada. Ghazalí estaba deseoso de que los trámites que lo iban a convertir en el hombre más feliz del mundo se iniciaran cuanto antes. Acompañó a su amada asida de la mano hasta pisar tierra y la despidió con una ancha sonrisa en la que iba implícita la felicidad que sentía.

Durante la mañana visitó a proveedores y a banqueros, este flete iba a ser por su cuenta, la ganancia de los comerciantes quedarían en su provecho, hacía tiempo que lo estaba pensando y había llegado la hora de ponerlo en práctica. Tan entretenido estuvo en los negocios que la mañana se le pasó en un instante. Cuando volvió a bordo, Rebeca ya estaba allí.

–¿Qué has resuelto?

–Todo –contestó la judía y Ghazalí vio en su cara una sonrisa y una alegría que hasta ahora no había advertido.

–Me haces el hombre más feliz del mundo.

Se habían retirado hacia la toldilla, pues las anchas escotillas del combés estaban abiertas y los estibadores embarcaban las mercaderías que Ghazalí había comprado.

–El rito del desposorio se realizará mañana por la mañana, si te parece bien –a él lo único que le interesaba era poseerla cuanto antes.

–Ojalá fuera hoy mismo, ardo en deseos de que seas mi esposa.

–No desesperes, ya falta poco –se le veía feliz y Ghazalí sintió que el corazón se le ensanchaba.

–Quiero pedirte una cosa más.

–Concedida.

–Desearía que nuestra noche de bodas transcurriera en la habitación de una posada.

–Nunca se me hubiera ocurrido. Me alegro de que pienses en todo.

El día era espléndido y las promesas de futuro aún mejores.

–Me ha dicho el rabino que la mejor posada de Constantinopla es la de Saladino.

–En efecto.

–Me gustaría trasladarme allí esta noche para poder asearme y presentarme mañana en la sinagoga siendo digna de mi esposo.

Aquellas palabras sonaron en los oídos de Ghazalí como la música de los surtidores de los jardines de su amigo Abu-Abdalá, bendita la hora en la que asistió a la fiesta de su hija.

–Ordenaré que lleven tu equipaje.

–Ya no nos veremos hasta mañana. A las nueve puedes pasar a recogerme, procura ser puntual –lo dijo esbozando una sonrisa tan sumisa y dulce que enardeció al futuro esposo.

El ama había colocado todas las ropas en los arcones y cuatro hombres de la dotación las acompañaron hasta la posada que estaba situada no muy lejos del puerto.

Ghazalí la vio alejarse sabiendo que su ausencia sería breve y con el corazón lleno de gozo se esforzó para que el embarque se completara cuanto antes; aquella tarde debía de quedar todo estibado, pues el día siguiente sólo tendría tiempo para estar con su esposa. La vida le sonreía y bebería con fruición hasta la última gota de felicidad.

Fue la noche más larga que recordaba haber pasado nunca. Con los ojos abiertos como platos terminó por encender el farol y buscar un libro. *“Historia de las cruzadas”*, qué más daba, el caso era entretener el tiempo para que la noche pasara cuanto antes, buscó uno de los capítulos que había leído en varias ocasiones y comenzó a leer. *“Tras tantas derrotas sucesivas, tantas decepciones, tantas humillaciones, las tres noticias inesperadas que llegan a Damasco en este verano de mil cien despiertan muchas esperanzas. No sólo entre los militantes religiosos que rodean al cadí al-Harawi, sino también en los zocos, bajo los soportales de la calle en la que los mercaderes exponen sedas, brocados de oro, lienzos adamascados y muebles damasquinados...”*.

Cerró el libro de golpe, no podía concentrarse en lo que leía, así que lo devolvió al anaquel y apagó el farol. ¿Cómo estaría Rebeca? La imaginaba nerviosa, igual que él. La aventura que iniciaban era maravillosa a la par que prometedora.

Antes del amanecer estaba levantado y con los primeros rayos de sol cogió unos baldes de agua y se estuvo lavando, tenía que presentarse limpio y aseado ante su amada.

Abderramán, como todas las tardes, se dirigió hacia el puerto. Lo primero que le sorprendió fue ver tanto movimiento en la casa del comerciante. Las ventanas estaban abiertas de par en par y las celosías descorridas. Los servidores sacudían las alfombras y encalaban la fachada, además, se oía ruido de estar podando los arbustos del jardincillo. El corazón comenzó a latirle con fuerza, Isabel podía haber regresado. Durante el resto de la tarde anduvo y desanduvo la calle hasta que en uno de los paseos vio salir a un hombre mayor que sacaba la hojarasca para tirarla frente a la casa en una especie de socavón en el que ya había restos de otras podas. Se acercó y a bocajarro le preguntó lo que de verdad le interesaba.

–¿Ha vuelto ya tu señor?

El hombre lo miró con expresión de desconcierto, ¿quién era aquel mozo para tener que darle explicaciones sobre las interioridades de su casa? Abderramán comprendió lo que pasaba por la cabeza del servidor y para despejar cualquier duda agregó:

–Lo digo porque he venido en varias ocasiones, por encargo de mi amo, y siempre he encontrado la puerta cerrada.

La expresión de la cara del anciano cambió por completo, “*eso es otra cosa*”, se dijo.

–Hemos venido sólo los hombres del servicio, la familia y las mujeres lo harán en unos días.

–Pues eso, ya informaré yo a mi amo.

Siguió caminando hacia el puerto pero su semblante y su corazón rebotaban de alegría, muy pronto vería a Isabel.

Ghazalí estaba sentado en el portal de la posada y en cuanto vio entrar al pastor de Vera le hizo señales para que se acercara, se le veía contento.

–Tenemos buenas noticias, el barco está siendo aprovisionado y en dos días zarpamos hacia oriente.

Un jarro de agua fría que hubiera caído sobre su cabeza no le hubiera causado tanto pavor.

–Yo no puedo irme, Isabel va a regresar en unos días y si al volver no me ve pensará que la he olvidado o que me he ido a Granada.

–Esa mujer te está hechizando y va a terminar con tus ansias de conocer mundo, ¿ya no recuerdas tus sueños?

–Sigo soñando, aunque debo de admitir que ahora son unos sueños que cuando vivía en Vera ni siquiera imaginaba que pudieran existir.

Ghazalí comprendió que ningún argumento lo haría cambiar de opinión y a su mente acudió su propia historia, “¿quién hubiera podido apartarme de Rebeca?, nadie”, así que decidió cambiar de táctica.

–Si pierdes esta oportunidad, ¿a qué vas a dedicarte? ¿Qué podrás ofrecer a tu diosa?

Las palabras de Ghazalí habían conseguido que pusiera los pies en el suelo. No podría ofrecerle nada. En Dalías había ganado que podría pastorear pero, ¿estaría ella dispuesta a llevar una vida tan miserable?

–No puedo renunciar.

–Pues no lo hagas, ella sabe leer y tú escribir, ¿por qué no le dejas una nota?, alguien puede entregársela en tu nombre. Este viaje puede proporcionarte unas ganancias superiores a una soldada.

Por la cabeza de Abderramán comenzaron a pasar nombres y caras, ¿quién podría hacerle ese servicio?, Abdalaciz también se había enrolado, entonces, ¿a quién podía encomendarle aquel negocio en el que le iba la felicidad?, de pronto recordó al anciano que sacaba la hojarasca de la poda, él podía entregársela, aunque corría el riesgo de que no lo hiciera.

Por la noche, y después de haber pensado mucho, pidió a Ghazalí un trozo de papel. No podía decir quién era, pues podía comprometerla, así que decidió utilizar a su hermano, de ese modo nadie sospecharía.

Se armó de valor y escribió:

“Tu hermano Abderramán anda navegando hacia el oriente y a la vuelta tendrá la oportunidad de recalar en Almería”.

Lo leyó varias veces. Sí, de este modo no comprometía a nadie, ella advertiría enseguida que no era su hermano. No le preguntó por su nombre pero sería una casualidad que también se llamara Abderramán, pues cuando él le dijo como se llamaba, sí hizo referencia a un califa de Al-Ándalus y no a su hermano, cosa que hubiera hecho de llamarse igual. Era lo único que podía hacer, pues si perdía la oportunidad de navegar al lado de su maestro y mecenas quedaría a merced de la indigencia, ¿qué porvenir podía ofrecer a su amada?, en esto sí tenía razón Ghazalí.

Por la mañana bajó a la ciudad y fue directamente a la casa de Isabel.

A su llamada respondió un mancebo de unos dieciocho años.

–¿Qué se te ofrece?

Abderramán se alegró de que no fuera el viejo con el que estuvo hablando el último día, a un joven podía manipularlo con más facilidad.

–Mira, te voy a hacer una confesión y espero que no me delates.

El pobre muchacho lo miraba con cara de no entender nada de lo que le había dicho y así se lo hizo saber.

–Te ruego me escuches atentamente: en esta casa vive una hermana mía, se llama Isabel –el joven no parpadeaba, pues la doncella le atraía, así que si llegaba a formar una familia, este mancebo sería su cuñado–. Me gustaría verla, pues hace más de cinco años que no lo hago.

–Pues no va a poder ser, ella no está aquí y no volverá hasta pasados unos días.

–Qué fatalidad.

–¿No puedes esperar?

–No, mi barco zarpa mañana al amanecer.

–Pues es una pena, yo le diré lo que ha pasado.

–Te lo agradezco, pero pensando en que esto pudiera ocurrir, traigo una nota que me gustaría que le entregaras en mano y la verdad, no desearía que nadie más que tú lo supiera, ¿me harás ese favor?

–No tienes por qué preocuparte, yo también soy esclavo.

–Dile que no la olvido ni un momento.

Ghazalí estuvo reunido con don Pedro de Granada, su armador. Hablaron sobre los establecimientos y nombres de sus proveedores, algunos eran los mismos con los que quince años antes él había tenido negocios aunque, dado el tiempo transcurrido y la edad de sus conocidos, algunos serían hijos de los almacenistas de su época. Le entregó documentación y pagarés que harían efectivo los banqueros de cualquier puerto. Después estuvieron tomando unas jarras de vino.

–Todos estos nombres me los proporcionó el anterior armador, yo soy novato en asuntos de comercio. Preguntas por el almacén de Mansurah, según me informaron es el comerciante más conocido de Constantinopla, enseguida te indicarán su domicilio.

–Lo conozco, durante muchos años he llevado sus mercaderías por toda la costa.

–Mejor. Le entregas esta credencial, como verás la firmo con mi antiguo nombre, quiero labrarme una reputación y lo haré con mi verdadera identidad, ¿quiénes son estos cristianos para proponer nombres y dictar creencias?

Después de este monólogo, el armador esbozó una sonrisa que resultó casi una mueca; Ghazalí comprendió su pesar. Llevaban ya tres jarras de vino y la lengua de don Pedro de Granada se iba soltando.

–He luchado con todas mis fuerzas y con toda mi fortuna pero ha sido inútil, ¿qué podía hacer, inmolarme y entregarle el resto de mis riquezas a la reina de Castilla? –Ghazalí no intentaba contestarle ni su interlocutor lo pretendía, pues se contestaba él mismo–, no señor, me he cambiado el nombre sometiéndome al rito del bautismo pero a cambio he conservado mis bienes y en el fondo de mi alma seguiré siendo Sidi Yahyâ el-Nâyar.

Ghazalí lo escuchó en silencio. Pedro de Granada apuró la jarra y pidió otra a su sirviente.

–¿Qué te ha parecido la jugada?

–Perfecta –contestó Ghazalí, que estaba más fresco que su armador, quizás estuviera más acostumbrado a beber que el nuevo cristiano–, pero no la comentes con nadie más, te expones a ser desposeído de tus bienes y a ser deportado.

–Lo sé, pero tú eres mi capitán.

Siguieron hablando de temas intrascendentes hasta que volvieron a tocar el viaje.

–Por lo que he podido ver zarpamos en lastre –aseveró el capitán.

–Sí, no tengo nada que vender y en Almería, después de tan prolongada inactividad, tampoco hay nada que embarcar.

–Yo he sido armador y estoy acostumbrado a defender mis intereses –don Pedro lo miró tratando de entender lo que su capitán quería decirle–, por tanto puedo aconsejarte la manera de hacer más rentable este viaje.

–Siempre recibo los consejos con agradecimiento.

–En Orán puedo cargar trigo, he podido saber que Egipto lo está demandando y tú podrías pagar los gastos del viaje con el flete.

–¡As–Saleh! –gritó a su criado–, ¡llena las jarras de vino y trae algo para comer!

El criado se perdió por el fondo de la estancia para volver enseguida con el caldo que su señor le había requerido.

–¿Me autorizas si hay posibilidad?

–Naturalmente, veo que no me he equivocado contigo. Obrarás como si fueras el dueño, yo no puedo aconsejarte.

Se levantó de su taburete y con paso torpe se acercó a Ghazalí y lo abrazó con fuerza.

–Tú y yo vamos a hacer grandes negocios –le dijo con vehemencia–. Conoces los mercados y las rutas navieras mejor que nadie.

–El barco está bien armado aunque carece de algunos instrumentos de navegación que son indispensables.

–Tú dirás.

–Necesito un astrolabio.

–¿Por qué no lo has comprado aquí?

–No había ninguno, la verdad es que el almacén está desabastecido.

–Pues lo compras en el primer puerto que toques.

Después de estas palabras bebieron hasta caer redondos.

El barco de Ghazalí abandonó el puerto de Almería con una sola vela, pues la brisa era suficientemente fuerte como para mover la nave y hacer la maniobra de doblar el malecón sin peligro, una de las principales desventajas del galeón era la lenta maniobrabilidad. Abderramán se había apoyado en la borda y contemplaba la maniobra con interés. Una vez fuera del puerto echó una última ojeada a la ciudad y sobre todo a la explanada por la que tantas

veces había paseado con Isabel. Seguro de haber obrado con sentido común, buscó a su amigo Abdalaciz y se sentaron sobre las vitas de popa. Nunca habían visto la ciudad desde el mar. La alcazaba era enorme y tomarla por asalto les hubiera resultado muy difícil.

Abderramán fue el primero en hablar.

–Después del viaje a Egipto juré que no volvería a embarcarme, y ya ves.

–Es lógico, lo pasaste muy mal, bueno a la vuelta ni siquiera te mareaste.

Abderramán esbozó una leve sonrisa que resultó melancólica.

–No podía quedarme aquí, sin vosotros estaría perdido, después de haber estado juntos tanto tiempo, sois como mi familia.

–Mira –dijo el amigo de los burdeles–, viene un barco hacia Almería.

Abderramán se volvió como movido por un resorte, pues estuvo convencido de que era el barco en el que volvía Isabel, qué mala suerte, por un día podían haberse visto. Estaba claro que los hados no estaban de su parte.

Una vez fijado el rumbo de la nave, Abderramán fue llamado al puente. Ghazalí lo recibió con gesto adusto.

–¿Recuerdas el viaje a Egipto? –le dijo de sopetón.

–No se me olvidará nunca.

–Pues bien, en aquel barco eras un escolta, pero aquí eres un marinero, así que te asigno a Qalaun como maestro. Lo seguirás y lo ayudarás en cuanto tenga que hacer. Te prometo que a la vuelta de este viaje serás un hombre de mar.

–¿Qué tengo que hacer?

–No separarte de su lado.

La primera vez que tuvo que subir a la cofa del palo mayor para hacer de serviola, a punto estuvo de caer sobre cubierta. Cómo se movía el galeón a aquella altura, todo le daba vueltas, afortunadamente se sobrepuso, no obstante, agradeció la entrada en el puerto de Orán. La verdad era que día a día se iba sintiendo tan seguro en la mar como cuando subía terraplenes o bajaba precipicios en tierra firme siguiendo a sus cabras. Una vez en puerto, desembarcó con su amigo Abdalaciz y buscaron un tugurio. Pidieron una jarra de vino y comieron carne de cordero aderezada con verdolagas. Una vez saciado el estómago, el amante de Vera indagó sobre los prostíbulos del puerto y fue el propio posadero el que le informó con todo tipo de detalles.

–Pero de todos ellos, el más recomendable, por su limpieza y lujo, está justo detrás de mi posada, las mujeres son de primera y

los precios muy asequibles –a su picaresca sonrisa le acompañó un guiño.

Abdalaciz le agradeció la información y después de pagar la cuenta se levantaron de la mesa y se despidieron del amable dueño. Irían allí sin pérdida de tiempo.

–Me imagino que a ti también te apetecerá –le dijo a su amigo mientras le daba un suave codazo sobre el pecho.

–Tú ve adonde quieras, yo prefiero pasear y conocer la ciudad.

–¿Qué te pasa?

Abderramán dudó si su amigo estaría al tanto de los peligros que acarrea el estar con prostitutas, de todas formas decidió alertarlo.

–¿Sabes que con esas mujeres te expones a coger enfermedades que pueden ser graves?

–Si pensáramos en eso no iríamos nunca de putas. Tú también has estado, así que no me vengas con ésas.

–Diviértete, yo voy a ver la mezquita.

–No me jodas.

Abderramán fue inflexible, pensaba en Isabel y no se le iba de la cabeza la posibilidad de volver con una de esas enfermedades, así que cada uno se dirigió al lugar en el que estaban sus preferencias.

Ghazalí, en cambio, visitó los tres almacenes de efectos navales que había junto al puerto y después de dilucidar sobre qué astrolabio adquirir, se decidió por el de Azarquiel, que era el que él conocía.

–Mira el cilíndrico de Al-Biruni, últimamente lo están demandando más los capitanes.

–No, dame el de Azarquiel.

Por no ir tirando del artilugio se dirigió directamente al barco. A bordo sólo había quedado el contraamaestre, así que bebieron del vino que siempre llevaban en la bodega.

Abderramán llegó temprano y se sentó junto al capitán. La noche era oscura y las luminarias se veían tan claras como cuando las contemplaba en el monte sentado en la puerta de su corral.

–¿Sabes leer en las estrellas?

Preguntó esperanzado.

–Nunca he querido iniciarme.

–¿Por qué? –si él hubiera tenido ocasión no la hubiera desperdiciado.

–Hay muchos escritores que la han definido como la hermana menor de la astronomía.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que Avicena, un escritor muy reconocido, no vaciló en escribir una refutación contra los astrólogos, pues se basan en unas tesis de imposible demostración, por ejemplo: las virtudes de los planetas y la influencia que ejercen sobre ellos los signos del zodiaco.

–Si no me lo explicas mejor...

–Es que no deseo iniciarte en algo que es arbitrario.

–¿Y los sueños?

–La interpretación de los sueños recibe el nombre de oniromancia y está más cerca de las ciencias ocultas que de la astrología. Tampoco debe de interesarte, sólo a los charlatanes les concierne, y es que la utilizan para engañar y sacar los dineros a los incautos. Sólo lo que puede probarse es ciencia –hubo un momento de silencio tras el cual añadió–: Ve a mi camarote y trae el envoltorio que hay encima de mi coy.

Abderramán volvió al momento trayendo el astrolabio que su capitán había comprado aquella tarde.

–Mira, esto es un gran invento, con él navegaremos más seguros. Atiende, pues voy a enseñarte a utilizarlo. Es muy seguro en las noches estrelladas.

El viaje hasta Orán había resultado placentero. En cuanto amaneció el nuevo día, Ghazalí desembarcó y se dirigió hacia los almacenes que conocía de sus tiempos de armador. Al presentarse como capitán de un barco que navegaba en lastre con dirección a Egipto, despertó el interés de un comerciante que en aquel momento tomaba el sol a la puerta del establecimiento y que pudo escucharlo gracias a que afinó el oído, le interesaba todo cuanto sucediera en el puerto.

–¿Qué tipo de barco es? –preguntó interesado.

–Un galeón –contestó el capitán a la vez que se giraba para ver la cara del que lo había interpelado.

–¡Que me aspen! –dijo Ghazalí al verlo–, si es mi amigo Baybars.

El aludido permaneció unos momentos con gesto inexpresivo, sólo después de recibir el abrazo con el que fue saludado reaccionó.

–¡Por Belcebú! –dijo después de mirarlo fijamente–, si es mi amigo Ghazalí.

Lo miraba y no daba crédito.

–Te creímos muerto, así lo afirmaron todos tus capitanes. Uno de tus barcos ardió en este puerto, parecía que la furia de los infiernos se hubiera desatado contra ti.

–Pues ya ves, sigo surcando los mares.

–¡Esto hay que celebrarlo! –gritó con júbilo.

–De acuerdo, amigo mío, pero antes debo gestionar un cargamento, no me gusta navegar con las bodegas vacías.

–Por eso no te preocupes, cargarás trigo para El Cairo, yo seré tu proveedor.

Los amigos bebieron y recordaron viejos tiempos, después se despidieron con la satisfacción de haber recuperado una amistad que ambos habían dado por perdida. Ghazalí, tras quince años de soledad, por primera vez buscó la mejor mancebía y volvió a yacer con una mujer. Aquel viaje le había devuelto las ganas de vivir. Disfrutó de los placeres olvidados y escuchó música y oyó declamar a vates de cierto talento. Por la mañana apareció por el galeón. Al contrario de lo que suele ocurrir después de una noche de sarao, traía la cabeza despejada. Ya no le dolía tanto el recuerdo que lo

había tenido amargado durante tantos años. Tenía un barco con el que surcar los mares y había recobrado el gusto por la música y el placer de yacer con mujeres delicadas y sensuales. Al diantre con la judía, “*que se pudra en los infiernos*”.

El cargamento de trigo hacía que el galeón se desplazara con lentitud. Había cargado tanto grano que la obra viva del barco terminaba a dos palmos de la borda. Gracias al cielo, el tiempo les fue favorable, pues una mar arbolada les hubiera causado graves problemas. Ghazalí estaba conociendo el barco y su comportamiento, de todas formas, no volvería a cargarlo tanto. Las cuadernas crujían quejumbrosas y la jarcia se comportaba con total seguridad, la verdad es que, aunque lento y poco maniobrero, era un barco magnífico.

Algunas tardes, y para que el timonel descansara, Ghazalí gobernaba el barco recordando sus tiempos de aprendizaje. A veces llamaba a Abderramán y le contaba historias de barcos o de piratas.

–Algún día leerás La Odisea. Ulises sí que se enfrentó a todo tipo de aventuras y peligros.

–Me gustará, porque lo que es ese tal Ovidio...

Ghazalí soltó una carcajada antes de decir:

–Ya, demasiado complicado para un principiante. A ver si en El Cairo podemos conseguir algún libro a un precio que no sea prohibitivo.

Abderramán se sorprendió de que Ghazalí no le hubiera nombrado a su cristiana en todo el viaje, y en más de una ocasión hablaron de mujeres. A veces hacía memoria de los tiempos en los que vivió en Vera, qué diferencia entre aquel anciano descuidado, taciturno, decrepito y borracho cada tarde, con el capitán Ghazalí, ¿cómo pudo llegar a tal degradación? Enseguida le vinieron a la mente los versos de Ovidio: “*Sí, deseo morir cuando recuerdo tu felonía, joven nacida para mi eterna condenación*”.

En El Cairo desembarcaron el trigo y cargaron dátiles y pieles para Constantinopla.

El día anterior a la partida, Abderramán salió con su amigo Abdalaciz y, como no podía ser de otra manera yendo en su compañía, visitaron un prostíbulo, el mejor de la ciudad. Él no pensaba yacer con ninguna de las jóvenes, y las había muy bellas. Primeramente y en espera de que hubiera habitaciones libres, ambos jóvenes estuvieron bebiendo unas jarras de vino por cortesía de la casa, pero no estaban solos, a su lado también esperaban otros tripulantes que estaban

borrachos y por culpa de Abdalaciz, que inopinadamente se metió en su conversación reprendiéndoles, acabaron emprendiéndola a golpes con él y Abderramán no tuvo más remedio que tratar de defenderlo. Tan fuerte resultó la pelea que terminaron en la calle con las ropas hechas jirones y el cuerpo dolorido. Fueron los guardas del prostíbulo los que los aporrearon y echaron sobre el barrizal, su aspecto era deplorable. Los cuatro marineros que habían iniciado la pelea terminaron por levantarse y después de pedirse disculpas, con los brazos echados por los hombros para sentirse más seguros al caminar, buscaron otro tugurio y estuvieron bebiendo hasta el amanecer. Terminaron siendo amigos y acordaron buscarse en Constantinopla, puerto al que el otro barco llegaría unos días después que el suyo.

—¿Y esos moratones? —les preguntó el capitán por la mañana y sin esperar respuesta continuó diciendo—: no me importa lo que hagáis en los puertos, es vuestro tiempo y lo podéis emplear en lo que queráis, pero una vez a bordo tenéis que cumplir con vuestras obligaciones, así que ya estáis subiendo al palo mayor, en cuanto traspasemos la escollera vamos a largar todo el trapo.

Los amigos se miraron, ambos mostraban en la cara las huellas de los golpes recibidos en la reciente pelea. No dijeron nada, conocían al “Largo” y sabían que no hablaba en broma. Abandonaron El Cairo sin haber podido yacer con ninguna mujer y Abderramán se alegró, pues si no hubiera sido por la trifulca que se armó, tal vez hubiera terminado por ceder a la tentación. Abdalaciz en cambio se maldijo una y otra vez por haber bebido tanto.

Los días de navegación resultaban tediosos. Ghazalí llamaba de vez en cuando a su pupilo y unas veces le mostraba la brújula y otras le enseñaba a manejar el astrolabio. Una tarde de calma chicha le dejó unos pliegos para que practicara la escribanía. Abderramán no sabía por dónde empezar y se lo hizo saber a su capitán.

—Una cosa es escribir algo que tú me digas y otra muy distinta pensar lo que debo de escribir.

—Pues hasta que no seas capaz de hacerlo no serás letrado.

—Pues nunca lo seré —lo dijo con firmeza y lleno de rabia.

—A veces suponemos que las cosas son más difíciles de lo que son en realidad. Tu vida ha cambiado desde aquel día del terremoto, ¿verdad?

—Más no podía hacerlo.

—Cuéntame lo que hacías un día cualquiera.

Abderramán lo miró confiado, era la persona que más sabía de su vida.

–Me levantaba al amanecer, tomaba un bocado y seguidamente me iba a ordeñar a las cabras. Llevaba la leche a la casa de mis padres y después de meter en el zurrón un trozo de queso, unos higos secos y un cuscurro de pan, subía de nuevo a la majada y salía con mi ganado.

–No sigas. Eso que acabas de contarme dímelo por escrito. ¿Sabrás hacerlo? Lo leeré por la noche.

–Eso sí, pues es lo que hacía todos los días, pero otras cosas...

–También sabrás, ¿qué crees que escriben los sabios? Pues lo que hacen cada día, lo que piensan y sus ideas sobre algo que han leído de otros escritores. Cuando terminemos este viaje, ¿no serías capaz de contarme las cosas que te han pasado?, por cierto, me gustaría saber todo lo que ocurrió para que terminaras con la cara tan magullada.

Se sonrió e inmediatamente volvió la espalda. Abderramán se quedó pensativo, tenía el papel en la mano y cuando se quedó solo se dirigió hacia el sollado, allí tenía la tinta y el cálamo.

Solamente tuvieron mala mar los últimos dos días de navegación. La entrada del galeón en el estrecho del Bósforo fue un bálsamo que los protegió de los vientos de poniente que los habían zarandeado inmisericordes sin darles respiro ni para dormir. La vista de Constantinopla sobrecogió a Abderramán que, desde la cofa, vislumbraba las torres de la mezquita de Hagia Sophia¹⁵. Ghazalí, y una vez amarrado el galeón a los noray del Cuerno de Oro, explicó desde cubierta lo que aquella ciudad había significado para persas, macedonios, romanos y turcos, sus actuales señores. Abderramán y su amigo Abdalaciz lo escuchaban en silencio.

–Esta ciudad ha llevado el nombre de Constantinopla hasta hace unos cuarenta años, y así se le sigue nombrando en toda Europa, aunque ahora se llama Estambul. La principal mezquita que visitaréis, os aconsejo que lo hagáis, fue una iglesia cristiana edificada por Justiniano I, y es una obra maestra del arte bizantino, pues antes que Constantinopla se le llamó Bizancio. Es una ciudad con mucha historia.

Abdalaciz prestaba menos atención a las explicaciones del “Largo”, así que cuando éste terminó de hablar y se separó de ellos, miró a su amigo para decirle:

–Todo eso está muy bien, pero ¿cuáles son los mejores prostíbulos? De eso no ha dicho nada.

Ghazalí, que no se había retirado lo suficiente, escuchó la pregunta del fugitivo de Vera y dando media vuelta se acercó a las espaldas de los mancebos y les dijo:

–Los mejores prostíbulos están siempre alrededor de las mezquitas.

Los amigos se sobresaltaron, pues supusieron que el capitán se habría alejado para dirigirse al castillo de proa.

Lo único que a Abdalaciz se le ocurrió contestar fue:

–Bueno es saberlo.

Una vez organizado el trabajo y en vista de que no se iniciaría el desembarque hasta la mañana siguiente, se dio franco a toda la

¹⁵ Iglesia de la Divina Sabiduría.

tripulación. Abderramán deambuló por la ciudad y desde el exterior, admiró el palacio de Top Kapi, sede de los otomanos gobernantes, y contempló el incesante tráfico de barcos por el Bósforo. Ocasionalmente, estaba la puerta abierta por estar limpiándolas, se asomó a las cisternas y comprobó su grandiosidad, eran como una mezquita edificada debajo de la tierra. Uno de los obreros que salía le comentó:

–Aquí disponemos de agua para un largo sitio.

Estambul era una ciudad deslumbrante y prodigiosa.

Los días pasados en Estambul fueron un regalo. El único trabajo que Abderramán tenía que hacer estando en puerto era baldear la cubierta y ayudar a embarcar los víveres que cada mañana llegaban a bordo, sobre todo frutas y hortalizas, el resto del día bajaba a tierra y caminaba por las calles. El colorido de aquella ciudad era mucho mayor que el de todas las que había visto hasta entonces. Los zocos y bazares eran un muestrario de olores. Al volver al puerto pasaba siempre junto al mercado de las especias y su olfato se embriagaba de aromas hasta ahora desconocidos.

–¿Qué te ha parecido la mezquita de Hagia Sophia?

Le preguntó Ghazalí al verlo embarcar.

–Nunca pensé que una obra así pudiera erigirse sin que se derrumbara. Hasta ahora, es la que más me ha impresionado.

–Yo he visto esta ciudad más de una docena de veces y siempre me sobrecoge –dijo Ghazalí, después estuvo en silencio durante unos segundos para confesar al fin–. Aquí vi arder mi barco y yo mismo hubiera perecido si mi acendrado vicio a las mujeres no me hubiera enredado hasta el amanecer.

Abderramán lo escuchó en silencio, era la primera vez que recordaba aquel hecho sin encolerizarse, se diría que el mar lo había curado de su dolencia.

–Nunca has dicho lo que te ocurrió con la mujer que te ha tenido amargado estos últimos años.

Ghazalí lo miró sorprendido al comprobar que al recordar el nombre de Rebeca, no se había removido nada en su interior. El odio que había estado sintiendo hacia la judía parecía haberse diluido, no obstante, no contestó, tiempo habría de contarle la historia si es que persistía en seguir cortejando a la cristiana. Su experiencia en perseguir a mujeres de fe distinta a la propia podía servirle de lección, así que por el momento se limitó a decir:

–Pues lo que siempre ocurre cuando fías en las mujeres, que al final te traicionan, recuerda a Ovidio.

“Ese romano no conoció nunca a una mujer como Isabel”.

–Aquel lado de enfrente es Asia –dijo para dar por terminado el tema de su judía–, como puede verse, la posición de Estambul es estratégica, por ello ha sido tan deseada por los pueblos que la han conquistado. Domina la entrada en el mar Negro y en el mar de Arar. En nuestra próxima singladura llegaremos a Crimea, allí cargaremos especias traídas por tierra desde China.

Era la última tarde que pasaban en el Cuerno de Oro, el galeón estaba ya cargado y Abderramán salió con Abdalaciz y un par de marineros tan jóvenes como ellos para despedirse de la ciudad. Deambularon por el puerto degustando mazorcas tiernas de maíz asadas en las brasas y después buscaron un burdel. Aunque el recuerdo de Isabel no se le iba de la cabeza, la presencia de aquellas huríes de pies descalzos, cimbreantes cinturas y brazos desnudos, hicieron que por segunda vez en su vida volviera a yacer con una de ellas. Ya no era un principiante, así que procuró distraer su mente y disfrutar de los juegos previos como no lo hizo con la joven yemení de Túnez. Cuando enardecido por la joven maestra, la penetró, cerró los ojos e imaginó la boca de Isabel y sus pechos y la besó apasionadamente.

Estambul quedaría ya para siempre en su memoria y esta vez sí, le preguntó el nombre a su compañera de alcoba.

–Me llamo Aixa, aunque todos me conocen por la tunecina.

El recuerdo de la yemení le vino a la mente, qué dulce y profesional fue con él.

El mar estaba en calma y navegaron hacia la península de Crimea. Una vez largado el trapo y sin nada que hacer, Abderramán se sentó bajo el castillo de proa, allí no le molestaba el aire. Deseaba recrearse en Aixa. *“No creo que me haya contagiado ninguna enfermedad, su cuerpo y su sonrisa rebosaban salud”.*

Abdalaciz, que nunca llegó a tener confianza con el capitán y que no sabía nada de su historia, se había acercado y sentándose junto a él le preguntó:

–¿Te ha dicho el “Largo” los días que tardaremos en llegar a tierra?

–No, pero no creo que sean muchos. A mí lo único que me interesa es volver cuanto antes, tengo ya ganas de pasear por el puerto de Almería.

Abdalaciz no estaba enterado de sus amores con la cristiana y el pastor no pensaba ponerlo al tanto de sus negocios, tiempo habría,

cuando su relación se consolidara, de contarle lo que había ocurrido en su vida, aunque si lo hubiera hecho ahora, tal vez su amigo hubiera comprendido sus reticencias en acudir a los prostíbulos, no quería contagiar a su amada, si es que, como era su deseo, llegaba a casarse con ella.

La nave, con las bodegas repletas de especias, volvió a pasar frente a la ciudad de Estambul y Abderramán recordó a Aixa, “*qué casualidad que sea tunecina. Tenía que haberle dicho que fue allí donde gocé de una mujer por primera vez. Nunca olvidaré Túnez*”.

Las escalas que hicieron en el viaje de vuelta fueron única y exclusivamente para embarcar agua y víveres. Abderramán, impaciente por ver a su amor, pedía cada noche a los vientos que soplaran con fuerza las velas de su barco para llegar a Almería lo antes posible, pues Isabel estaría esperándolo en el puerto. No le cupo la menor duda de que el mancebo le habría entregado la nota y ella, tan inteligente, habría sabido descifrarla.

Navegaron entre las islas del mar Egeo y en una singladura más larga atracaron en Creta. Sólo una noche permanecieron en el puerto, al día siguiente se dirigieron hacia Darnah. A partir de entonces sólo tenían que costear por el norte de África hasta llegar frente a las costas de Almería o quizás las de Vera, para estar en casa. Cada anochecer y cada madrugada, Ghazalí tomaba mediciones con el astrolabio, así que en cada momento conocía la situación de la nave. Sólo cabía esperar a que llegaran al lugar en el que el galeón virara hacia el norte. Cuando lo hizo, el corazón de Abderramán comenzó a latir con más fuerza. Los últimos días de navegación se le hicieron insufribles. Abderramán no dejó de mirar hacia proa, lo primero que vería sería la alcazaba. A medida que se alejaban de la costa africana más se acercaban a su Almería.

–¡Ya se ve la bahía!

El grito del serviola cogió desprevenidos a la mitad de la tripulación, que enseguida dejó sus quehaceres para acercarse a las amuras. Al atardecer tocarían tierra, “*Isabel puede estar en el puerto con los niños*”, pensó Abderramán ilusionado.

La cristiana no estaba esperándolo, como el joven hubiera deseado, pero también era verdad que cuando empezaron a desembarcar casi estaba oscureciendo, a esa hora se retiraba siempre a su casa.

Aquella noche no podía dormirse. Su amada estaba muy cerca, la presentía, pero a media noche y después de darle mil vueltas a la

cabeza, comenzó a tener malos presagios. Hacía dos meses que dejó Almería y cabía la posibilidad de que el joven de la casa, bien por olvido o quizás por haberla perdido, no le hubiera entregado la nota a su compañera, si por desgracia hubiera ocurrido así, ¿qué podía haber pensado de él?, estaba muy claro: que la había olvidado.

Al amanecer consiguió cerrar los ojos, pero enseguida comenzó a escuchar las voces del contraamaestre que los llamaba. El sollado fue un hervidero de hombres vistiéndose y Abderramán se levantó con ellos. En cuanto terminaran de descargar las especias se lanzaría a la calle. Qué torpe era, podía haberle preguntado al joven por su nombre, de este modo llegaría a la casa e indagaría sobre él. Desde la bodega y a través de las escotillas del combés, ayudó a sacar los fardos que llenaban la panza del barco. Fue un trabajo duro pero a media tarde habían terminado. Se lavó con un balde de agua que sacó por la amura de estribor y se vistió con sus mejores ropas, la verdad era que tenía que renovar su vestuario, Isabel tenía que ver al marinero de un galeón que venía de viajar por medio mundo y no al pastor que fue en su pueblo. En cuanto tuviera ocasión visitaría el zoco y compraría ropas nuevas.

Durante el resto de la tarde paseó la calle de Isabel sin ningún resultado positivo. Hubo un momento de emoción cuando chirrió la puerta del jardín, él se encontraba muy cerca. El hierro giró sobre sus goznes y apareció una señora de cierta edad y detrás de ella los niños. Enseguida, y para que no lo reconocieran, se dirigió hacia el puerto con paso ligero. Al llegar al banco en el que siempre se sentaba su amor, ocupó su sitio. Al momento llegaron los niños que al verlo corrieron hacia él.

–¡Venid enseguida!

Abderramán, que estaba acariciando la cabeza del niño que llegó primero, le contestó:

–No se preocupe, hace tiempo que nos conocemos, lo que ocurre es que yo he estado fuera unos meses. Antes venían con una joven.

La niña, que ya tenía seis años y que estaba atenta a la conversación, dijo:

–Isabel se quedó en Orán.

–¡Qué sabrás tú! –le reprendió la mujer.

–Sí lo sé, mi padre dijo que no podía venir a Almería.

Gracias que el joven estaba sentado, en otro caso se le hubiera notado el impacto que la confesión de la niña había causado en su corazón. Las piernas comenzaron a temblarle y estuvo callado hasta que se serenó. No podía traslucir la emoción que sentía, al fin, y más sosegado, pudo preguntar:

–¿Se ha quedado con su hermano?

–No, mi padre la vendió porque ya no podía volver a nuestra casa.

–¡Calla niña!

Le recriminó la mujer, que estaba indignada por las confesiones que estaba haciéndole a un desconocido.

–No se preocupe, entiendo lo que ha ocurrido, Isabel es cristiana y no podía tenerla como esclava en un reino como el de Castilla, es natural que lo hiciera. Así que se ha quedado en Orán –dijo dirigiéndose a la niña.

–Sí, yo no quería que la vendiera.

–Ni yo –agregó el niño, que tenía un año menos que su hermana.

Los nubarrones que comenzaron a salir por el poniente hicieron que el sol se ocultara y Abderramán se levantó del banco en el que tantas tardes había hablado con Isabel. Se despidió de los niños y se encaminó hacia la cercana posada. La tarde se había cerrado y los candiles estaban encendidos. Encontró un asiento junto a una de las ventanas desde la que se divisaba la arboladura del galeón de Ghazalí. Otros marineros estaban ya sentados alrededor de la gran mesa de pino y estuvieron bebiendo hasta que el posadero los echó. Borracho, como nunca lo había estado hasta entonces, Abderramán tuvo que subir la pasarela a gatas. El guardia de portalón hubo de ayudarlo a entrar en el sollado. Una lluvia fina comenzó a caer sobre la ciudad y no cesaría hasta bien entrado el día.

A media mañana y sin nada que hacer, pues continuaba lloviznando, los marineros fueron despertados pero Abderramán hizo caso omiso y no apareció por cubierta hasta el mediodía. Se sentía mareado y fue incapaz de comer nada en toda la jornada.

–Tienes mal aspecto –le dijo el capitán al verlo–, pensé que deseabas volver a tierra cuanto antes, aunque ya no estoy tan seguro, pues te he visto con mejor cara incluso bajo la tormenta del Bósforo.

A Abderramán le dolía la cabeza horrores y le costaba abrir los ojos.

–El vino marea más que la mar.

–En eso tienes razón. ¿Has visto a tu cristiana?

Con él no tenía que disimular, así que le contestó con total franqueza:

–La han vendido como esclava.

–Lo siento por ti pero estaba en su derecho, ya sabías su condición, ¿qué tenías pensado hacer, comprarla?

Nunca se le hubiera ocurrido, pero sí, esa hubiera sido la solución. Él no malgastaba los dineros y ya tenía unos buenos ahorros. De la cabeza no se le iba la injusticia cometida por el comerciante y sin reparar en lo que Ghazalí le había dicho, expuso lo siguiente:

–La ha vendido en Orán. Cuando cargamos el trigo, ella ya estaba allí, ¿por qué no la vi?

–Su nuevo dueño puede que ni siquiera fuera de esa ciudad, las gentes acuden de todas partes a las subastas de esclavos.

Dios mío, si Ghazalí tenía razón podía no volver a verla.

–¿Cuándo iniciaremos otro viaje?

–En cuanto nuestro armador lo disponga.

Ojalá fuera pronto, Almería no le traía nada más que recuerdos dolorosos.

–Por cierto, hoy voy a pagaros. No te gastes todo el dinero, es un consejo de amigo.

Y, ¿para qué lo quiero? –enseguida se dio cuenta de que comenzaba a pensar como su amigo Abdalaciz y eso lo descorazonó.

Ghazalí se reunió con don Pedro de Granada, su armador. Los resultados económicos de aquel primer viaje habían sido cuantiosos y el nuevo cristiano lo felicitó.

–Eres un excelente capitán y no pude poner mi nave en mejores manos. Sin embargo, nadie puede asegurarme que ocurra igual con los futuros viajes, ¿verdad?

Ghazalí lo miró extrañado.

–Lo digo porque el mar es incierto, la nave ha podido naufragar... –parecía pensativo y Ghazalí no tenía ni idea de por dónde iba a salir–, o ser atacada por los piratas, ¿no es cierto?

El capitán se encogió de hombros al tiempo que decía:

–En la mar no hay nada seguro.

–Por eso digo. Mira, yo no sé nada de navegación y si he tenido suerte en esta singladura es porque tú eres un capitán experto y un hombre honrado, pues has podido presentarme las cuentas que hubieras querido y yo nada hubiera podido decir.

–Hombres sin honor los hay tanto en la mar como en la tierra.

–Lo sé, pero a diferencia del mar, los negocios de la tierra sí los conozco. Mira, desde que te fuiste han ocurrido muchas cosas. Algunos antiguos propietarios se marcharon temiendo un sitio largo y peligroso y otros murieron en escaramuzas. Las tierras que quedaron sin dueño han sido repartidas entre los que ayudamos a la conquista. A mí me han correspondido dos lotes, uno muy rico en cultivos y otro en canteras de buena piedra. A eso me voy a dedicar. Es más seguro.

Por la cabeza de Ghazalí no paraban de pasar ideas a cuál más descabellada, pero todas pintaban un futuro muy negro para él. El bienestar que había alcanzado surcando de nuevo los mares estaba abocado al fracaso y el futuro que se le avecinaba era tan impredecible que le preocupó sobremanera. La única pregunta que se le ocurrió hacer fue la siguiente:

–Entonces, ¿estoy despedido?

–No necesariamente, voy a poner el barco en venta y el nuevo dueño necesitará una tripulación, digo yo.

–Nunca hubiera esperado esta noticia.

–Lo siento, pero mi vida está en tierra y no puedo exponerme a perder el barco, con el dinero que saque de su venta pondré en cultivo tierras que no han sido roturadas aún.

Ghazalí recibió el porcentaje que según las leyes del Consulado del Mar le correspondía, una cantidad muy respetable.

–Hasta tanto se realice la transacción puedes seguir viviendo en el galeón –le dijo en tono protector.

“*Así te lo tendré vigilado*”, pensó el capitán con cierta aflicción.

Aquella noticia lo dejó tan anonadado que ni siquiera tuvo ganas de tomar el segundo jarro de vino que su armador le ofreció.

Se despidió de él con un apretón de manos y ya en la puerta le dijo:

–Ya me dirás cuándo tengo que abandonar el barco. A la tripulación la despediré mañana.

Salió de la casa con mal talante, ¿qué podía hacer?, la guerra había terminado y no se necesitaban soldados, y enrolarse en un barco sería difícil, pues las tripulaciones estarían completas. Ni siquiera tenía ganas de dirigirse a la posada, así que se fue hacia el puerto, miró su barco con abatimiento y subió la pasarela en dos zancadas, saludó al guardia de portalón y se metió en su camarote. Por la mañana hablaría con Abderramán, también para él sería un golpe, pues a la pena de haber perdido a la esclava agregaría la de perder su trabajo. Por unos momentos lo vio pastoreando las cabras de don Pedro.

Había dormido poco en toda la noche y al amanecer salió del camarote. La llovizna de la tarde anterior había cesado y el cielo presentaba un color azul intenso.

–Mucho madrugas.

Ghazalí volvió la cabeza y se encontró con Abderramán que estaba sentado en la borda.

–Pues tú me has ganado.

–¿Se sabe ya algo de nuestra partida?

–Sígueme –dijo al pastor al tiempo que se alejaba hacia la toldilla. El silencio en el barco sólo era interrumpido por el crujir de alguna maroma al ser tensada por un noray y el graznido de las gaviotas posadas en la arboladura.

–Siéntate –Abderramán lo hizo sobre unas estachas, tenía ojeras que delataban el insomnio de la noche anterior–. Ayer tarde estuve con el armador –Abderramán estaba deseoso de conocer la derrota que seguirían, ojalá se dirigieran hacia Orán–, me informó de sus proyectos y no son buenos para nosotros. De momento el barco está en venta.

Aquella noticia, por lo inesperada, lo dejó abrumado y sólo se le ocurrió decir:

–Pero... ha debido de ganar mucho dinero.

–Sí, pero igual ha podido perderlo, ésa ha sido su explicación.

–¿Entonces?

–Hoy despediré a la dotación.

–No es posible que me esté pasando esto.

–Yo tampoco me lo hubiera imaginado.

–Un momento –en su mente se había encendido una lucecita–, ¿por qué no lo compras tú?

–Qué ocurrencia. Mi fortuna asciende a poco más de lo que he cobrado en este viaje.

–Yo puedo darte todo lo que tengo.

Ghazalí se sonrió al contestarle:

–Poca cosa podríamos comprarle entre los dos.

–Espera un momento.

El capitán se quedó confuso. Abderramán se levantó de un salto y se dirigió hacia el sollado. Enseguida estuvo de vuelta, traía su morral y en llegando a la altura de Ghazalí lo depositó sobre la cubierta.

–Aquí tengo todo lo que he ganado desde que llegué de mi pueblo, incluida mi herencia.

Abderramán abrió la bolsa y puso delante de su amigo toda su fortuna.

Ghazalí lo miró sorprendido.

–¿De dónde has sacado tanto dinero?

–Vendí las cabras de mi padre.

Ghazalí no dijo nada a su armador sobre la posibilidad de comprar el barco, el dinero que entre los dos amigos podían reunir sólo podía servir para dar una entrada. Como había prometido a don Pedro, despidió a la tripulación y solamente quedaron a bordo los tres amigos de Vera.

–Podéis seguir aquí hasta que la venta se haya efectuado, sin cobrar jornal, claro. Una vez que la compra se haya hecho firme cabe la posibilidad de que el nuevo armador nos contrate, pero ello no es seguro, así que si os surge alguna oportunidad debéis de sopesarla, yo haré lo mismo, de momento tenemos posada gratis a cambio de una vigilancia.

Tanto Abderramán como Abdalaciz salían por las tardes, por las mañanas lo hacía el capitán, así lo habían acordado, pues el barco no debía nunca de quedar sin vigilancia.

En vano esperaron a que apareciera un nuevo armador, ya había transcurrido un mes y nadie se interesó por comprar el galeón. Una mañana se presentó don Pedro de Granada, aún permanecían a bordo los tres marineros. El capitán se dirigió hacia la toldilla y don Pedro lo siguió. Se sentaron y antes de conocer los motivos de la visita llamó a Abderramán y le ordenó que trajera dos jarras de vino del tonel que había en la bodega y que estaba ya casi vacío.

—¿Hay algún comprador a la vista?

—Ninguno, y no lo entiendo.

—Pues es fácil de comprender, la economía del reino está por los suelos y nadie se aventura a empeñarse en un préstamo con altos réditos.

El armador estuvo escuchando las explicaciones del capitán. Llegaron las jarras de vino y brindaron, después de unos segundos en los que se estudiaron, fue don Pedro el que rompió el silencio.

—La verdad es que no sé qué hacer, es verdad que el barco amarrado no me está produciendo ningunos beneficios, pero al menos está seguro, más desgaste tendrá navegando y a más peligros me expongo, pues puedo perderlo todo.

—Ésa es una equivocación, un barco amarrado sufre más que navegando, al casco se adhieren moluscos y algas que terminan por pudrirlo. Si permanece mucho tiempo en puerto habrá que carenarlo de nuevo. En cuanto a que puedes perderlo todo, cabe esa posibilidad, pero eso suele ocurrir en todos los negocios, ¿acaso no puede venir un pedrisco o una helada y dar al traste con una cosecha?

—Puede ocurrir, pero la tierra seguirá siempre ahí, en cambio el barco puede hundirlo una tormenta y entonces se perderá todo.

—En efecto, nada puedo argumentar en contra de esa posibilidad.

—Estos días he estado pensando en que tal vez te interese a ti quedarte con el galeón. Eres un hombre de mar.

—Naturalmente que me interesa, el mar es mi vida, pero mis fondos son escasos.

—Estoy dispuesto a hacer una tasación generosa.

Ghazalí hizo el cálculo del dinero que podían reunir entre su pupilo y él y esperó a que el armador dijera una cantidad.

—Debo de confesar que no es descabellada, el galeón lo vale, pero yo no dispongo nada más que de estos dineros —y dijo la cifra de la que disponía juntando sus bienes con los de Abderramán.

Don Pedro escuchó la cantidad sin manifestar ninguna emoción, era un hombre frío aunque algo miedoso, le asustaba perder el barco que había requisado a un deudor, él nunca fue naviero.

-Entiendo que no dispongas de más dinero, pero debes de comprender que esa cantidad sólo sería una señal.

-Naturalmente, pero eso es todo mi capital -“y el de Abderramán”.

-¿Qué podríamos hacer para que a todos nos resultara beneficioso?

Ghazalí comprendió que aquel hombre estaría dispuesto a cualquier acuerdo y él y Abderramán podrían verse favorecidos.

-Cabe una posibilidad.

-¿Cuál?

-Fijado el precio de la nave, podrías recibir la mitad de las ganancias brutas de cada singladura. Los gastos de los fletes quedarían a mi cargo y, además de ello, recibirías los réditos correspondientes al resto de la deuda hasta completar el pago.

Don pedro se rascó la barca antes de decir:

-¿Podríamos tratarlo con un leguleyo y extender un documento?

-Naturalmente.

Los acuerdos tomados entre don Pedro de Granada y Ghazalí quedaron plasmados en un contrato de compraventa que estuvo listo y firmado por las partes en tan sólo dos días. El capitán no cabía en sí de gozo y enseguida acudió al barco para informar a su socio del acuerdo alcanzado. Abderramán lo abrazó con fuerza.

–Esto merece un trago –dijo el capitán sentándose en un banco de madera anclado a la cubierta y situado junto a la toldilla.

–Ahora mismo lo traigo –contestó Abderramán al tiempo que iniciaba el camino de la bodega para traer lo que su socio había demandado.

–¡Un momento! –gritó Ghazalí–, siéntate conmigo, eres un armador –e inmediatamente comenzó a dar grandes voces–. ¡Abdalaciz!, ¡Abdalaciz!

–¡Aquí estoy, capitán!

–¡Deja lo que estés haciendo y trae dos jarros de vino, estamos sedientos!

El joven miró hacia la toldilla y vio que solamente estaban el “Largo” y su amigo Abderramán y se extrañó, aunque bien sabía la amistad que les unía.

Cuando el marinero regresó de la bodega, el capitán volvió a darle otra orden.

–Ahora trae otro para ti.

Esta vez hizo el viaje con mejor talante.

–Abdalaciz –dijo Ghazalí elevando la jarra–, estamos celebrando un acontecimiento que va a significar un cambio importante en nuestras vidas. Abderramán y yo nos hemos convertido en armadores.

El mancebo los miró con incredulidad pero en espera de entender el sentido de la broma no dijo nada hasta que los vio beber, entonces se atrevió a expresar lo que bullía en su cabeza.

–No entiendo la gracia, ¿es para decirme que estoy en la calle?

–No es ninguna broma. Abderramán y yo hemos comprado el galeón.

–¿Por qué he quedado yo fuera del trato? –preguntó perplejo, los tres habían venido juntos.

–¿De cuánto dinero dispones?

El de Vera titubeó antes de contestar:

–Del último sueldo, aún no he tenido tiempo de gastarlo.

–Lo sé, tú has empleado el dinero en diversiones y saraos, y me parece muy bien, cada uno es dueño de su vida y de su hacienda pero, ¿qué dinero podías aportar a la sociedad?

–Ninguno, en eso tienes razón –y enseguida dirigió la mirada hacia Abderramán para decirle–: siempre te afeé el que no gastaras tu soldada en las mujeres que hemos ido encontrando en los puertos. Esto ha sido una lección para mí y te juro que no la voy a olvidar.

–No tienes por qué mortificarte –le contestó el aludido–, pues la mayor parte del dinero que he aportado a la sociedad procedía de la venta de las cabras que tenía mi padre antes del terremoto.

–¿Y dónde has tenido guardados los dineros?

–En mi zurrón.

–¡La madre que parió a peneque!

Los tres rieron a carcajadas.

En pocos días reclutaron la dotación completa. La mitad de los alistados procedían de la anterior tripulación, el resto eran caras nuevas.

Ghazalí se reunió con su socio en el castillo de popa.

–¿Estás arrepentido de haber empeñado tu fortuna en este viejo cascarón?

–Puedes estar seguro de que no.

–Me alegro, pues si Alá nos ayuda un poco, podrás llegar a ser un rico hacendado, te lo prometo.

Por la mente de Abderramán paso la imagen del padre de la prima de Abdalaciz. Seguro que si alguna vez volvía por Vera ella estaría ya casada, una pena. La verdad era que las dos mujeres que le habían interesado en toda su vida las había perdido por no ser un hombre adinerado. En su mente comenzaron a alzarse castillos, ¿en qué podría invertir su fortuna cuando la tuviera, en un barco propio o en unas tierras con ganado? Ya lo decidiría, de momento había que trabajar y de camino rogar al cielo todos los días para que las tormentas o los piratas no acabaran con la nave.

No perdieron mucho tiempo en izar velas, había que sacarle rendimiento a la inversión que acababan de hacer.

Sin dejar de ayudar en la brega cuando era necesario, Abderramán empleó mucho más tiempo en aprender la ciencia de los mareantes, así que acompañó a Ghazalí, tanto en el puente como en la sala de

derrota. Allí, sobre una tabla abatible extendían los portulanos. Le costó aprender a leer en ellos pero una vez comprendida la técnica y con la ayuda de un compás y una regla, se convirtió en el principal colaborador de su capitán. También aprendió a manejar el astrolabio¹⁶.

En Orán, y mientras cargaban trigo para Egipto, anduvo por calles y plazas por si veía el rostro de Isabel. Todo fue en vano. Cansado de deambular, entró en los zocos y bazares, decidió dirigirse al barco pero antes de salir vio en un rincón, y bajo un sucio toldo que los protegía del sol, unos libros que podían interesarle para ampliar sus escasos conocimientos, pero aparte de no poder hacer grandes gastos, tampoco hubiera sabido qué comprar. Por la tarde y sentado con Ghazalí en el castillo de popa, le hizo partícipe de su hallazgo.

–He dado una vuelta por el bazar y he encontrado muchos libros en venta.

–No es el mejor sitio para comprarlos. Mañana me acompañarás a la casa de un viejo amigo, él nos pondrá mejor precio.

–¿Te reconocerá?

–No lo sé, ha pasado mucho tiempo. También te voy a llevar a la mejor casa de prostitución que hay en Orán, o al menos lo era cuando yo la frecuentaba. En ella estarán las huríes más jóvenes y sanas de esta costa.

–La verdad es que no sé si quiero ir.

–En eso no puedo ayudarte, nunca te presionaré en un asunto como ése. Si tú no lo deseas no volveré a insistirte, es una decisión tuya, pero debo de decirte una cosa: si es por causa de esa cristiana a la que has decidido adorar, cometes un grave error, no quieras convertirte en lo que yo fui hasta hace poco.

Abderramán recordó al “Largo” y la vida que llevaba en Vera. Nadie se atrevió nunca a reírse de él abiertamente, pero todos criticaban su forma de vida. Después de esos momentos en los que pasó por su mente la estampa de su amigo, se atrevió a decir:

–Bueno, ya veremos.

Terminada la carga, esta vez no llenó hasta arriba las bodegas, se dispusieron a salir, era su última tarde en tierra firme. La temperatura era fresca, corría una suave brisa que, si no amainaba, hincharía las velas del galeón dándole alas. A bordo solamente habían quedado el contraestre y el timonel, ambos mayores. En la bodega tenían suficiente vino como para no tener que bajar a tierra.

¹⁶ Del griego “astron”, que significa astro, y “lambano”, que significa buscar. Es decir que astrolabio significa: buscador de astros.

Abderramán siguió a su capitán que, con paso decidido, se alejó del puerto y enfiló una estrecha calle que desembocó en una plazuela. En ella había una vetusta casa con fachada de piedra de sillería y dos grandes argollas de hierro que colgaban una a cada lado de la puerta que era tan alta, que su dueño podría entrar montado a caballo y con la lanza levantada. Ghazalí dio dos golpes con la aldaba y después de un cierto tiempo, el enorme portón se abrió de par en par.

–¿Qué deseáis? –el que así preguntaba era un criado casi anciano con pelo ralo y canoso, que vestía una librea de color verde, medias blancas y zapatos de tafilete.

Abderramán se sorprendió, estaban en Orán, no en Castilla.

–Soy un viejo cliente de Ridwan y deseo saludarlo.

El criado se santiguó al escuchar el nombre de su amo y acto seguido le informó de su reciente fallecimiento.

–No lo sabía, acabo de llegar de Al-Ándalus.

–¿Deseáis ver a su hijo?

–Naturalmente.

–Pasad, enseguida le aviso.

Abderramán lo vio atravesar el zaguán renqueando y se sonrió pensando: “¿Cómo puede decir enseguida, un hombre con esas dificultades para andar?”.

Al quedar solos, Abderramán aprovechó para preguntar:

–¿Su amo es cristiano?

–Sí, es un castellano muy culto que se quedó a vivir en Orán por amor. Se enamoró de una yemení que conoció en un viaje y, como estaba casado en Castilla, decidió quedarse a vivir aquí, en su tierra lo dieron por muerto y él no se preocupó nunca de desmentirlo, aquí era feliz.

La casa estaba construida al estilo cordobés y disponía de un patio central en el que florecían rosas y jazmines. En el centro crecía un limonero. El jardincillo estaba rodeado de unas arcadas que, a manera de claustro conventual, protegían del sol a las alcobas que allí se asomaban.

No tardó demasiado tiempo en aparecer un joven, frisaría los veintiocho años.

–Me ha dicho mi criado que conocíais a mi padre.

Ghazalí lo reconoció enseguida.

–Y a vos también, lo que ocurre es que hace más de dieciocho años que no vengo por esta casa.

–Su cara me suena, pero ahora no caigo, ¿cuál es vuestro nombre?

–Ghazalí.

La cara del joven se iluminó.

–Ghazalí el naviero –casi gritó.

–El mismo.

Se saludaron afectuosamente.

–Recuerdo que mi padre guardaba siempre algunos libros y me decía: “*Éstos son para Ghazalí*”, y los quitaba de en medio.

–Tu padre fue un gran amigo y siento su pérdida.

–Es agradable escucharte hablar así de él.

–Para tu madre habrá sido un golpe muy duro.

–Lo hubiera sido pero murió hace dos años, él no lo superó.

–Lo siento de veras.

–¿Qué te trae por aquí después de tantos años?

–Estuve mucho tiempo retirado de la mar, Al-Ándalus necesitaba soldados y me alisté.

–Supe que los cristianos habían vencido.

–Por eso he vuelto a navegar, ¿tienes por ahí algún libro interesante?

–Siempre hay algo para el que sabe lo que busca.

El joven abandonó la estancia y al poco rato volvió con una caja, en ella traía diez o doce libros bien encuadernados.

–Qué maravilla.

Ghazalí los fue observando uno por uno, dos de ellos tenían los lomos con letras de oro y la portada con miniaturas iluminadas. Abderramán no había visto nunca nada igual.

Después de mirarlos y remirarlos eligió dos de ellos, que no eran los más lujosos. Ajustaron el precio y se despidió del hijo de su amigo no sin antes degustar una buena taza de té de manzana aromatizado con unas hojas de hierbabuena.

Lo que tardaron en cargar el trigo fue el tiempo que estuvieron en Orán, pues al final no visitaron la casa de prostitución que Ghazalí le había prometido. Abderramán no lo sintió.

El mar estuvo tranquilo hasta el tercer día de navegación. De madrugada y de improviso, como si todo el viento del mundo hubiera estado contenido en una caverna y de pronto los dioses lo hubieran soltado, el huracán desencadenado cogió a la nave tan desprevenida que la zarandeó de tal manera que todo el mundo salió de los sollados despavorido. Ghazalí, desde el puente y a voz en grito, mandó arriar todas las velas con excepción de las del palo de mesana, las necesitaba para maniobrar, el mar estaba cogiendo a la nave de través y era peligroso continuar así. Tardó bastante tiempo

en poner proa al viento. La jarcia crujía y las lonas comenzaron a rasgarse. Las maniobras ordenadas por el contramaestre se llevaban a cabo con tanta rapidez que entrañaba gran peligro para los marineros, pues la luz era escasa todavía. La desgracia llegó cuando el barco recobraba la verticalidad. De pronto, la lona se rasgó del todo y la estacha, que se había liado en la botavara, dio un tirón inesperado cogiendo desprevenido a uno de los marineros que tenía el pie metido en una coca de la maroma. El cáñamo se estiró y la pierna del hombre quedó atrapada dando con el marinero en cubierta. Los gritos del desgraciado alertaron a su compañero que inmediatamente cogió un hacha y cortó la maroma de un tajo, pero el cáñamo había segado ya la pierna por encima del tobillo. La hemorragia fue brutal y a punto estuvo de desangrarse. Fue una mañana que ninguno olvidaría. El accidentado fue atendido y durante el resto de la navegación se mantuvo en el sollado sobre el coy. Acuciados por la tormenta, que no cesaba, se refugiaron en el puerto de Annaba. Allí se reparó la lona y el marinero fue atendido por el médico del puerto. Ghazalí le compró una muleta y le preguntó si quería quedarse en tierra, el hombre rehusó.

—¿Qué puedo hacer, tullido como estoy y en un país que no conozco?, mendigar en plazas y mercados.

El capitán lo comprendió.

Cuando Abderramán, sentado en el puente, le comentaba al capitán la suerte que habían tenido de que el hacha hubiera estado tan cerca, éste le contestó:

—No es suerte, amigo mío, si te has fijado bien, hay una cada veinte pasos, pues éste es el accidente más común y peligroso de los que suelen ocurrir a bordo.

La verdad era que no lo había advertido y nunca pensó que estuvieran allí en prevención de tener que cortar una estacha.

La tormenta amainó al segundo día de estar en puerto y remendada la vela volvieron a la mar. Pasaban frente a Túnez cuando Abderramán, que se había sentado junto al capitán, le comentó la desgracia que aquel hombre había tenido, en adelante sería siempre un inútil.

—No creas, la naturaleza es sabia y puede suplir cualquier deficiencia dotando de habilidad otras partes del cuerpo que hasta ese momento no la han tenido.

—No lo creo.

—Pues estás en un error. Voy a contarte una historia que ocurrió en Almería, la cuenta Shmad b. Umar, un escritor de allí:

“En Almería conocí a un hombre que al parecer era de Trípoli y que movía a la compasión. Alá había permitido que naciera sin manos y solamente tenía en sus hombros algo parecido a los pechos de una mujer y en su extremo, lo que correspondería al pezón, estaba formado por una especie de dedo sin movimiento. Lo vi sentado en el suelo restregándose la cabeza y la cara con los pies, que los usaba a manera de manos. Más tarde me admiré de ver lo que hizo. Pidió a los concurrentes que le proporcionaran una aguja; alguien se la dio y él la tomó con los dedos del pie, con el pulgar y el que le sigue y la hizo pasar a los dedos del otro pie; después le ofrecieron un hilo de seda sin trenzar, que igualmente tomó con los dedos del pie, trenzó el hilo al momento de confrontarlo con el ojo de la aguja y una vez enhebrada comenzó a coser con los dedos de su pie derecho, tal y como hubiera cosido si hubiera dispuesto de manos. Clavaba la aguja y la tomaba sin el más leve esfuerzo y ello nos admiraba”.

Abderramán lo había estado escuchando sin parpadear, pues Ghazalí contaba las historias como si las estuviera leyendo, debía de tener una gran memoria. No obstante, aquel relato le pareció imposible, de todas formas lo animó y por eso se atrevió a preguntarle:

–¿Podrá seguir trabajando?

–En cuanto le cicatrice la herida y se forme el muñón podrá llevar una pata de palo, es corriente en los barcos, claro está que tendrá que dedicarse a tareas que pueda realizar, nunca le ordenaría que subiera a los palos ¿qué te parece de cocinero?

Abderramán sonrió, la desgracia de aquel hombre lo había impresionado.

La singladura se completó sin más incidentes, pasaron frente a Trípoli con buena mar y llegaron a Alejandría sin más problemas que los cotidianos. La herida de Buri, el marinero que perdió parte de la pierna, cicatrizaba con bastante rapidez, era un hombre joven y sano. En el mismo puerto consiguieron un flete para Haifa, era una singladura corta. Al atardecer, los dos armadores se reunieron en la toldilla.

–El viaje está resultando provechoso, a ver lo que nos depara el puerto de destino.

–En este viaje he comprendido la incertidumbre de don Pedro por perder su barco, la verdad es que se tiene que pasar peor esperando noticias que siendo navegante tú, aunque debo decirte que en la última tormenta pensé perecer.

Ghazalí se sonrió al decir:

–Ya eres todo un lobo de mar, ¿echas de menos tus cabras?

–Echarlas de menos no, pero las recuerdo con cierta nostalgia, pues no sólo era el ganado, eran mis padres y mi hermano, era mi niñez, el pueblo en el que me crie y mis amigos.

–Tienes razón, era otra vida.

“Si has pretendido que recuerde mi pasado haré yo lo mismo con el tuyo, a ver si de una vez por todas me desvelas lo ocurrido con la judía”.

–¿Echas tú de menos los años perdidos en Vera?

Ghazalí, en contra de lo esperado por Abderramán, no se inmutó y pasados unos segundos terminó por esbozar una leve sonrisa. El viento soplaba con fuerza pero sin violencia y la nave se deslizaba con suaves vaivenes. La costa era acantilada y de vez en cuando daba paso a una ensenada. Abderramán esperaba la respuesta del amigo pero éste tardó en hablar.

–Aquellos años fueron el efecto, la causa es la que he querido olvidar y me ha costado. Hasta hace poco no he comprendido que aquellos aciagos años forman parte de mi vida. El pretender borrar lo que no nos gusta es siempre una equivocación y una estulticia.

–¿Te arrepientes entonces?

Ghazalí lo miró con afecto.

–Eso ya no tiene importancia, pues no podemos cambiarlo, así que lo mejor es mirar hacia adelante.

–¿Y olvidar?

–Sin olvidar, pues según un sabio griego la experiencia es la madre de la ciencia, por eso te alerté de tu cristiana, yo no volveré a fiar en una mujer.

Abderramán no quiso insistir más, estaba claro que hoy tampoco iba a conocer la historia de la judía. Ghazalí no la contaría hasta que no lo considerara oportuno.

Una vez en su camarote, el capitán, y debido a la pregunta que Abderramán le había hecho, volvió a recordar los últimos momentos que pasó junto a la hebrea. Se echó sobre el coy y rememoró la mañana de sus esponsales.

Se había levantado temprano, se aseó cuando la luz del día se lo permitió y después de vestirse con sus mejores galas se despidió del contraamaestre.

–No volveré hasta mañana.

Recordaba la ilusión con la que se encaminó hacia la posada de Saladino. Rebeca estaría esperándolo; al instante la imaginó delante

del espejo, muy nerviosa, atusándose el cabello y componiendo su atuendo.

Su impaciencia había sido tal que desembarcó con media hora de antelación, así que caminó despacio. El día era espléndido y por el camino saludó a un par de conocidos. Llegó delante de la posada y se detuvo, todavía era temprano pero decidió entrar.

—¿Desea algo el caballero?

Ghazalí llevaba en el cinto el puñal con pedrería en la empuñadura y el turbante con un broche de precio. El posadero se deleitaba ya con la presencia en su casa de un caballero de tan alta categoría.

—Espero que salga una señora que, con su ama, se hospedó ayer en esta casa.

—¿Os referís a doña Rebeca?

—La misma, si tienes la bondad, avísale de que está aquí Ghazalí.

—Señor, la dama por la que preguntáis salió de mi posada esta mañana al amanecer, la recogió su esposo y cargaron el equipaje en un coche tirado por dos caballos.

La cara de Ghazalí palideció, fue un golpe tan brutal e inesperado que no supo qué decir. Pasados unos momentos, el posadero volvió a dirigirse al recién llegado.

—¿Ella sabía que vendrías hoy?

Su reacción fue inmediata, no podía quedar ante el posadero como un hombre burlado.

—No, no se preocupe, era una sorpresa, ¿sabe hacia dónde se han dirigido?

—No, sólo dijo, para que los criados colocaran el equipaje con prontitud, que se dieran prisa porque el viaje era largo.

—Gracias por su información.

Recordaba el estado en el que quedó. Miraba sus ropas, tan cuidadosamente vestidas, y se veía ridículo. Jamás fue humillado por nadie como lo había sido por la judía. Aquellos recuerdos lo desvelaron y hasta el amanecer no pudo conciliar el sueño.

La tarde, por fin, era apacible y los dos armadores estaban sentados en la toldilla.

—Con tanta mala mar hemos olvidado los libros que compramos en Orán.

—Si no son de Ovidio —era el primer autor que había conocido y su nombre se le quedó grabado—, me gustará leerlos.

Ghazalí se sonrió antes de decir:

–Que sepas que es un gran poeta, lo que pasa es que no era una lectura adecuada para un aprendiz. Es lamentable que por no haber tenido los medios necesarios para haber llevado a cabo un aprendizaje normal, vayas a dejar de leer a uno de los grandes poetas de la historia. Lo siento, es culpa mía.

–No te lo tomes tan en serio, era una broma.

El capitán, antes de seguir hablando, volvió a sonreír.

–Uno de ellos es La Odisea, creo que te hablé de Ulises que, como nosotros, era un navegante. Y el otro es el libro que debías de haber leído en primer lugar: las fábulas de Esopo.

–¿Quién es Esopo?

–Pues un hombre humilde. Nació en Tracia siendo esclavo y lo siguió siendo durante parte de su vida, aunque con posterioridad fue liberto. Aquí no vienen todas, pero escribió trescientas noventa y tres fábulas. Su lectura fue siempre obligatoria en las escuelas de primeras letras.

–¿Pues de qué hablan?

–Son composiciones literarias muy breves y sencillas, de ahí el que haya tantas en este libro. Los personajes suelen ser animales que tienen la virtud de hablar y al final de cada historia figura una moraleja de carácter instructivo.

–Ya, por eso dices que se utilizaban en las escuelas.

–Y se siguen utilizando. Naturalmente, vas a empezar con las fábulas, a Ulises lo dejaremos para más adelante, no vaya a ser que, como Ovidio, Homero se te atragante también.

Abderramán se sonrió.

–De acuerdo, tú eres el maestro.

–Espero que juntes una colección tan grande como la que yo tuve –al entregarle el texto agregó–. Éste será el primer tomo de tu biblioteca.

Ghazalí le dio el libro y Abderramán lo tomó con emoción.

Las singladuras, al igual que las tormentas, se fueron sucediendo a lo largo de dos años. En el puerto de Almería, lo mismo embarcaban utensilios de cobre y hierro, muy apreciados en oriente, que brocados de seda, oro y plata. Con cada flete fue disminuyendo la deuda contraída con don Pedro de Granada hasta que llegó el momento de saldarla del todo. Ghazalí y Abderramán, que acababan de llegar de Trípoli con escala en Barcelona, se reunieron con don Pedro de Granada. El antiguo armador los recibió con alegría, pues cada singladura que emprendía su antiguo galeón temía que fuera la última, perdiendo con ello el resto del dinero que todavía le adeudaban los nuevos armadores. Cuando vio sobre la recia mesa de madera de roble los pagarés que estaban avalados por la taula de canvis de Barcelona, su felicidad fue completa.

–Cada día estoy más convencido de que hice bien vendiendo el galeón. Este dinero me viene de maravilla, pues en los últimos tiempos... –hizo una pausa para enseguida agregar–, me supongo que estaréis enterados del levantamiento que se produjo en las Alpujarras –los armadores asintieron–. Nunca me cupo la menor duda de que fueron promovidos por el mismo Boabdil. Como no podía ser de otro modo, fueron sofocados y el único infortunado ha sido nuestro rey, que ha perdido su comarca y ha sido expulsado de Al-Ándalus. Las consecuencias han sido que el señorío de Marchena se me haya adjudicado a mí y el de Andarax a al-Zagal. Así que necesito dinero para ponerlas en producción.

–Me alegro de que tu economía siga prosperando.

Don Pedro quiso entender una cierta insolencia en su tono y por eso le replicó:

–Los que se han levantado son unos desatinados que han dado a los reyes cristianos la excusa que estaban necesitando. Yo tampoco he dejado de ser musulmán, pero lo llevo en mi intimidad. No era el momento de levantarse, acabamos de perder una guerra y no estábamos preparados.

–Conozco tu manera de pensar y la respeto.

–Bueno, dejemos este enojoso tema y hablemos de negocios, ya mismo os estoy proporcionando productos para que los transportéis en el galeón, por cierto ¿se mantiene bien?

–Hemos sufrido algunas tormentas pero lo hemos reparado.

–En una de ellas estuvimos a punto de naufragar –apuntó Abderramán, que hasta entonces había permanecido callado.

–Ya os avisé de que la tierra es más segura.

Tomaron unas jarras de vino y sellaron, con un apretón de manos, la conclusión de la deuda. Durante largo rato hablaron de la nueva situación política.

–Para repoblar las tierras, don Diego de Vargas ha admitido a quinientos nuevos vecinos que vendrán con sus familias¹⁷.

Dijo don Pedro de Granada.

–¿Y se les darán tierras?

Preguntó Abderramán interesado, pues lo de la mar no iba a ser su vida.

–Sí, se harán suertes, que serán adjudicadas a cada uno de ellos y si sobrara alguna se les entregará en arriendo a los moriscos –él se consideraba cristiano–, que conferirán las rentas a los monasterios establecidos en la ciudad.

–Yo podría solicitar una –dijo Abderramán. Ghazalí lo miró con cara de sorpresa, pues creía haberlo convencido de que su vida estaba en la mar.

–Los colonos han de ser castellanos y tienen que estar casados o hacerlo en un plazo de tres meses, en otro caso la suerte se le adjudicará a otro castellano si lo hubiera o se le arrendará a un moro, naturalmente casado, que pagará el arriendo al monasterio correspondiente.

Abderramán entendió con pesar que no reunía las condiciones requeridas por el Libro de Repartimiento.

El pastor de cabras había cumplido veinticinco años y los tres amigos lo celebraron, para ello buscaron una posada y se sentaron alrededor de una mesa de madera de pino. Tanto el capitán como Abdalaciz eran invitados, el cumpleaños se lo había hecho saber antes de entrar.

–Eso no pienso discutirte –dijo el de Vera alborozado, pues siempre anduvo escaso de dinero.

–Tienes veinticinco años y eres dueño de medio galeón, no se puede pedir más –le comentó Ghazalí al tiempo que le daba una amigable palmada en la espalda y antes de coger la jarra para darle un buen tiento.

¹⁷ Se establecen así las bases de una sociedad con predominio cristiano sobre una minoría mudéjar a la que poco a poco se les irá obligando a convertirse.

Se le veía dichoso y entre risas y bromas, agasajaron al joven naviero.

–¿Quién hubiera podido predecir esta gran mudanza?

Dijo el capitán.

–Tampoco ha sido pequeña la tuya –Abderramán lo miraba y no lo reconocía–. En Vera no te vi nunca hablar con nadie.

–Lo hice contigo.

–Y yo lo agradecí.

Durante el resto de la tarde bebieron sin parar y entre los tres, seguro que trasegaron más de medio odre. Naturalmente lo hicieron mientras comían unos platillos con carne de cordero aderezada y pescado frito, así que quizás por ello fueron capaces de llegar al galeón sobre sus dos piernas, aunque bastante cargados. Sus cánticos despertaron a los miembros de la tripulación que ya se habían dormido.

Una vez en su camarote, Abderramán se echó sobre el coy y lo hizo sin dificultad, lo que llegó a preocuparle, pues se estaba acostumbrando a beber y a su mente vino la imagen del “Largo”. Una vez acostado quiso hacer balance de su vida amorosa, e inmediatamente aparecieron las dos mujeres que más había deseado, desafortunadamente ninguna de ellas sería suya, por lo demás, estaba contento, no cabía duda de que había prosperado.

El día amaneció con nubarrones y como terminaron temprano de embarcar los víveres, volvieron a la posada, pero esta vez comieron y bebieron con mesura, pues al amanecer saldrían hacia Orán, que últimamente era el puerto que más tocaban.

Abderramán tenía ganas de hablar y el primer jarro de vino lo animó a hacerlo.

–En mi mente, y a pesar de no tener instrucción alguna, siempre pensé que cuando la fortuna me favoreciera aprendería a leer y escribir, gracias a ti lo he conseguido antes de tenerla, te estaré agradecido mientras viva.

–Gracias sobre todo a tu empeño.

Le contestó Ghazalí.

Volvieron a brindar y Abdalaciz, como no podía ser de otra manera, propuso acudir a un prostíbulo.

Nadie puso objeciones, así que se levantaron y se fueron en busca de una mancebía. No habían bebido demasiado, así que se sentaron en la tarbea donde fueron atendidos por la propietaria. Charlaron durante bastante rato con la señora que custodiaba a las huríes. No tenían ninguna prisa. Abderramán miraba con interés los cortinajes

de terciopelo granate que cubrían las puertas que se abrían hacia la sala. Dejaron hablar a Ghazalí, que después de recordar tiempos pasados en los que la misma dueña trabajó de prostituta, emocionó a la dama que escuchaba al capitán subyugada, pues además de buen orador, era un hombre de mundo. Al rato de estar hablando de recuerdos y nostalgias, la señora les arregló un precio especial, en definitiva era lo que Ghazalí había buscado desde que entró en la casa y reconoció a la envejecida prostituta.

–*“Soy un antiguo cliente que después de desembarcar ha venido derecho a tu casa, y me han ofrecido otras, pero yo soy fiel”*.

Le había dicho al entrar. La dueña acogió sus palabras con satisfacción pues, como toda mujer, era sensible a los halagos.

Las tres jóvenes que a una voz de la dueña aparecieron en el recibidor levantando una de las cortinas, hubieran despertado la pasión del más exigente.

El primero en levantarse y elegir mujer fue Ghazalí, los otros dos lo hicieron después y casi a la par.

Abderramán entró en la estancia siguiendo a la joven. No cabía duda de que Ghazalí sabía vivir, la alcoba era infinitamente más lujosa que la que conoció en su primera cita. El jergón había sido sustituido por una cama turca, más cómoda y comfortable. Se desvistió y dejó sus ropas sobre un diván y no tuvo por menos que recordar como en su primera vez y para que no le robaran, ocultó bajo la almohada los zahones en los que iban envueltos todos sus ahorros. Fue curioso, pero desde el momento en el que entró en la casa de lenocinio se olvidó de Isabel, esta vez no tuvo que pensar en ella para alcanzar el placer, pues el escultural cuerpo que tenía delante lo enardeció per se. Maestra en el arte de la seducción, colmó las expectativas que el joven se había formado al entrar; tal fue así, que quedó con ella para volver otro día.

Al encontrarse con Ghazalí, que ya estaba sentado en la sala y seguía hablando con la dueña, le comentó:

–He quedado en volver otro día para verla de nuevo.

El capitán se levantó, pues vio que Abdalaciz salía también de su alcoba. Se despidieron del ama y salieron a la calle.

–¿Has dicho que deseabas volver a verte con tu prostituta?

Al joven le pareció que Ghazalí lo había dicho con sonsonete, por eso le contestó con igual tono.

–¿Qué pasa? Si no visito prostíbulos te parece mal y si deseo repetir, también. Nunca voy a entenderte.

El capitán movió la cabeza para negar aquel aserto.

–En primer lugar no me parece ni bien ni mal, puedes venir o dejar de hacerlo, es una decisión tuya ¿o no recuerdas lo que dije? En segundo lugar, te diré que no es conveniente repetir con la misma mujer, pues cabe el peligro de que te aficiones a ella. Desde un principio debes de tener muy claro que ella es una prostituta y tú el que paga sus servicios, nada más.

–En eso tienes razón –intervino Abdalaciz–, yo siempre cambio, en eso está el placer, para estar siempre con la misma mujer es preferible casarse.

“Y es lo que yo deseo desde que tengo uso de razón”, pensó el joven pastor para sus adentros.

Antes de zarpar de nuevo y para despedirse de Almería, Abderramán dio un paseo por la medina y finalmente se acercó a la puerta de la alcazaba. Ya no era soldado, por lo que ni siquiera pretendió entrar en el recinto amurallado, de haberlo intentado no se lo hubieran permitido. Desde la misma puerta echó un vistazo a las almenas detrás de las cuales solía apostarse para mirar el puerto o tratar de leer los escritos que Ghazalí le proporcionaba. Iba solo y como nunca entró en un tugurio sin compañía, se volvió hacia el puerto. Al pasar por la puerta de la mezquita mayor observó que sobre ella se estaba erigiendo una catedral. Fue deprimente. Entonces recordó las palabras de Ghazalí cuando él preguntó:

–“¿*Qué pasará con la gente a la que no hemos defendido?*”

–*Nada* –respondió él–, *se les permitirá seguir profesando la religión musulmana en sus mezquitas, si bien es cierto que no se les permitirá construir ninguna nueva”*.

Muy indignado, volvió al galeón y en pisando la cubierta se dirigió hacia el puente, Ghazalí estaba consultando un portulano.

–¿Ésa es la palabra que tienen los cristianos?

El capitán dejó lo que estaba haciendo y lo miró con cara de no comprender lo que su socio preguntaba.

–¿No decían las capitulaciones que respetarían nuestra religión y nuestras mezquitas?

–Así lo estipulan, yo las leí.

–Pues sobre la mezquita mayor se está edificando una catedral, eso me han dicho.

Ghazalí comprendió enseguida que su amigo era demasiado joven como para comprender que lo firmado entre reyes es siempre papel mojado en manos del más fuerte, pero estuvo convencido de que la edad le iría haciendo comprender la realidad del sistemático incumplimiento de los tratados. Granada tampoco cumplió nunca con lo pactado.

Como siempre, no había amanecido todavía cuando soltaron amarras. Navegaban hacia Orán, allí cargarían trigo para Alejandría y desde allí, con el café, incienso y mirra, productos procedentes del Yemen y apreciados en occidente, irían costeano hasta Estambul

donde procurarían algún flete para Al-Ándalus. De todas formas volverían tocando todos los puertos del Mediterráneo. Abderramán se había acomodado a sotavento y con mucho cuidado, para no estropearlo, abrió el primer libro de su propiedad, Ghazalí se lo había regalado.

“Fábulas de Esopo”, así rezaba en la primera página. Pasó a la segunda y leyó el primer epígrafe: EL ÁGUILA, EL CUERVO Y EL PASTOR.

El título le agradó, de aquello sí entendía, así que sin más dilación se dispuso a leerlo.

“Lanzándose desde una cima, un águila arrebató a un cordero –él nunca perdió a una de las crías, aunque lo intentaron, así que comprendía perfectamente el daño hecho a la manada. Siguió leyendo–. La vio un cuervo y tratando de imitarla, se lanzó sobre un carnero, pero lo hizo con tan mal conocimiento del arte de la caza que sus garras se enredaron en la lana, y batiendo al máximo sus alas no logró soltarse. Viendo el pastor lo que sucedía, cogió al cuervo y cortándole las puntas de las alas se lo llevó a sus niños.

Sus hijos le preguntaron acerca de la clase de ave que era.

–Para mí, es sólo un cuervo –les contestó–; pero él se creyó águila.

Moraleja:

Pon tu esfuerzo y dedicación en lo que realmente estás preparado, no en lo que no te corresponde.”

Abderramán levantó la vista del escrito, estaba satisfecho, aquel texto era corto y estaba claro. Ghazalí tenía razón, tenía que haber empezado con Esopo. Le agradó tanto y le había resultado tan breve y sencillo de comprender que comenzó a leer la siguiente fábula.

Ghazalí había comenzado a beber de nuevo y esa recaída no había pasado inadvertida para su discípulo que, muy preocupado, decidió hablarle.

–No soy nadie para darte consejos –le dijo con voz grave–, pero no me gustaría verte convertido en aquel “Largo” de Vera al que todos menospreciaban.

Ghazalí lo miró sorprendido, era la primera vez que su alumno lo reprendía y dudó unos segundos antes de contestarle.

–Mira, en la vida se toman decisiones y siempre lo hacemos en función de nuestros propios intereses. ¿Crees que yo tengo alguna meta por alcanzar?

–La tienes, todos la tenemos.

–Me parece imposible estar manteniendo contigo esta conversación.

–Lo sé, yo soy un pastor de cabras, un cuasi analfabeto y un ignorante.

–No te menosprecies de ese modo, no me refería a eso. Lo que me extraña es que tú, a quien hasta hace poco he estado tratando de aconsejar, me estés dando lecciones a mí.

–No creo que me hagas caso, pero has sido para mí un padre y me dolería que después de haber salido del pozo en el que te encontrabas vuelvas a caer de nuevo –hizo una breve pausa mientras lo miraba con preocupación creciente para luego agregar–: yo todavía no estoy preparado para volar solo. Aún necesito consejo. Todavía no sé ni siquiera el libro que debo de leer. No me hagas esto.

Ghazalí lo miró sorprendido y se sintió orgulloso de haberlo tenido como discípulo.

–Me has conmovido. No debes de preocuparte, pues si ahora estoy bebiendo más que en tiempos pasados es por el aburrimiento, sólo por eso.

–¿Por ella también?

El gesto de Ghazalí se endureció, había acusado el golpe. La verdad era que nunca hubiera esperado aquella pregunta, así que tardó en digerirla. Al fin contestó.

–¡No! –su aseveración fue rotunda, no quiso que su alumno albergara la menor duda–, y para que puedas comprobarlo por ti mismo, voy a contarte el final de mi relación, cosa que hace algún tiempo no hubiera podido hacer porque me hubiera resultado lacerante. La herida está completamente cicatrizada, aunque ocurra como cuando te has partido un hueso, que siempre notarás molestias en cuanto cambie el tiempo o haya más humedad en el ambiente, pero son molestias soportables.

–Te escucho.

–Siéntate.

Ambos lo hicieron en el banco anclado junto a la toldilla.

–¿Quieres una jarra de vino?

–No –contestó Abderramán con cierto tono de malestar.

–Está bien, yo tampoco la tomaré –echó el cuerpo hacia atrás, apoyó la cabeza sobre la mampara del castillo de popa y cerrando los ojos comenzó a hablar–. Vino en mi barco por decisión propia. Durante la travesía me enamoré perdidamente de ella y por su modo

de mirarme y posteriores confesiones, me dejó entrever que ella me correspondía, la prueba es que en llegando a puerto y en compañía de su criada, desembarcó para preparar la ceremonia de nuestros esponsales, fue su decisión. Antes de entregarse a mí, deseaba cumplir los ritos de su religión y yo la respeté. Un rabino, según me informó, nos iba a casar a la mañana siguiente. “*Deseo dormir en una posada para poder acicalarme mejor, quiero estar radiante en un día tan señalado*”, me dijo con una sonrisa que revelaba la ilusión y la felicidad que sentía –Abderramán lo escuchaba con verdadero interés. Por fin iba a conocer el secreto mejor guardado, ¿estaría con unas jarras de vino encima?–. La vi alejarse en compañía de su criada. La tarde se me hizo eterna y la noche interminable. Cuando por la mañana, vistiendo mis mejores galas me presenté en la posada, ella había huido con su esposo –Abderramán lo miró estupefacto–, al menos fue lo que ella le dijo al posadero.

Era lo último que esperaba oír, qué horror. La verdad era que no sabía qué decir. En cambio Ghazalí parecía haberse quitado un peso de encima, quizás hubiera necesitado compartirlo hacía años, pues era una carga demasiado pesada para haberla llevado él solo.

–Ahora entiendo tu aversión a las mujeres, pero no todas son igual de retorcidas.

Sin hacer caso al comentario de su alumno continuó su relato.

–Me informé del camino que la pareja había seguido, no me resultó difícil. Alquilé un caballo en otra posada, no quería que me relacionaran con los huidos, y los perseguí sin descanso, al menos me llevaban dos horas de adelanto.

–¿La alcanzaste?

Ghazalí había decidido contar su historia y no atendía a las preguntas de Abderramán.

–El polvo que despedían las ruedas de su coche los delató. A partir de ese momento aminoré mi marcha, no me interesaba alcanzarlos hasta el anochecer.

Abderramán no comprendía la clase de amor que su tutor había sentido por la judía, pues él, aunque Isabel lo hubiera traicionado, se hubiera hundido y desde luego no hubiera tratado de perseguirla.

–Entonces la viste..., ¿no es eso?

–Me hospedé en la misma posada que ellos. La verdad era que no tenía ninguna idea preconcebida, quizás me hubiera conformado con humillarla, pero cuando entré en su alcoba dando una patada a la puerta, y los encontré desnudos y abrazados, no pude contenerme, algo pasó por mi mente que fui incapaz de dominar. Loco por los

celos, saqué mi cimitarra y los atravesé a los dos. Antes de expirar pudo reconocermé, despegó los labios para decirme algo pero la palidez de la muerte se apoderó de su cara y expiró. ¿Entiendes ahora el por qué te pongo en guardia contra las mujeres? La pasión es una fuerza destructiva que me hizo asesinar, cosa que nunca hubiera sido capaz de hacer de no haber estado enamorado.

Abderramán se quedó blanco, “*de modo que era eso*”, ¿qué podía decirle?, pues lo primero que se le ocurrió.

–Ella fue la culpable, estuvo jugando contigo.

–Culpable o no, el que cometió aquel terrible crimen fui yo. Todavía me horroriza aquella escena. Las sábanas se tiñeron de rojo y ellos se convirtieron en dos peles. Durante unos segundos continué mirándolos, no podía creer lo que acababa de hacer –se pasó la mano por la frente como queriendo borrar aquella escena y luego continuó hablando–. Concluido mi crimen salí por la puerta trasera sin hacer ruido, ensillé mi caballo y galopé hacia mi barco. Hasta la mañana siguiente no descubrirían los cadáveres. Nunca me relacionarían con el crimen, pues como es natural había dado un nombre falso.

–Desde luego tuvo que ser terrible, pero en tu descargo puedo decirte que perdiste la razón.

–¿Te has vuelto sabio de la noche a la mañana?

–Nunca llegaré a serlo si tú no me ayudas.

Hubo unos momentos de silencio que Ghazalí rompió levantándose del banco al tiempo que decía:

–Te ruego que no vuelvas a sacar este tema –y cogiendo a su alumno por el brazo le dijo–: ven, tengo que enseñarte algo que he adquirido.

Abderramán lo siguió hasta la sala de derrota.

–Mira –le indicó mientras le mostraba un mapa–. Es de Albertino de Virga, un reputado geógrafo veneciano. Es el más perfecto y avanzado, ¿ves?, hasta los arrecifes están señalados. De ahora en adelante tendremos una navegación más segura.

Ambos estuvieron mirando aquel trabajo durante unos minutos.

–Está muy bien –comentó al fin Abderramán.

–Ya puede estarlo, pues ha costado buenos dineros –ambos rieron–, mira, también he comprado esta obra de Esquilo: *Agamenón*, es un drama basado en uno de los personajes de La Iliada.

–Te lo agradezco, esta noche empezaré a leerlo.

–Lo encontré a buen precio.

Abderramán pensó si no sería una obra escogida especialmente para él.

–Bueno, voy a dar un paseo por la ciudad pues mañana temprano abandonaremos de nuevo la tierra firme.

–Yo prefiero quedarme a bordo –contestó Ghazalí– pues terminaría en una posada rebosante de vino y he decidido hacerte caso. Que te vaya bien.

Abderramán paseó por las calles aledañas al puerto y volvió al barco en cuanto se ocultó el sol. Aquella noche y ya en el coy, no podía dormirse, la visión de la dantesca escena que le había relatado Ghazalí lo tenía desvelado, cómo podía cambiar la vida de una persona de la noche a la mañana. Ahora se explicaba los años huyendo, tanto de sus perseguidores como del horror que había vivido. En vista de que el sueño no acudía, encendió el farol y abrió el libro que su amigo había comprado y comenzó a leer la historia. Era una obra corta y lo atrapó desde el principio, tanto, que tuvo que terminar de leerla antes de intentar dormir.

“Ahora sí estoy seguro, esta obra ha sido elegida para reforzar la idea que él tiene sobre las mujeres”. Leyendo la escena en la que Clitemnestra y su amante aprovecharon que su esposo Agamenón se estaba bañando para lanzarse sobre él y asesinarlo con un hacha, comprendió que intentaba por todos los medios seguir reforzando su idea de la infidelidad. Para él no había ninguna mujer que fuera virtuosa y se reafirmó en su idea: *“Ghazalí odia a todas las mujeres”*.

Cerró los ojos y soñó con charcos de sangre, los de la judía se mezclaban con los de Agamenón. Él trataba de no mancharse. A lo lejos vio a Isabel y se acercó a ella para explicarle que las manchas de sangre que salpicaban su ropa no las había causado él. Ella no quiso escucharlo y Abderramán la vio alejarse entre asustada y entristecida.

Al despertar se sorprendió del sueño, pues aunque no la había olvidado nunca, hacía ya mucho tiempo que no pensaba en Isabel, ¿por qué la relacionó con las mujeres malditas?, ella no era así, estaba seguro.

Abderramán había visitado todos los puertos del Mediterráneo transportando sal de la albufera nueva de Adra, de Guardias Viejas, del Cerrillo y de Cabo de Gata. En Pechina habían embarcado lino y pañuelos de seda tejidos en Fiñana. También habían llevado en las bodegas almendras y azúcar. Conocía los rudimentos de la navegación e interpretaba los portulanos con la misma exactitud que lo hacía Ghazalí, que lo había adoptado como a un hijo. Se había

propuesto convertirlo en un buen capitán y lo estaba consiguiendo, al fin y al cabo sería su heredero, pues no tenía nadie a quien legar su fortuna y por ley natural fallecería antes que su joven amigo.

De nuevo estaban en Orán, ciudad que conocía ya tanto como la misma Almería. Abdalaciz se empeñó en acudir a un prostíbulo y Abderramán, cansado de oírlo, lo acompañó. Conocían la situación del más lujoso lupanar, así que desde el puerto atravesaron por el zoco y sin detenerse demasiado se encaminaron hacia el establecimiento.

Los atendieron como se suele atender a los que llegan con la bolsa repleta de los dineros que no han podido gastar en alta mar. Abdalaciz se lanzó sobre la primera joven que se atravesó en su camino y Abderramán quedó convencido de que lo de su amigo era vicio, pues ni siquiera era la más hermosa de las jóvenes que les ofrecieron. La verdad era que cada vez le atraía menos el visitar establecimientos de lenocinio y pagar por una mujer, pero al fin y al cabo era hombre y tenía sus necesidades. La tarde fue interesante, pues su compañera de alcoba resultó ser muy habladora y le estuvo contando las vicisitudes por las que había tenido que pasar hasta llegar a Orán. La verdad era que después de conocer su lamentable vida en la que el primero que la violó fue su propio padre, no sintió deseos de acostarse con ella.

La joven se había ido desnudando mientras hablaba y hablaba. Mostraba un cuerpo escultural, pero Abderramán tenía en su mente la situación de aquel padre degenerado y la humillación que debió de sentir la joven hija, así que terminó por decirle:

–Perdona, pero no me siento con deseos de yacer con ninguna mujer.

La cara de la joven se contrajo en una mueca en la que la desilusión y la humillación contrastaban con la alegría con la que había entrado en la alcoba.

–¿No soy lo suficientemente hermosa para ti?

Abderramán reaccionó de inmediato.

–Eres maravillosa, pero –trató de no defraudarla– he bebido demasiado, ya sabes, el vino no ayuda a la erección.

–Te ruego que no se enteren en la casa, sería una mala nota para mí, y aquí, y por primera vez en mi vida, he encontrado respeto y buen trato.

Por la mente de Abderramán no paraban de pasar pensamientos a cual más descabellado, “*¿respeto?, ¿buen trato?, claro que en esta vida todo es relativo, pobre mujer, cómo han debido de tratarla en otros lugares*”.

–No te preocupes, seguiremos aquí el tiempo que tú desees y no dudes nunca de tu atractivo, eres una mujer excepcional que no ha tenido suerte en la vida, sólo eso. Ahora charlemos, deseo conocer cosas de esta ciudad.

Abderramán se tumbó sobre el jergón y ella lo hizo a su lado cubriéndose el pecho con el sayal.

–Eres un hombre extraño pero me gustas, ¿qué quieres saber?

El joven pastor notaba el cuerpo caliente de la joven en su costado pero no sentía deseos de poseerla, era como estar acostado con la hermana que nunca tuvo.

–¿Dónde está el mercado de esclavos?

La joven se volvió hacia él, le había extrañado su pregunta.

–¿Piensas comprar una esclava?

La interpelación le hizo sentirse mal, pues había hablado con la mayor naturalidad del mundo, como si fuera una práctica habitual, y en realidad lo era, pero a él le resultó doloroso el reconocerlo.

–No, simplemente tengo curiosidad, pues en ese lugar vendieron a la mujer de la que estaba, y aún lo estoy, muy enamorado.

La joven levantó la cabeza y mirándole a los ojos, en los que vio la sinceridad de sus palabras, le dio un beso en la mejilla.

–Envidia a tu enamorada.

–Aún no me has dicho el lugar en el que está situado ese patio de monipodio.

–Justo en una exedra que hay en la plaza que se abre detrás del puerto.

–Me hubiera gustado conocerte antes que a ella, seguro que me hubiera enamorado de ti y te hubiera sacado de este lugar. Ahora es demasiado tarde.

Ella apoyó la cabeza sobre el pecho del pastor y derramó unas lágrimas sobre él, era la primera vez que lo hacía desde que fue violada por su padre.

–¿Qué te pasa?

–Que no estoy acostumbrada a ser tratada como un ser humano.

–Pues debes de acostumbrarte porque lo eres. Nunca te menosprecies porque uno vale lo que se hace valer, no lo olvides.

Aquella noche, encerrado en su camarote, recordó la conversación mantenida con la prostituta y él mismo se sorprendía de las palabras que le había dicho y agradeció a Ghazalí el que le hubiera hecho leer tantos libros. No era una persona instruida, pero sentía la necesidad de ir adquiriendo conocimientos.

Corría el año mil cuatrocientos noventa y cinco y Abderramán, junto a sus amigos, celebró su veintiséis aniversario. Durante los últimos tres años había leído La Odisea y La Ilíada, pues desechó a los filósofos, tal vez los leería cuando su cultura fuera más completa. Disfrutó con Aquiles y en la guerra de Troya no tuvo por menos que recordar lo que tantas veces le había dicho su maestro, pues los amores no permitidos entre Elena y Paris llevaron al desastre a dos pueblos. Disfrutó mucho con la estratagema del caballo. Parte de sus ganancias las empleaba en comprar los libros que Ghazalí le recomendaba. Leyó a al-Himyari, que hablaba de la ciudad de Pechina, conocida como Urs al-Yaman, es decir: “*tierra asignada a los yemeníes*”.

Los navieros, y gracias a los conocimientos y contactos que tenía Ghazalí, aumentaban sus ganancias en cada flete. Las tormentas los estaban respetando y los piratas no habían tenido ocasión de atacarlos. El capitán, y en un tugurio de puerto en el que estaba sentado con su socio degustando una jarra de vino, sacó la conversación.

–¿Has pensado en la posibilidad de doblar nuestra flota?

–¿Comprar otro barco?

Ghazalí contestó con un sonido gutural al tiempo que movía la cabeza en señal de afirmación.

–No se me ha ocurrido, ¿quién lo iba a mandar?

–Tú, naturalmente.

–No me creo preparado.

–Te voy a demostrar que sí.

–¿Cómo?

–De ahora en adelante tú serás el capitán y yo tu segundo.

–Podría hacerlo porque sé que en caso de duda estarás a mi lado, otra cosa es asumir yo solo toda la responsabilidad.

–Entonces, ¿en qué vas a emplear tus ganancias?

–En comprar tierras, ya sabes, en ellas puedes echar raíces –pensaba de nuevo en Isabel–, aunque la verdad es que hasta ahora no había pensado en nada, pero tienes razón, hay que invertir en algo.

Por enésima vez y de regreso a Al-Ándalus, tocaron el puerto de Orán. Allí siempre encontraban cargamento. Abderramán desembarcó con Ghazalí, pensaban recorrer los bazares por si encontraban algún libro interesante. Después de dar mil vueltas visitaron el zoco y en vista de que no vieron nada que mereciera la pena, volvieron a la casa del castellano. Tomaron un té con el joven y después de rebuscar en la caja que les sacó, Ghazalí escogió tres libros. Como Ghazalí pensaba visitar a un comerciante, al salir de la casona entregó los tomos a Abderramán diciéndole:

–Llévatelos para el barco, yo volveré temprano.

El joven caminaba despacio entretenido en mirar los tenderetes cuando un sexto sentido le hizo mirar hacia la puerta de una abacería. El corazón aceleró el pulso y a punto estuvo de flaquear. Instintivamente se ocultó detrás de un carro y, protegido de las miradas de su amada y de su dueña, la estuvo observando todo el tiempo que permanecieron paradas, parecían discutir sobre el camino a seguir. Era Isabel, no le cupo la menor duda. Se había convertido en una mujer de una belleza extraordinaria. Le hubiera gritado y hubiera corrido a abrazarla pero estaba en Orán, así que se limitó a seguirla a cierta distancia, ella nunca podría suponer que él estaba tan cerca. Entraron en dos establecimientos más y por fin, y cargada con pesadas capazas, enfilaron la calle principal hasta detenerse ante una gran casa. Aquel descubrimiento había vuelto a trastocar su vida, tenía que rescatarla pero, ¿cómo? Durante el resto de la tarde permaneció apostado por si su enamorada volvía a salir, quizás su dueño tuviera niños pequeños y ella, como hacía en Almería, podía salir a pasearlos. Las horas transcurrieron sin que nadie volviera a abrir el enorme portalón de aquella casa. La edificación estaba rodeada de jardines y recorrió la tapia. En el extremo opuesto a la puerta principal se abría otra puerta tras de cuyos barrotes estuvo contemplando los arriates y los macizos, todos plantados de rosales, celindos y mirtos. Una exuberante higuera ocupaba el centro y junto a la casa, un parral refrescaba la fachada. Aquel hallazgo le había producido una especie de aldabonazo en su adormecido ánimo y volvió a sentirse vivo, las ilusiones renacieron

y la idea de dejar el mar y establecerse en tierra firme cobró cuerpo. La ocurrencia que había tenido Ghazalí de comprar otro barco fue enterrada en el acto. Volvió a dar otra vuelta alrededor de la casa sin ningún resultado y cuando empezó a anochecer comprendió que ya nadie saldría, así que abandonó el acecho y se dirigió hacia el barco. En su mente, aletargada durante los últimos años, comenzaron a surgir tramas y enredos mediante los que pudiera liberar a Isabel. Qué hermosa era.

–¿Te ha ocurrido algo?, ya estaba preocupado, ninguna ciudad es segura después del anochecer –lo miró antes de agregar–. Además, ibas desarmado.

–Sí, me ha ocurrido algo extraordinario. He visto a Isabel.

Ghazalí lo miró sorprendido y de sus labios salió una dubitativa pregunta:

–¿La cristiana..., de Almería?

–La Isabel que vendió su dueño.

Aquello era sorprendente.

–¿Te ha visto ella?

–He procurado que no lo hiciera, pues no iba sola.

Por la mente de Ghazalí pasó la imagen de la judía y miró a su alumno en cuya cara se reflejaba la felicidad y supo que si no le ayudaba a conseguir salvar a la cristiana, aquel joven se iba a meter en un buen lío, pues trataría de resolverlo él solo y además, le echaría en cara durante toda su vida el que no le hubiera ayudado, así que le dijo:

–Tú conoces mi historia y sus consecuencias, ¿estás dispuesto a correr los riesgos que ese desigual amor comporta?

Abderramán lo miró sorprendido.

–¡Naturalmente!

–Entonces tenemos que solucionarlo, y lo haremos mañana.

–¿Me ayudarás?

–Sí, prefiero que te convenzas por ti mismo, de otra forma te reprocharás toda la vida sobre lo que pudo haber sido.

Abderramán se acercó al capitán y lo abrazó.

–Gracias, me has hecho el hombre más feliz del mundo.

–Te advierto que habremos de hacerlo a mi manera. Nadie debe de sospechar que escapa en nuestro barco. Las represalias por las que tuve que pasar no pueden repetirse.

–Estoy de acuerdo.

–Entonces retirémonos. Por la mañana tendré un plan perfectamente diseñado.

Abderramán no supo si Ghazalí había dormido, él desde luego no pudo pegar ojo en toda la noche. Isabel estaba tan cerca que hasta podía oler su perfume.

–Escribe una nota y dile que estaremos vigilando su casa durante todo el día.

Le dijo Ghazalí como saludo. Ambos habían madrugado más que de costumbre.

El pastor tardó poco en hacerlo, era como si escribiendo la nota pronto, ella llegaría antes a sus brazos.

Los estibadores comenzaron a cargar el barco y el capitán dejó a su alumno la tarea de supervisar la operación.

–Yo voy a ocuparme de otros menesteres –dijo en voz alta para que lo escucharan el timonel y el contraestre, que andaban cerca.

¿Por qué no le explicó el ardid que había maquinado para recuperar a su amada? Tuvo que reconocer que Ghazalí era un hombre extraño y poco comunicativo. Cómo tuvo que sufrir con su desgracia, pues fue incapaz de desahogarse con nadie. De todas formas, era un hombre extraordinario, a él lo había tratado como a un hijo. El que estuviera dispuesto a ayudarlo después de una experiencia tan negativa como la que tuvo, había que tasarlo en lo que valía.

Ghazalí se dirigió hacia la casa que con tanto detalle le había descrito Abderramán. Abrió la puerta del jardín y se acercó a la gran puerta de madera claveteada de gruesos clavos dorados. Asió la pesada aldaba y dio dos golpes sobre la brillante base de metal. Apenas tardó unos momentos en girar sobre sus fallebas.

–¿Qué desea?

Quien así le preguntaba era una joven muy bella de ojos grandes y pelo rubio, tenía que ser ella, por eso no dudó en preguntar.

–¿Eres Isabel?

La doncella se estremeció y tardó algunos segundos en contestar, ¿quién podía ser aquel caballero de pelo canoso y porte tan imponente? Nada podía perder al responder, pues nada tenía, así que mirando hacia el suelo y con una voz apenas perceptible le contestó:

–Sí, ¿quién sois vos?

–Tu bienhechor –y sin ninguna pausa agregó–. Me envía Abderramán. Lee esta nota y di a tu señor que ha sido una equivocación.

Isabel lo miró asombrada. Cogió la nota y quedó paralizada hasta que el caballero desapareció de su vista.

–¡Quién es!

Se oyó una voz desde el interior de la casa.

–¡Preguntaban por un comerciante que no es el señor, alguien le ha informado mal!

Isabel se secó el sudor que empapaba su frente y guardándose en la faltriquera el papel que le quemaba en la mano volvió a la cocina. Por el camino recordó al joven en el que nunca había dejado de pensar, pues olvidarlo hubiera sido como morir. El recuerdo de aquellas tardes en el puerto la mantenía viva.

¿Cómo habría dado con ella después de tanto tiempo?, se preguntaba ilusionada, pero había otras interrogantes que deseaba averiguar, ¿quién era aquel caballero dispuesto a ayudarles?, ¿cómo podrían liberarla? Aquella mañana se había removido en su corazón una esperanza sin la cual es imposible seguir viviendo cada día. Aunque no consiguieran liberarla, sabía que alguien pensaba en ella y ése era motivo más que suficiente como para sobrevivir a la humillación y al trato vejatorio en el que se desarrollaba su vida. En la casa de Almería era mejor tratada, cómo odiaba a su nuevo amo. Nunca recibió de él sino afrentas, golpes e iniquidades.

Hasta el mediodía no tuvo ocasión de leer la nota.

“Soy Abderramán. Estos años he vivido porque tenía la esperanza de encontrarte. Ayer fue un día muy feliz, pues te vi. Cómo tuve que contenerme para no correr hacia ti y abrazarte. Estaré vigilando tu casa todo el día. No intentes coger nada, así no levantarás sospechas. Quizás la noche, cuando todos duerman, sea el mejor momento para escapar. Te amo”.

Estaba temblando y emocionada. Aunque no tuviera un buen fin, merecía la pena intentarlo. Volvió a leer aquel trozo de papel. *“Mi querido Abderramán, qué bien me haces. Dios mío, ayúdame una vez siquiera, ya he sufrido bastante en esta vida”.*

Se secó las lágrimas y volvió al trabajo. Hoy tenía que esforzarse más que nunca. El día se le iba a hacer interminable.

Ghazalí paseó la calle hasta el final y una vez situado a suficiente distancia de la casa como para no despertar sospechas, se afirmó la espalda sobre la fachada de una bocacalle y esperó acontecimientos. A media mañana la vio salir, iba en compañía de un hombre mayor y de otra señora también de edad. Isabel miró hacia todas partes y en una esquina, mirando con disimulo, vio al caballero que le había entregado la nota. Su corazón se alegró y enseguida miró hacia otro lado no fuera a delatar a su salvador.

Estaba claro que aquella no sería la ocasión esperada, no obstante, Ghazalí los siguió a distancia. Una vez en el zoco, y aprovechando un momento en el que Isabel quedó despegada de sus acompañantes, se acercó hasta casi rozarla. Ella lo advirtió y como un susurro le dijo: “*Esta noche, sobre las once*”.

Enseguida se separó de la joven y no volvió a pasear por las calles no fueran a relacionarlo con ella.

Abderramán lo vio regresar y corrió a su encuentro.

—¿La has visto?

—Sígueme —le exhortó el capitán.

Recorrieron la cubierta y subieron al castillo de popa. Ghazalí se sentó en la borda.

—Dímelo ya, ¿la has visto?

—En el zoco. Me ha dicho que tratará de escapar sobre las once de la noche. Ya he avisado a las autoridades del puerto de que saldremos antes de que amanezca. Quiero que quede bien claro que no adelantamos la salida por ningún motivo inconfesable.

—¿Qué le has dicho a Isabel?

—Ha sido ella la que me ha comunicado que escapará sobre esa hora en la que presumiblemente dormirá toda la casa.

Seguidamente le explicó con todo detalle el suceso de aquella mañana.

—Dios mío, gracias por ayudarnos.

—Todavía no la hemos rescatado.

—El día se me va a hacer eterno.

No quería que los demás se dieran cuenta de su nerviosismo y por ello dejó de pasear la cubierta y se metió en su camarote. Cogió un libro y comenzó a leer.

La verdad era que no comprendía nada, su mente estaba ocupada en recordar las tardes vividas junto a Isabel. Ahora se daba cuenta de que no le había contado cómo llegó hasta la casa de Almería, tampoco le refirió nada sobre cuando la separaron de sus padres, sólo que estaban muertos. En su camarote tenía una taquilla, por algo era armador, y dando un salto se bajó del coy y la abrió. Hasta ahora no le había interesado, pero ahora necesitaba saber el dinero con el que contaba. A través de don Pedro indagaría sobre alguna alquería que hubiera en venta y la compraría, el barco sería para Ghazalí, que le diera el dinero que quisiera y desde luego tendría una alcoba en la casa para cuando deseara visitarlos. Tomó nota de los pagarés refrendados por la taula de canvis de Barcelona y comprobó con satisfacción que si las tierras no habían subido demasiado, podría disfrutar de una buena casa en la que los frutales y las hortalizas le dieran para vivir mejor de lo que lo hizo en su pueblo con las cabras. Su imaginación se desbordó y cerró el libro, él tenía en su mente uno por escribir. Tendrían varios hijos y desde pequeños aprenderían a leer y a escribir, tenía una esposa mucho más sabia que él, así que procuraría comprar más libros y desde luego, comenzarían con las fábulas de Esopo, nada de empezar leyendo a Ovidio, se sonrió.

Al atardecer apareció por cubierta. Los estibadores habían terminado de embarcar todas las mercancías y los marineros cerraron las compuertas del combés y dispusieron las jarcias para zarpar al amanecer del siguiente día.

Ghazalí bajó por la pasarela y se dirigió hacia el edificio que albergaba el Consulado del Mar. Pagó los arbitrios y se despidió del cónsul.

–Quiero salir mañana antes de que salga el sol, pues tengo por delante una larga singladura.

–Que tengas buena travesía.

–Hasta pronto, pues paso más tiempo en Orán que en ningún otro puerto.

El alto funcionario se sonrió, pues últimamente lo veía con frecuencia.

Aquella noche y antes de que la tripulación se acostara los reunió en cubierta.

–Saldremos antes de que el sol despunte. ¡Ah!, se me olvidaba, esta madrugada llegará desde lejos un familiar de don Pedro de Granada, viene desde el interior y embarcará en cuanto llegue. Es una señora de edad que anda enferma y seguramente no saldrá del

camarote en toda la travesía. Yo, por sí o por no, no me acercaré mucho, pues el mal que sufre puede ser contagioso.

Todos los miembros de la tripulación se miraron sorprendidos y sobre todo, molestos, pues meter a una enferma a bordo era una temeridad, era cosa sabida. Descontentos por la actitud de su capitán, por muy familia que fuera del tal don Pedro, se retiraron hacia el sollado.

Nada más dar las diez en el reloj del puente, Ghazalí salió hacia la casa de Isabel. Era una noche tranquila y aparte de los ladridos de algún perro, no se oía nada. Se sentó sobre la repisa que hacía la pared de un huerto cuya verja continuaba alambrada y esperó impaciente hasta que vio un bulto salir de la casa, ni siquiera oyó el chirriar de la puerta de hierro que cerraba el jardincillo, y es que Isabel, y aquella misma tarde, le había echado un poco de aceite a los goznes. Ghazalí lo supo después.

Las dos sombras, sin despegar los labios, se deslizaron por la oscura calle. Caminaba la una detrás de la otra. Llegaron al puerto y Ghazalí abrazó a la cristiana y se hizo pasar por borracho. La vigilancia ni siquiera le prestó atención, era la escena más normal del mundo.

Abderramán tenía abierta la puerta de su camarote, así que los dos bultos entraron en él. Ni siquiera intentó encender el farol.

—Aquí te la entrego —dijo el capitán al tiempo que se retiraba, aquellos instantes debían de ser para ellos.

Abderramán levantó el velo que cubría la cabeza de Isabel y ambos se fundieron en un interminable abrazo.

—No hables —le decía él mientras secaba con los labios las lágrimas que inundaban su cara.

—¿Cómo lo has conseguido? —musitó ella.

—Con paciencia y con fe. Ahora no habrá fuerza humana que me separe de ti.

Hubo pocas palabras y muchas lágrimas.

—Bueno, ahora procura dormir, yo no podré hacerlo. No es conveniente que salgas del camarote, la tripulación cree que eres una señora mayor y muy enferma.

Ambos se sonrieron. Abderramán besó los labios de Isabel y deseoso de respetarla hasta que fuera su esposa, abandonó el camarote y sin despedirse siquiera cerró la escotilla.

El barco soltó amarras y cuando el sol iluminó las edificaciones más elevadas del puerto, habían doblado la escollera poniendo proa hacia el oeste.

Abderramán imaginaba el revuelo que se habría formado en la casa del viejo hacendado. Isabel estaría siendo buscada por toda la ciudad. El día era radiante y lo reflejaba la cara del antiguo pastor, que no se atrevió a llamar a la puerta del camarote de su amada hasta que llegó la hora de comer.

–¿Quién es?

–Abderramán.

Contestó como un susurro e inmediatamente empujó con suavidad la escotilla y entró sin dejar de mirarla. Ella se lanzó a sus brazos y estuvo llorando de felicidad.

–¿Qué va a ser de mí?

–Serás mi esposa, si lo deseas, y viviremos libres en tierra de cristianos.

–¿Te dejarán tranquilo a ti?

–Me dejarán, ahora soy un naviero respetado en uno y otro lado del mar.

Ella, y sin dejar de llorar, lo abrazó con más fuerza, aquello no era un sueño, Abderramán estaba allí y era de carne y hueso.

–Enseguida te traigo algo de comer, debes de estar hambrienta.

Isabel asintió.

Camino de la cocina se encontró con Ghazalí.

–¿Todo va bien? –le dijo al pasar junto al enamorado.

Abderramán movió la cabeza en señal de asentimiento cosa que no hubiera sido necesario hacer, pues su sonriente semblante lo reflejaba.

–Voy a llevarle algo de comer.

Se imaginó su estado de felicidad y pidió a los dioses de cada uno de ellos que pudieran disfrutar de una felicidad como la que él plugo, aunque fuera efímera.

La tripulación, aunque no sabía el lugar en el que viajaba la anciana, no intentó siquiera asomarse a ninguno de los camarotes de sus navieros. Nadie quería ver a una vieja enferma. Estaban deseando de llegar a tierra, pues las mujeres a bordo, y más si arrastraban alguna enfermedad, no podían acarrear sino desgracias.

Abderramán no quiso visitarla con demasiada frecuencia y lo pasaba mal, pues teniéndola tan cerca se privaba de su presencia. *“Todo sea por su seguridad y por la nuestra, Ghazalí tiene razón, ya tendremos tiempo de estar juntos”.*

Sentado en el puente, veía pasar la costa africana mientras pensaba en cómo adquirir tierras. Se bautizaría y don Pedro podría

dar fe de su sinceridad, al fin y al cabo ambos eran del bando de los perdedores y tenían que sacar algún provecho de los cristianos.

Atracaron a media tarde. Lo mismo fue amarrar las estachas a los norayes, que quedar el barco vacío. Todo el mundo corrió hacia las posadas y prostíbulos. El capitán había dado franco a toda la tripulación, sólo los armadores quedaron a bordo. Cuando toda la expectación que había despertado su arribo se despejó, Abderramán asió a la mujer por el brazo y la ayudó a descender por la pasarela.

–Te llevaré a la posada más alejada del puerto. Eres familia mía. Ella escuchaba sus palabras con verdadero deleite.

Era casi anochecido cuando llegaron a la posada y para ello hubieron de pasar por delante de la casa de su antiguo dueño. Isabel se acordó de los niños a los que quería, ellos no tenían culpa de nada.

–Necesito una habitación para una señora.

Dijo al posadero.

–¿Cuántos días se va a quedar?

–No lo sabemos todavía, han de venir a recogerla desde el interior.

–Aquí está la llave, es la puerta del fondo.

Entraron para verla, no era muy lujosa que digamos, pero tenía ropa limpia, una pequeña alhacena y una palangana de barro sobre un armazón de madera de la que pendía un espejo. Lo mismo fue traspasar la puerta que abrazarse. Las bocas buscaron los labios y se entreabrieron para inquirir con desesperación los apasionados besos que ambos habían dado por perdidos.

–Bueno –a ambos les faltaba la respiración–, antes de que cierren el zoco vamos a comprarte alguna ropa.

Ella lo agradeció, pues llevaba el mismo traje desde la noche de la escapada. Ahora vestiría ropa castellana, ¿cómo se vería con ella?, el paso del peligro despertó la coquetería que toda mujer lleva en su interior y con disimulo se miró en el espejo que sujetaba el armazón de la jofaina.

–Vamos –en una ojeada habían visto la habitación, la verdad era que había poco que ver.

La sonrisa de Isabel, que salió a la calle con una alegría desbordante, llenó de felicidad al armador. Dios, o Alá, lo habían escuchado, o quizás lo hubieran hecho los dos.

Abderramán se cristianizó con el nombre de Fernando, la elección la hizo su amada y explicó la causa por la que lo había elegido.

–Así seremos Isabel y Fernando, lo mismo que los reyes cristianos.

Al naviero le pareció bien. Su padrino fue don Pedro de Granada y Ghazalí actuó de testigo.

Inmediatamente, y antes de que el barco zarpara, el nuevo cristiano anduvo viendo alquerías. Llegó hasta el término de Berja y en un anejo llamado Id-caudid¹⁸ encontró una propiedad que le pareció ideal, cerca de la hacienda se erigía una zaüia¹⁹ que recientemente había sido consagrada. El que Isabel fuera cristiana vieja les facilitó la compra. El predio estaba situado en un valle muy frondoso y cerca de una fuente que, merced a una pequeña mina que habían horadado debajo de una colina, manaba un brazal vivificante de agua fresca que regaba el valle y que estaba organizada en tandas. Cada regante disponía de unas horas, Abderramán distribuía el agua en dos brazales, uno regaba la huerta y otro era conducido a través de acequias hasta una balsa de grandes dimensiones que regulaba los riegos. Abderramán vio enseguida una fructífera vega en la que podría vivir tranquilo y crear una familia. Desde la ventana de su alcoba podía ver la nieve en la cumbre de la sierra. Él sabía que en la otra vertiente estaba Granada.

A Ghazalí le agradó la alquería y se lo dijo a su pupilo con total franqueza.

–Me parece magnífica. Son las tierras ideales cuando has decidido dejar el mar.

En el fondo, nunca estuvo convencido de que su socio hubiera tomado una buena decisión. Ojalá no tuviera que arrepentirse.

–He querido que la vieras para que puedas venir a visitarnos, ésta será siempre tu casa.

–Yo vuelvo a la mar, sabes que mi vida está en ella.

–Sí, pero ese viejo barco tendrá que entrar en las atarazanas para ser carenado o calafateado.

¹⁸ Alcaudique.

¹⁹ Especie de ermita en la que están depositados los huesos de un santón.

–En eso tienes razón.

–Pues ya sabes, los días que estés en dique seco ven a disfrutarlos con nosotros.

Isabel, con una sonrisa angelical, asentía con la cabeza, Ghazalí la había ayudado a salir de su esclavitud y le estaría agradecida mientras viviera, además, tenía un cierto parecido con su padre.

Como en la anterior compra del navío, habían hecho un documento. Abderramán no lo creyó necesario, pues confiaba plenamente en su amigo, pero Ghazalí se empeñó.

–En esta vida no se sabe nunca lo que puede ocurrir y es mejor tenerlo todo legalizado.

–Está bien.

El capitán abandonó la alquería después de la celebración de los esponsales que ofició el párroco de Berja. Hubo una pequeña fiesta a la que invitaron a sus vecinos más cercanos, aún no conocían a nadie.

Abderramán lo llevó a Almería en un coche de caballos que acababa de adquirir. Durante el trayecto hablaron de todas las peripecias que habían vivido juntos. En los ratos en los que ambos guardaban silencio, Ghazalí no dejaba de pensar en lo que hubiera sido su vida al lado de la judía. Vio tan feliz a su pupilo que tuvo que admitir que había obrado bien al ayudarlo, Abderramán lo merecía. *“Ojalá que Isabel sea una de esas mujeres leales, después de todo la excepción confirma la regla”*.

Los primeros días junto a Abderramán serían imborrables. Asomada a la ventana de su alcoba, Isabel recordaba los apuros por los que tuvo que pasar en su noche de bodas. En los días previos se encontró sola. De niña, y en la casa de su abuela, se celebraron los esponsales de una hermana de su madre. Fueron días de ajeteo, a ella no le permitían entrar en las habitaciones en las que se cuchicheaba, ahora lo comprendía, seguramente que instruían a la novia sobre las obligaciones que tendría ante su esposo. Ella no tuvo ningún consejo ni por parte de madre ni de tías, cómo las echó de menos. Las mujeres de la familia la hubieran preparado para mantener el primer encuentro con su esposo. Ella se encerró en la alcoba y se aseó cuanto pudo, pues el día había sido caluroso, pero no dispuso ni de ungüentos ni de esencias para rociarse la piel, la única vez que estuvo en el zoco lo hizo en compañía de Abderramán y no se atrevió a comprar ni perfumes ni cremas, ¿qué hubiera pensado él? Muerta de vergüenza y de miedo,

se vistió con las ropas nupciales y se metió bajo las sábanas antes de que entrara su esposo, hubiera sido embarazoso que la hubiera encontrado de pie. Se tapó con el embozo todo lo que pudo y esperó el inevitable encuentro. Tampoco Abderramán fue instruido sobre sus obligaciones ni tan siquiera fue advertido de la delicadeza con la que debía de actuar con una mujer que aún no había conocido varón, así que permaneció en el porche hasta que consideró que Isabel se hubiera preparado y, muy nervioso, anduvo el breve trecho que lo separaba de la alcoba. En la estancia sólo había un candil encendido. Ni siquiera se atrevió a mirarla de frente, pero la observó de soslayo durante unos instantes. Isabel estaba acostada y tapada hasta los ojos. Había deseado este momento más que nada en el mundo y lo había imaginado muchas veces, pero ahora estaba aterrorizado, habían tenido poco tiempo para conocerse. Sentado sobre el tálamo y sin decir palabra, Abderramán comenzó a desnudarse. Por los movimientos del jergón, la esposa adivinaba la prenda de la que su esposo se iba desprendiendo. Antes de destapar la cama, Abderramán sopló el candil y se acercó al cuerpo de su esposa que estaba envuelto en sedas. Buscó su boca mientras sus manos luchaban con lazos que torpemente iba soltando. Cuando por fin sintió el tibio cuerpo de su esposa se enardeció de tal manera, que como en su primer encuentro, hubo de apresurarse para que aquel deleite no se consumara en solitario. Para Isabel fue más doloroso de lo que nadie le hubiera explicado nunca, pero estaba tan enamorada de su esposo que sufrió con estoicismo el penetrante dolor que Abderramán le infligía. Ambos se entregaron sin reservas. Nadie preparó a la novia frotando su piel con esencia de jazmines, ni la acicaló con lazos ni perifollos, pero para la esposa sería la noche más mágica de su vida. Abderramán no dejaba de acariciarla, tenía que convencerse de que no era un sueño, Isabel estaba con él y lo amaba.

Gracias a la tunecina, el antiguo pastor de cabras supo cómo actuar, aunque era la primera vez que yacía con una mujer virgen, pero no pudo evitar que Isabel lo pasara mal, no era eso lo que él había imaginado.

La compenetración de la joven pareja se fue logrando a medida que iban pasando los días y su pasión no tuvo límites. Jamás volvió a recordar a las mujeres que en los prostíbulos fueron sus maestras, Isabel era su vida. La candidez y el candor suplieron su inexperiencia y poco a poco los esposos se convirtieron en amantes que disfrutaban cada día de la oportunidad que la vida les había brindado.

Con los dineros que Ghazalí le adelantó, Abderramán arregló la casa, reparó el horno y comenzó a levantar balates. La mitad de las paratas estaban con barranqueras provocadas por los arrastres de las lluvias. Aquellas tierras llevaban mucho tiempo sin ser cultivadas y le iba a costar bastante ponerlas de nuevo en producción, pero tenía una vida por delante.

Isabel era todo lo contrario de lo que Ghazalí le había dicho y sentirla en sus brazos cada noche era un sueño. Después de una dura jornada, la sonrisa de aquella mujer, que Dios puso en su camino, era como un bálsamo que lo relajaba y le daba serenidad. Muchas noches se despertaba y le parecía imposible haber conseguido tanta felicidad, y todo se lo debía al “Largo” de Vera, entonces se sonreía y abrazaba a Isabel para seguir durmiendo. Al levantarse, cada mañana se dirigía hacia el establo y sin que Isabel lo observara, se ponía de hinojos sobre la esterilla que ocultaba detrás de unos herpiles de paja y rezaba la oración de la mañana. Ocultarle a Isabel esos minutos de intimidad con su Dios no lo consideraba una traición.

Los meses pasaban con una velocidad increíble y antes de que recogiera la primera cosecha llegó su primer hijo. Isabel estuvo atendida por la partera y por las sirvientas de la casa, dos señoras que habían pasado por ese trance en varias ocasiones. Aquel suceso colmó la felicidad de la pareja.

En quien primero pensó Abderramán fue en Ghazalí, que andaría navegando por esos peligrosos mares, le hubiera gustado ponerle el nombre de su amigo, pero las aguas religiosas andaban revueltas y no quiso poner palos en el futuro de su hijo, que ya no sería un cristiano nuevo.

A la celebración acudieron sus cuatro vecinos con todos sus familiares, así como el párroco que los casó y que en compañía del beneficiado había bautizado a su primogénito. Isabel no dijo nada, fue Abderramán el que habló. Primero lo hizo con el sacristán y luego con el cura. El nombre que eligieron fue el del padre de Isabel: Tomás.

Aquella noche, y después de la fiesta, Isabel estuvo pensando que quizás su esposo se hubiera convertido a la verdadera religión, que sin duda era la cristiana, pero también podía haber ocurrido que, como muchos musulmanes, lo hubiera hecho como garantía de seguridad. De cualquier forma se alegró al comprobar que aunque no lo hubiera hecho lo querría igual, no hay reyes, por muy poderosos que fueran, que sean capaces de cambiar las creencias

que uno ha aprendido desde pequeño y que lleva arraigadas en el corazón. ¿Qué culpa tenía él, o ella misma, de haber nacido en el seno de una o de otra familia? El nacimiento no se elige y Dios, mejor que nadie, debe de saberlo, así que no podía castigar a quien, de buena fe, practicaba la religión que sus mayores le han inculcado.

Hacía más de un año que Ghazalí había regresado a la mar y desde entonces no había vuelto a dar señales de vida, eso sí, en las dos ocasiones en las que Abderramán fue a Almería para comerciar con los productos de su huerta, encontró en la casa de don Pedro de Granada los pagos del débito pendiente. ¿Por qué no había venido a la alquería?, al menos podía haber enviado una nota con alguien. Abderramán comenzó a preocuparse, pues bien sabía él los peligros que entrañaban las tempestades. Más de una vez y refiriéndose a don Pedro, lo había pensado: *“Se sufre más esperando que si vas embarcado, pues la espera, y sin saber los avatares por los que cada día vas pasando, es siempre más preocupante”*. En más de una ocasión temió que le hubiera ocurrido alguna desgracia, y bien sabía Dios que no era por cobrar los dineros que todavía le debía.

Abderramán había sido pastor toda su vida, así que en cuanto pudo se acercó a la feria de Ugíjar y compró un hatillo de cabras, fue como recuperar parte de su pasado. Un zagal de Berja se encargaría de pastorearlas. Su casa iba adquiriendo riqueza y hubo de agrandar trojes y cuadras. En la primavera plantó higueras y morales, la seda era un producto muy demandado, en la propiedad ya existían olivos, almeces y almendros, además de algunos frutales. También reparó la almazara con prensa de viga, la próxima cosecha no tendría que pagar maquila por su aceite.

En el último viaje a la capital visitó una abacería, le habían informado que su dueño también traía libros de los más extraños países, pero Abderramán en aquella ocasión sólo deseaba adquirir un libro: la Biblia.

—Tengo lo que deseas. Mira qué terminación. Es una traducción al castellano de la Vulgata. Ya sabes, la obra de S. Jerónimo.

Abderramán no lo sabía, pero sí su esposa. Aquel libro podría estar en un anaquel y a la vez que daba prestancia a su casa ahuyentaba para siempre las posibles dudas sobre su sincera conversión.

Isabel lo abrazó y tomando el libro entre sus manos lo hojeó. El lomo estaba adornado con incrustaciones doradas. Aquel tomo le recordó la biblioteca que su padre tenía en la planta alta de su casa.

A partir de aquel día, la esposa leyó pasajes del libro sagrado que casi tenía olvidados. También lo hizo Abderramán. En ocasiones lo hacían juntos y era Isabel, mucho más versada que su esposo, la que leía en voz alta. Una noche en la que estuvo desvelado se levantó con mucho cuidado y encendiendo un candil se sentó junto a la chimenea, ni siquiera intentó encenderla pues la temperatura era agradable. Había cogido del estante el libro de la Biblia. Lo abrió al azar y sus ojos se posaron en el epígrafe: LOS ESCLAVOS.

Ya no intentó buscar más, aquellas letras se habían clavado en su mente y le resultó lacerante, Isabel estuvo sometida a la inhumana condición de sierva y deseó conocer lo que el libro sagrado decía de la esclavitud.

“Éstas son las leyes que les impondrás: si compras un esclavo hebreo, te servirá durante seis años, pero al séptimo quedará libre sin pagar nada. Si vino solo, solo saldrá; si estaba casado, su mujer saldrá con él. Si fuese su amo el que le dio mujer, y tuvo de ella hijos, la mujer con los hijos será de su amo y él se irá solo. Pero si el siervo dice: *yo quiero a mi amo, a mi mujer y a mis hijos; no quiero salir libre*, el amo le hará presentarse ante Dios, y luego, arrimándolo a la puerta de la casa o a su poste, le perforará la oreja con un punzón; y será siervo suyo para siempre”.

Abderramán levantó la cabeza con lentitud, se sentía triste y compungido, le parecía imposible que aquellas normas estuvieran contenidas en un texto religioso. Aquel libro era sagrado para hebreos y cristianos. Los años en los que Isabel vivió bajo el yugo de sus amos no se le iban de la cabeza. Cerró el libro con desencanto y volvió a colocarlo sobre el estante. “*No volveré a leerlo*”, se dijo para sí. Ghazalí tenía razón, la mitología resultaba más entretenida. Volvió a acostarse pero le fue imposible dormirse.

–Esta madrugada te oí levantarte –le dijo Isabel al escuchar que se incorporaba–, ¿te encontrabas mal?

Abderramán la miró con ternura, nunca podría olvidar los años que su esposa fue tratada como un animal, y nunca perdonaría a sus amos.

–No, no me podía dormir y decidí levantarme. Estuve leyendo un capítulo de la Biblia.

–Me alegro.

–Yo no.

–¿Por qué?

–Porque lo que leí sobre los esclavos y los siete años en los que hasta Dios permite que lo sean...

–Ya, estuviste leyendo el libro del Éxodo.

–Seguramente.

–Habrás de saber que los cristianos conservamos esa parte histórica del libro sagrado pero nuestras creencias sólo son firmes a partir de la venida de Cristo.

Qué podía decir, de todas formas las religiones eran sólo ataduras y siempre estarían al servicio de los poderosos, no le cupo la menor duda.

Dos años habían pasado desde que celebraron sus esponsales y Dios bendijo a la familia con el nacimiento de su segundo hijo. En esta ocasión le pusieron el nombre del hermano de Isabel, en la familia de Abderramán no hubo nunca nombres cristianos. La celebración fue más ostentosa. La casa de Abderramán era más conocida y acudieron las autoridades de Berja y algunos negociantes con los que el hacendado tenía relaciones comerciales. Se mataron pollos y corderos y se prepararon salsas y aderezos. El vino fue traído de la Contraviesa y fue celebrado por los comensales.

En tan señalada ocasión, Abderramán volvió a echar de menos a su bienhechor. Ya había saldado la cuenta pendiente, pero siempre a través de don Pedro de Granada, ¿por qué no volvió nunca?, esa pregunta se la hacía con frecuencia y le dolía que no lo hubiera hecho.

Estaba anocheciendo y los invitados se habían marchado. Los criados estaban recogiendo las mesas formadas por tablonces de madera sobre trípodes cuando irrumpió en la alquería un coche de caballos. El dueño se acercó para conocer la identidad de los visitantes que, evidentemente, llegaban a su casa con bastante retraso, pues el festín había terminado hacía una hora.

Fue una gran sorpresa y no tuvo por menos que gritar:

–¡Ghazalí!

Los sirvientes levantaron las cabezas y por unos instantes se detuvieron en sus quehaceres.

La primera singladura que Ghazalí hizo en solitario, embarcó seda procedente de las Alpujarras, aunque ya tuvo que pagar los aranceles que la corona de Castilla había fijado y que gravaban los costes en origen por lo que las ganancias forzosamente habrían de disminuir, la competencia era muy fuerte. Completó el flete con cerámica, utensilios de hierro forjado y sal de cabo de Gata.

Era el primer viaje que hacía sin su socio y lo echó de menos. Sentado en la popa se estuvo preguntando, ¿abandonará la afición a la lectura?, pues en la mar hay más tiempo libre que en tierra firme.

En varias ocasiones, y en distintos puertos, compró algún libro para llevar a la alquería en cuanto la visitara. Las dos veces que tocó en el puerto de Almería estuvo tentado de ir a Berja pero desistió, tenía sus temores. ¿Y si aquella felicidad que él mismo palpó en la ceremonia de los esponsales no había durado? La verdad era que tenía miedo de comprobar el fracaso. Sin volver, podía creer que por fin había habido alguien que disfrutó de una apacible pasión junto a la mujer que amaba.

Abdalaciz no llegó nunca a ocupar el lugar que su discípulo dejó. El proscrito de Vera no mostró nunca interés por aprender, sólo le interesaban los prostíbulos y los tugurios. Últimamente había descubierto el juego y ello fue su perdición. De hecho, había puertos en los que ya no podía desembarcar si no quería ser apaleado o muerto de una estocada. Ghazalí estaba enterado de sus vicios pero nada podía hacer, el jugador era un adulto.

Estambul volvió a presentarse ante la vista de todos los hombres de Ghazalí. Él mismo se emocionó, aquella ciudad le traía tantos recuerdos...

Como siempre, atracaron en el Cuerno de Oro cuando casi anochece. Las maromas tensaron la nave que quedó prácticamente pegada a las defensas de esparto. El contraamaestre dirigió la maniobra de ataque y estachas y velas quedaron recogidas en unos momentos. Había realizado tantas veces esta maniobra que ya era una rutina. Cada hombre sabía lo que tenía que hacer y lo hacía con prontitud y eficacia.

La temperatura era magnífica pero dada la hora, nadie bajó a tierra. Los faroles del puerto comenzaron a encenderse a la par que lo hacían algunos fanales de los barcos allí surtos.

El capitán pidió un jarro de vino y lo apuró de un trago, estaba sediento. Abderramán tenía razón, estaba volviendo a beber con la misma ansia y necesidad con la que lo hacía en aquellos años oscuros de Vera y recordó las palabras de su padre: *“Un capitán tiene que estar siempre sobrio, pues tiene una gran responsabilidad, la tripulación depende de él”*. En aquel momento se prometió no volver a beber durante la navegación, pero ahora estaba en tierra firme y no tenía nada mejor que hacer.

Estambul amaneció en viernes. Toda la tripulación, excepto la guardia, desembarcó en cuanto el sol iluminó la cúpula de la mezquita de Santa Sofía. Ghazalí hizo las oportunas gestiones ante la autoridad portuaria y enseguida acudió a los almacenes de sus proveedores.

Desde el mismo instante en el que abandonó el puerto, tuvo la sensación de que alguien lo seguía. Instintivamente palpó su puñal y en cuanto tuvo ocasión entró en un establecimiento de guarnicionería. Pareció interesarse por una montura ricamente trabajada y gualdrapeada de terciopelo granate, pero sin dejar de mirar hacia el exterior. Un hombre joven, no tendría más de veinticinco años, con turbante y vestiduras blancas, permanecía agachado pretendiendo ajustarse las correas de sus sandalias. Ghazalí salió de inmediato y por el rabillo del ojo comprobó que el hombre se enderezó y lo siguió de cerca. Hizo la misma operación en dos ocasiones mas con el mismo resultado, cualquiera que lo hubiera observado diría que las sandalias de aquel joven tenían algún defecto. La pregunta que se hizo el capitán fue sencilla: ¿quién podía estar interesado en su persona después de tantos años? La verdad es que no encontró respuesta, pero eso sí, desde ese momento estuvo ojo avizor para poder dar la réplica si era atacado. Nunca pensó que nadie se hubiera atrevido a cometer un asalto en medio de tanta gente, o quizás sí, recapacitó de repente. Dar una puñalada y seguir andando era una manera de no ser descubierto, pues en cuanto cayera al suelo, la gente prestaría atención al herido, no al que pasaba junto a él. En cuanto pudo, entró en una posada y estuvo pendiente de la puerta. Nadie entró tras él, debía de estar apostado en espera de que saliera. Comió más que bebió pero, adrede, se entretuvo más de lo normal. Si cuando abandonara el establecimiento aquel joven seguía con los problemas de sus sandalias no cabría ya la menor duda de que iba a

por él, aunque bien podría ocurrir que solamente fuera el encargado de seguirlo y los que lo atacaran fueran otros. Salió con precaución. Nadie había esperándolo y sin entretenerse en nada se dirigió hacia su barco.

El día amaneció con la llamada que desde los alminares proclamaban la necesidad de orar. Las voces de los muecines llegaban con claridad desde la cercana mezquita. Ghazalí cogió su esterilla de oración y postrándose sobre ella miró hacia la Meca y dijo sus rezos, aunque no lo hizo con la misma devoción que cuando era joven, fue como una rutina aprendida desde la infancia y que hacía tiempo que no le decía nada. Algo se había roto en su interior y ello había arrastrado a su vida espiritual.

El desembarco comenzó a hora temprana. Por más que miró hacia el puerto no volvió a ver al joven que lo estuvo siguiendo. Quizás le perdiera la pista, o tal vez lo habían localizado y no había necesidad de seguir vigilándolo, sólo sería cuestión de esperar el momento oportuno para asestarle el golpe. Nunca fue cobarde, pero los años lo habían hecho cauto, así que no abandonó el barco en todo el día.

El domingo embarcaron el cargamento que transportaría hasta Al-Ándalus, y que estaba formado principalmente por alfombras de doble nudo y kilin. Al mediodía bajó a tierra para degustar unas panochas asadas. El aire estuvo trayendo durante toda la mañana el olor que le era tan conocido desde su niñez. El maíz estaba muy tierno y disfrutó comiéndolas, pues hacía tiempo que no lo hacía. Después degustó una rosquilla con ajonjolí y finalmente tomó una taza de té muy caliente. Casi se había olvidado del joven que lo estuvo siguiendo cuando al levantar la vista lo vio a cierta distancia, esta vez no revisaba las correas de sus sandalias, simplemente se había sentado sobre unos tablones que esperaban ser embarcados.

Fue un impulso. Dejó la taza sobre la mesita y se dirigió directamente hacia donde estaba el joven que, cuando vino a darse cuenta, lo tenía delante.

—¿Qué andas buscando?

El rostro del joven palideció, las piernas le empezaron a temblar y le costó lo suyo poder levantarse, la altura de Ghazalí era imponente.

—Nada..., estaba descansando.

El capitán asió la empuñadura de su daga al tiempo que le decía:

—Camina hacia el puerto y no intentes huir porque ése sería tu final.

–Yo no te he hecho nada, ni siquiera te conozco.

–¡Camina!

Vio tal determinación en su voz que el joven comenzó a andar. Para evitar que huyera, Ghazalí lo asió del brazo con fuerza.

–¿Por qué me sigues?

El joven contestó con otra pregunta.

–¿Tú has estado en Orán?

–Muchas veces.

–Alguien me informó de que tu barco zarpó la misma madrugada en la que desapareció una esclava.

Ghazalí comenzó a recordar el seguimiento y la posterior caza a la que fue sometido por haber liberado a la judía y comenzó a preocuparse.

–¿Quién te manda?

–Nadie.

–¿Qué interés tienes tú en esa esclava que dices?

–Esa joven es mi hermana y deseo encontrarla.

La tensión mantenida hasta esos momentos disminuyó.

–No entiendo nada, ¿qué provecho iba yo a sacar en salvar a una esclava que puedo comprar cuando quiera?

–No lo sé, pero por tierra es imposible que escapara y el siguiente barco zarpó después de ser revisado por las autoridades portuarias, así que el único buque en el que pudo salir de Orán fue en el tuyo.

–No creo que subiera a bordo, aunque cosas más raras han pasado, ¿cuándo dices que ocurrió eso?

–Hace varios meses. Yo también voy enrolado en un barco, y hasta hoy no hemos coincidido.

Ghazalí dudaba sobre la peripecia de que todo aquello fuera cierto, pues también había la posibilidad de que fuera un ardid para prenderlo sin que él sospechara nada.

–Vayamos a aquella posada –lo dijo en tono amigable y después de haberle soltado el brazo.

Tenía que descubrir lo que de verdad hubiera en aquel disparatado suceso. Qué difícil es ocultar las cosas, la verdad termina siempre por saberse.

Entraron y se acomodaron en la mesa más apartada. Desde el ventanal se veía el puerto y los pequeños barcos que enlazaban Estambul con las islas del Bósforo. Había pocos clientes y podían hablar sin temor a ser escuchados.

–Cuéntame esa historia de la evasión de una esclava, pero desde el principio, pues has conseguido interesarme.

El joven lo miró con cautela, no podía confiarse enteramente en él hasta que hubiera comprobado su sinceridad.

—Sólo puedo contarte lo que vi con mis propios ojos. Mi barco atracó en Orán sobre el mediodía. Al desembarcar comprobamos el gran revuelo que se había formado. Preguntamos por los motivos de aquel alboroto. “*Están registrando todos los barcos por si encuentran a una esclava que ha huido esta madrugada*”. Enseguida pude ver al dueño. Yo lo conocía de vista y sabía que era el que había comprado a mi hermana en la subasta pública y todo ocurrió por casualidad, pues hacía cinco años que no sabía nada de ella, sólo que vivía en Almería.

—Para, para. ¿Conocías a su dueño, o solamente al de Almería? Estoy hecho un lío.

—Verás, hablo del día en el que la descubrí en Orán, pues las noticias que tenía eran las de que estaba en Almería, pero hace un año aproximadamente atracamos en Orán y estuve deambulando por las calles hasta que terminé por llegar a una plaza en la que la gente se arremolinaba. Enseguida comprobé que iban a subastar esclavos. Me quedé y casi me desmayo cuando entre ellos vi a mi hermana. Procuré que ella no me reconociera, lo que me interesaba era estar al tanto de su nuevo dueño. Yo no podía pujar, mis caudales eran muy exiguos. Esperé hasta conocer a su comprador y los seguí a distancia, ya sabía cuál era su casa, ahora sólo faltaba procurar sacarla de allí y huir a tierra de cristianos.

—¿Y te marchaste dejándola en Orán?

—Sí, en aquel momento no podía hacer otra cosa.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta esa vuelta en la que sacaste la conclusión de que era tu hermana la que se había escapado?

—Unos ocho meses. Llegaba dispuesto a sacarla costara lo que costara y el conocer su huida trastocó mis planes por completo. Por una parte me alegré, pero por otra sentí que no volvería a encontrarla.

—¿De quién fue la idea de que podía haber huido en mi barco?

—Mía, sólo mía. Pregunté en el consulado del mar y allí me informaron. La excusa fue saber si era el buque en el que navegaba un hermano mío, pues habíamos quedado en vernos por ese día. Al darme el nombre les dije que no era ése y me alegré diciendo: “*Menos mal, entonces lo veré, pues arribarán hoy o mañana*”. Les di las gracias y me marché. Desde entonces, lo primero que hacía al llegar a un puerto era recorrerlo por ver si estaba tu barco y ello no ha ocurrido hasta ayer.

–¿Hiciste partícipe a alguien?

–¿Cómo iba a hacerlo? Me agarré a esa posibilidad, pues era la única pista que tenía para encontrarla.

Ghazalí estaba admitiendo la eventualidad de que aquel joven estuviera diciendo la verdad pero no podía confiarse del todo, antes tenía que comprobar muchas cosas, por eso le preguntó:

–¿Eres cristiano?

–Lo soy.

Aquella historia le parecía novelesca, ¿sería posible que aquel hombre fuera hermano de la Isabel de Abderramán?

–Cuéntame tu historia, me está comenzando a interesar.

El joven lo miró entre sorprendido y curioso.

–Si mi hermana Isabel no huyó en tu barco poco te puede importar ni mi familia ni yo.

–Sabes que a los marinos nos gustan las historias.

Aquel hombre se había ganado su confianza, así que descubierto su juego nada perdía con contarle los avatares por los que habían pasado hasta quedar huérfanos.

A Ghazalí lo acompañaba un joven con ropajes castellanos, posiblemente fuera el cochero que lo había traído desde Almería.

Abderramán abrazó a su amigo con evidente alegría al tiempo que llamaba a su esposa con grandes voces:

–¡Isabel!, ¡Isabel!, ha llegado nuestro amigo.

La madre, aún no recuperada del parto, se acercó presurosa para recibir a su bienhechor, ésas fueron sus palabras cuando la conoció, lo recordaba perfectamente.

Hasta que las lágrimas de alegría no fueron secadas con el dorso de la mano, Isabel no reparó en el acompañante. Al principio no lo reconoció pero a medida que se fue fijando en él su corazón comenzó a latir con más fuerza. Fue entonces cuando el joven se dirigió hacia ella para abrazarla mientras decía:

–¡Hermana!

Abderramán dejó la conversación que mantenía con Ghazalí para observar la escena que se desarrollaba delante de sus ojos. Los hermanos lloraban abrazados y Abderramán miró a su amigo para inquirir alguna explicación que resultara coherente.

–Es tu cuñado, lo encontré en Estambul. Bueno, en realidad fue él el que me encontró a mí.

Isabel no cabía en sí de felicidad y Abderramán los abrazó con entusiasmo.

–¿Cómo ha ocurrido este milagro? –y se dirigió hacia Ghazalí para abrazarlo también–. Tú, siempre has sido tú el que me has alegrado la vida. Eres un mago. Tienes que contarme toda la historia, pero desde el principio.

–Que te la cuente él –dijo dirigiéndose a su cuñado.

–Pues, que estoy vivo de milagro –se sonrió–, cuando vi a este hombre amenazándome pensé que no iba a escapar indemne – todos volvieron la cabeza hacia el capitán que encogió los hombros adoptando una postura muy cómica al tiempo de decir:

–Pensé que me seguía.

–Y así era –contestó el joven–, pero no para matarte sino para indagar sobre el paradero de mi hermana. Supe que el día de tu huida su barco había zarpado de madrugada.

Después de dormir a los niños, Isabel volvió al porche, los servidores se habían retirado y los tres hombres habían seguido hablando. El hermano de Isabel estuvo contando todas sus historias en los barcos pero no hizo alusión alguna ni a sus padres ni al tiempo que vivió con ellos.

–Hace una noche perfecta para estar sentados al fresco, ¿os preparo una infusión?

–No, o mucho ha cambiado nuestro amigo, o creo que prefiere seguir tomando este vino de la Contraviesa.

–Sigo con mis costumbres. El té sólo lo tomo en Estambul, y ha de ser de manzana.

–Tienes razón –apuntó el hermano de Isabel–, no hay infusión como aquélla.

Estuvieron hablando hasta bien entrada la noche.

–Por mí seguiría conversando hasta el amanecer –dijo Abderramán–, pero nuestros viajeros deben de estar rendidos, pues han hecho un largo viaje.

Su esposo tenía razón, pero ella, aunque aún no estaba restablecida del todo y había padecido un día de gran ajeteo, hubiera deseado seguir escuchando a su querido hermano.

Se acostaron pero los nervios y las emociones vividas durante aquel inolvidable día no la dejaban dormir, así que después de cerrar los ojos, Isabel se volvió hacia su esposo y le dijo:

–Aunque le llevo dos años, siempre fue él el que me defendió cuando alguien se metía conmigo. Mis padres le regañaban porque siempre, y por mi culpa, salía herido.

Abderramán no preguntó nunca por su pasada historia, ¿para qué remover los recuerdos cuando son dolorosos? Así que extrañado, y sobre todo contento por ver que había superado sus miedos, se volvió hacia ella y la abrazó.

–Nos criamos en una gran casa rodeada de jardines y de huertas –Isabel hablaba como un susurro–, mi padre era un respetado comerciante que siempre mantuvo buenas relaciones tanto con Castilla como con Al-Ándalus y tuvimos maestros para las dos lenguas –Abderramán, en la forma de hablar, notaba los nervios de su esposa y no dejaba de acariciarla, estaba haciendo un gran esfuerzo–. A mi padre siempre le gustó vivir en el campo, en una alquería, no le molestaba el tener que ir a la ciudad. Vivíamos en una magnífica mansión rodeada de huertas y de jardines que distaba dos leguas de Valencia. Cuánto jugamos allí mi hermano y yo, teníamos nuestros árboles predilectos y una

pequeña cabaña cubierta con ramas y hojarasca que mi padre nos ayudó a construir.

Abderramán escuchaba emocionado aquel inédito relato. Nunca hasta entonces le había hecho partícipe de la intimidad de su infancia.

—¿Cuántos años tenías cuando te separaron de tus padres?

Abderramán notó un breve estremecimiento en el cuerpo de su esposa pero no tardó en contestar.

—Ocho.

—*“Cuánto debió de sufrir, perder a unos padres con esa edad debió de ser terrible”*.

—Si estás cansada déjalo para otra ocasión, son muchas las emociones que has tenido que soportar estos días.

—Estoy rendida, pero no puedo dormir, así que hablar es lo que más me relaja.

—Entonces continúa, en más de una ocasión he tenido la necesidad de saber algo de tu pasado, pero no me he atrevido a preguntarte porque sabía que el recordarlo te resultaría penoso.

—Era una mañana de primavera cuando nos habíamos dirigido hacia la cercana playa. Habíamos terminado las clases que nos impartía un maestro que mi padre tenía contratado y nos disponíamos a jugar en un columpio que hacía tiempo se había instalado en una gruesa rama de un gran pino. Lo he pensado muchas veces, pero claro, con aquellos años no se reflexiona, pero hubo señales que nos debieron de haber alertado del peligro.

—¿Cuáles?

—Pues que siempre que íbamos al columpio los pájaros, asustados, abandonaban el pino, pero aquella mañana, ni escuché sus cánticos ni oí sus vuelos. El motivo estaba claro, en los árboles de los alrededores se habían apostado unos hombres que cayeron sobre nosotros y nos taparon la boca.

Abderramán seguía aquella narración con los cinco sentidos. ¿Por qué Alá permitía aquellos horrores?

—Nos metieron la cabeza en un saco y nos llevaron hacia la playa. Nunca más vimos a nuestros padres. Estuvimos en una barca un buen rato hasta que los facinerosos volvieron cargados con lo más valioso que teníamos en nuestra casa, cuando una vez en el barco nos quitaron el saco pudimos verlo. También se veía el humo que se levantaba en lo que fue nuestra alquería. Dos de los piratas se jactaban de lo que habían hecho y se reían al contárselo a los que habían permanecido en el barco. *“Cómo gritaban aquellos*

cristianos cuando los atravesábamos con nuestras cimitarras". Otro dijo: *"La perra de la mujer se echó al suelo de rodillas pidiendo a su dios que salvara a sus hijos, cómo me reí cuando su cabeza cayó rodando. Justo fue a tropezar con la de su marido"* y se reía dando grandes carcajadas, yo entendía su lengua y a pesar de ello no pude llorar.

–Cuánto lo siento –la abrazó con más fuerza pero ella siguió con la narración, tenía que sacar lo que tantos años llevaba guardado en su corazón.

–Los cuatro días que tardamos en llegar a puerto los pasé vomitando, lo mismo le pasó a mi hermano. Una vez en Berbería, no sabría decir el nombre del puerto al que arribamos, nos vendieron como esclavos, sabían que nadie pagaría nuestro rescate pues los que hubieran estado interesados habían muerto. Mi hermano fue comprado por una familia y yo por otra. A mí me trajeron a Almería, mi amo tenía unos hijos que eran algo mayores que yo y trabajé primero para ellos y luego para sus hijos. Los palos por sus travesuras recaían siempre sobre mis espaldas, así que aprendí pronto a ser mayor.

Fue una noche larga. Los niños lloraron varias veces e Isabel se levantó para arroparlos.

Cuando a la mañana siguiente salió de su alcoba, Abderramán se encontró con que Ghazalí y su cuñado estaban ya sentados en el porche.

–No me he levantado antes –se disculpó– por no despertar a Isabel, la pobre ha pasado una mala noche, los niños tampoco han dormido bien y entre unas cosas y otras hemos estado en vela casi toda la noche.

–Estás en tu casa –dijo Ghazalí–, aquí eres tú el capitán –se rio a carcajadas–, ¿qué hay que hacer esta mañana?

–No te preocupes que la cubierta está baldeada y la jarcia lista, así que lo que nos ocupará ahora será el desayuno, luego iremos al pueblo, en Berja encontraremos cuanto deseemos, no está lejos.

Abderramán dio una voz y la cocinera estuvo allí en un instante.

–A ver lo que nos pones de desayuno, el ama ha pasado mala noche y se levantará más tarde.

La mujer se secó las manos en el delantal y se fue hacia la cocina.

Isidoro disfrutó viendo feliz a su hermana y sobre todo, jugando con su primogénito, que ya tenía más de un año. Rehusó quedarse en la casa de su cuñado, prefería los mares y, como en Estambul dejó su barco para volver con Ghazalí, se enroló en su tripulación

ocupando el puesto de Abdalaciz, que se quedó en Orán. Bueno, eso fue lo que le dijo a su discípulo, pero en realidad murió desangrado, el de Vera vivió siempre en el filo del peligro, así que antes o después tenía que terminar degollado en un solitario callejón. Perdió una partida de dados y pensaron que se negaba a pagar, pero lo que había ocurrido en realidad era que había jugado sin dineros y eso está muy castigado en los puertos.

–Te he traído un par de libros, procura leerlos, no me gustaría que olvidaras lo que aprendiste. Éste creo que te va a interesar –le mostró el ejemplar–, está escrito por un almeriense y su título es: “Tratado de agricultura”²⁰.

–¿Y el otro?

–Es de Eratóstenes, un escritor griego. En él habla de “Hermes”.

–¿También griego?

–También, aunque los romanos hablaron de él igualmente, pero con el nombre de Mercurio.

–Y como es natural trata de los dioses.

–Veo que vas entendiendo la mitología.

–La voy entendiendo, pero no le veo ninguna utilidad práctica, nosotros sabemos que no hay más que un Dios –con esa sola palabra podía contentar tanto a Alá como al Dios de su esposa.

–En efecto –para qué iba a iniciar una discusión que Abderramán no iba a comprender, pues lo había mantenido al margen de los filósofos–, pero para nosotros tiene otro fin: el entretenimiento. Son historias que terminan interesándonos. Mira, Hermes es considerado como un heraldo, por tanto habla muy bien, pero también se le considera el dios de los ladrones pues robó el ganado a su hermano Apolo, así que es astuto y perspicaz.

–Vaya dios.

–Ya ves. De su nombre procede la palabra hermenéutica, ¿sabes lo que significa?

–No.

–Arte de interpretar los significados ocultos.

–Eso sí me interesa, ¿enseñará a leer en las estrellas?

–Tú léelo, parece que ha comenzado a interesarte.

–La verdad es que sí.

–Pues ahí tienes para entretenerte en las largas noches de invierno.

²⁰ Está basado en unos escritos de Ibn-Bassal y de al-Tignari, aunque no faltan observaciones recogidas directamente por el autor.

Abderramán se levantó del poyete en el que estaba sentado y abrazó a su maestro. Isabel cogió los libros y los estuvo ojeando.

–Yo también los leeré, y lo haré sin esconderme, pues son de mi esposo.

Isabel despidió a su hermano con tristeza aunque se quedó más tranquila, pues sabía que se iba con el hombre que le había ayudado como nadie a encontrarse con su esposo. Habían pasado unos días inolvidables. En más de una ocasión pudo observar que Ghazalí la miraba con una expresión como de no creerse la felicidad que continuamente transmitía. Abderramán sonreía a su esposa cada vez que se cruzaban y ello no pasaba inadvertido para el capitán, por eso, y antes de marcharse, le dijo al oído:

–Olvídate de Ovidio, también yo lo he olvidado.

El pastor le hubiera replicado: “*ya te lo decía yo*”, pero tampoco estaba preparado para rebatir a su mentor, así que se limitó a sonreír.

Habían terminado de secar los higos que cada noche habían estado metiendo bajo techo para que el relente nocturno no los pudriera. La operación era entretenida, depositaban una capa del fruto sobre un orón de esparto y después colocaban sobre los higos una jarapa. Una de las muchachas que trabajaban en la casa se subía y los pisaba dejándolos aplastados. Se levantaba la jarapa y volvía a echarse otra capa y así hasta llenar el orón que quedaba prensado. También habían colgado las granadas en las cañas que para tal efecto estaban preparadas en la azotea. La jornada fue dura y después de dejar durmiendo a los niños, Isabel se sentó junto a su esposo en una silla de anea, reclinó su cabeza sobre el hombro de Abderramán y con una voz apenas perceptible dio rienda suelta a sus pensamientos.

–Ha sido un milagro que nos encontráramos después de tantos años y doy gracias a Dios por ello. Sé también que cada uno de nosotros tenemos nuestra vida, pero me da mucha pena de que se haya ido, hemos disfrutado de su presencia tan poco tiempo...

–Es cierto, pero también lo es el que ahora conoce el lugar en el que vivimos y siendo libre, como lo es, podrá venir a visitarnos cuando quiera.

Isabel asió a su marido por el brazo y se lo apretó, tenía razón, Abderramán tenía razón siempre, no hubiera podido elegir mejor esposo.

La alquería de Fernando, como era conocida en Berja, prosperaba a ojos vista. Ya no tenía que traer el vino de la Contraviesa, pues plantó unos sarmientos que este año habían sido injertados. Si no había heladas prematuras, en noviembre tendría vino de su propia cosecha. Ya hacía un año que Ghazalí había marchado en compañía de su cuñado e Isabel había parido su tercer hijo, esta vez no aparecieron a la celebración ni Ghazalí ni su cuñado. El invierno se echó encima y el recién nacido tuvo problemas de salud, pues había nacido con poco peso, pero en Navidad había pasado lo peor y pudieron brindar con el vino de la casa. Con tres hijos pequeños tuvieron que buscar a una mujer para que echara una mano, pero podían permitirselo.

El veinte de enero se cubrió el cielo con unas nubes negras y un viento procedente del norte azotó la hacienda derribando árboles y tirando la chimenea de la casa. El viento hacía un ruido ensordecedor e Isabel tuvo mucho miedo. Los niños se despertaban asustados y nadie podía dormir.

Durante tres días permanecieron en la casa con la chimenea encendida. Por fin amaneció un día apacible y pudieron hacer balance de los daños.

–Menos mal que la almendra no ha florecido todavía, en otro caso hubiéramos perdido la cosecha.

Por la noche se sentaron cerca de la chimenea, pues el aire que venía de la sierra, que se veía nevada, no había amainado en absoluto. Los niños estaban acostados y las ramas verdes tronchadas por la tormenta chisporroteaban en la lumbre. Abderramán se acordó de Ghazalí y también de su cuñado y sin pensárselo dos veces preguntó a su esposa:

–Fuisteis raptados los dos, ¿no es eso?

Isabel, que estaba distraída mirando las llamas que lamían los troncos lanzando destellos que a veces resultaban azulados, miró a su esposo sorprendida.

–¿Te refieres a mi hermano y a mí?

No prestó atención a su esposa y continuó con la duda que le había suscitado su recuerdo.

–¿Cómo es que él estuvo libre?

–Tuvo mejor suerte que yo. Su amo era un naviero que no tenía hijos, yo vi cómo se embarcaba. Sirvió a su dueño hasta que una tormenta hundió su barco. Mi hermano fue uno de los pocos supervivientes. Los mercedarios se hicieron cargo de él y volvió a tierra de cristianos. En cuanto tuvo edad de trabajar se embarcó, era el único oficio que conocía y la primera vez que visitó Almería dio con mi paradero.

–Vuestra vida sería digna de escribirse y sería más interesante que la de los dioses griegos.

–¿Y la tuya no?

–Tienes razón. El terremoto que tanto daño hizo a mi familia me sacó de la vida miserable que llevaba en mi pueblo. Sin él no te hubiera conocido.

Isabel se acercó a su esposo y lo besó en la mejilla, pero Abderramán no se conformó con la suave caricia y ciñéndola por la cintura la atrajo hacia sí y la besó en los labios.

Estaban a menos de dos días de Trípoli cuando el serviola dio la voz de alarma. En el horizonte aparecieron unas velas blancas que podían suponer una amenaza para el galeón. Era un barco más ligero que el de Ghazalí y no llevaba más carga que la de los hombres que lo tripulaban. El viento les era favorable y en pocas horas se vieron sus intenciones: venían a por ellos. Ghazalí ordenó izar todo el trapo pero la ventaja de la nave pirata, que en el palo mayor llevaba flameando la bandera de la media luna y en el de mesana la de la calavera y las tibias cruzadas, era evidente.

—¡Todo a babor!

Gritó Ghazalí. Al menos procuraría acercarse a la costa lo más posible, pues el abordaje sería ya inevitable.

En efecto, sobre el mediodía la nave atacante se abarloó al galeón y sus hombres lanzaron los garfios que se enredaron en la jarcia y en la propia borda. Ghazalí busco su cimitarra y esperó a sus enemigos junto al timonel, había que proteger la derrota que había trazado para que el desastre les ocurriera lo más cerca posible de la playa, pero los años no pasan en balde y tuvo muchas dificultades para mantener a raya a los dos hombres que lo atacaban. La mayor parte de la tripulación, que nunca habían sido soldados, levantaron los brazos para rendirse, los hombres que los asaltaban eran avezados luchadores y nada hubieran podido hacer para repeler aquel ataque. El capitán se resistía, entregar su nave era perder todo por lo que había luchado pero él solo no podía detener la lluvia de hombres armados que volaban asidos a los cabos de su nave y se descolgaban al tocar la cubierta del galeón. Isidoro pudo ver como su capitán caía sobre el puente. Las velas del navío fueron arriadas con prontitud y enseguida comenzó la faena de trasladar al barco pirata toda la carga de las bodegas. En la operación tuvieron que colaborar todos los tripulantes del galeón excepto Ghazalí que, herido como estaba, permaneció en la posición en la que había caído.

Isidoro estuvo rezando durante el tiempo que tardaron en desembarcar lo más valioso que llevaban. Sabía que de ésta no saldrían con vida, pues recordaba la primera vez que fueron atacados por los piratas.

Terminaron extenuados y el capitán pirata ordenó que subieran todos a cubierta.

Los hombres de Ghazalí obedecieron y, cabizbajos, formaron junto a la toldilla. El capitán pirata, con la cimitarra en la mano derecha y una pistola en la faja que llevaba al cinto, les habló de esta manera:

–Es la primera vez que voy a hacer esto, habéis colaborado y no nos habéis causado ninguna baja. Así que os dejo en libertad –lanzó entonces una carcajada y añadió–, debéis de volver a por otras mercancías, si os mato a todos los que ataco pronto no podré hacerme con los fletes.

Hasta el vino que llevaban a bordo desapareció. Ghazalí fue curado de sus heridas, pero algunas, como las que le habían hecho en el costado, presentaban mal aspecto. Sólo tardaron un día en tocar puerto.

Lo natural hubiera sido que el capitán desembarcara, en el hospital del puerto lo hubieran curado con más cuidado, pero Ghazalí se negó. En el mismo barco le hicieron las curas necesarias e inmediatamente ordenó al timonel que abandonaran Trípoli. El viejo había hecho tantas veces aquella singladura que no necesitaba ningunas instrucciones.

Fue la travesía más triste de toda su vida de navegante. El dolor era insufrible y las más de las horas permanecía sin sentido. A veces gritaba y acudía alguno de los marineros que montaban guardia junto a su camarote. La fiebre le hacía delirar.

La llegada a Almería fue un alivio para Isidoro, que en tocando puerto solicitó los servicios del médico. En cuanto lo vio ordenó el inmediato desembarco del herido que fue hospitalizado en el único sanatorio que había en la ciudad. El hermano de Isabel estuvo con él hasta que terminaron las curas.

En unos momentos de lucidez, el enfermo ordenó que viniera un escribano.

–No te preocupes que habrá tiempo de todo, lo primero es atenderte a ti.

–Ambas cosas pueden hacerse a la vez, no pierdas tiempo, pues quiero llegar a Berja cuanto antes.

–De acuerdo, ahora mismo mando que busquen a uno.

El cirujano tardó tanto tiempo en curarlo que cuando el médico salía de la pequeña habitación en la que el olor a humedad era insoportable, el escribano, sin apenas trabajo, ya estaba allí.

Ghazalí lo oyó hablar y mandó que lo hicieran pasar. Isidoro se retiró con el médico hacia otra habitación y sin miedo a ser escuchado por el capitán le preguntó:

–¿Cómo está?

–Muy mal, no sé ni cómo sigue con vida, ¿cómo lo han dejado tanto?

–Ha sido herido en alta mar, nos abordaron los piratas, nosotros hemos hecho lo que hemos podido.

–¿Tiene familia aquí?

–En la ciudad no, los suyos viven en Berja.

¿Qué otra familia tenía además de Abderramán y de su propia hermana?

–Mi consejo es que, al menos en dos días, no se le mueva, en ese tiempo obrará la naturaleza. Isidoro sopesó la posibilidad de hacerle caso pero antes quiso cerciorarse de que aquel retraso tendría sus frutos, por eso preguntó:

–Si se queda ese tiempo, ¿puede asegurarme que vivirá?

–No, su estado es gravísimo, no quiero engañarlo ni darle falsas esperanzas: puede morir en cualquier momento.

Su contestación fue tan rotunda que Isidoro no quiso cargar con la responsabilidad de contradecir los deseos de su capitán, así que en el mismo puerto alquiló un coche de caballos, quiso que fuera el más grande posible, el viaje era largo y habría de ir lo más cómodo que pudiera, pero tampoco pudo elegir mucho, pues sólo había dos.

El timonel y el contraestre lo despidieron con tristeza, habían hecho juntos muchas singladuras y sabían que ésta había sido la última, pues aunque escapara con vida, cosa poco probable dada su debilidad, no quedaría en condiciones de regresar a la mar.

Estaba atardeciendo y Abderramán había pasado por el establo para dejar la yegua con la que había estado recorriendo la hacienda. Cerró la puerta y se encaminó hacia el porche. Isabel lo vio llegar desde la ventana de la cocina y salió a su encuentro. Su esposo se había sentado en el poyo de mampostería y se había quitado el sombrero. La esposa se acercó para preguntarle:

–¿Quieres una taza de té?

–Sí, no me vendrá mal.

No tardó nada en volver, la infusión estaba fresca y Abderramán lo agradeció.

–Trabajas demasiado, ¿por qué no dejas que sean los braceros los que hagan el trabajo más pesado?, ya no eres tan joven.

Isabel se había acercado tanto que su esposo, con un movimiento brusco, la atrapó por la cintura y tiró de ella hasta sentarla en sus rodillas.

–¿Que no soy tan joven?, te lo voy a demostrar enseguida.

La esposa fue a protestar pero su lengua quedó silenciada por los labios de su esposo. Ella dejó caer el trapo que llevaba en la mano y lo abrazó con fuerza. Necesitaban respirar y por ello separaron sus bocas.

–Estás loco, alguien puede vernos, tus hijos no tardarán en llegar.

–¿Cuántos días hace que no tenemos unos instantes de soledad para nosotros?

–Muchos, aunque por las noches no ocurre lo mismo.

–Afortunadamente.

La cal de la fachada pareció amarillear. Aquel sol otoñal había terminado también su jornada y se ocultó detrás de las sierras, mañana sería otro día. Enseguida aparecieron los niños y la casa se llenó de vida.

La lentitud del carruaje, tirado por dos mulas, no evitaba que las ruedas pudieran salvar todos los socavones que presentaba el camino de Berja, pero Isidoro no podía hacer otra cosa. Habían madrugado para tener el día por delante. Ghazalí, recostado sobre un colchón relleno de farfollas, procuraba no dormirse. La llanura por la que discurrían era monótona y cada vez que se cruzaban con caballerías

o carros el polvo levantado le hacía toser. Estaba deseando de llegar a la casa de Abderramán, si tenía alguna posibilidad de vencer a las heridas, enconadas y con mal aspecto, sería en la alquería de Berja.

Al dejar el llano, sobre el mediodía, la incomodidad fue mayor, las cuestas se empinaban y en más de una ocasión y a petición del enfermo, el conductor tuvo que detener el carruaje.

–Me resbalo.

–No te preocupes, si no recuerdo mal esta cuesta no dura mucho, pronto comenzaremos la bajada, Berja está en una hondonada.

–¿Cuánto hace de nuestra última visita?

–Va para cinco años.

–Cómo pasa el tiempo, sobre todo estando sano, pues lo que es ahora se me hace eterno.

–No desesperes, ya queda poco. Descansaremos un rato a ver si puedes dormirte –echó el torno y se sentó sobre una de las varas del carro. Los mulos bajaron la cabeza y comenzaron a buscar las hierbas que el verano había dejado secas–. Se van a llevar una sorpresa.

–Espero no dar mucha lata. Deseo volver a la mar en cuanto esté recuperado.

En contra de la opinión de Isidoro, que sabía que su capitán no volvería a navegar, el capitán estaba seguro de hacerlo y no se engañaba, aunque esta vez el mar estaría en calma y navegaría sin dolor visitando todos los puertos que aún no conocía. Embelesado en aquel paraíso en el que el dolor no tenía cabida y coincidiendo con unos momentos de tranquilidad y cansancio, Ghazalí se quedó dormido. Isidoro alargó la parada, a ver si descansaba unos momentos, además, nadie los esperaba. Tardó poco en despertar, así que reanudó la marcha. De vez en cuando miraba hacia atrás y viendo que seguía en una duermevela aceleraba el paso de las caballerías, deseaba estar en la casa para poder limpiar las heridas, algunas de ellas habían teñido de carmesí el lino blanco que las protegía.

Cuando el coche dejó el camino de Berja para dirigirse a la alquería, Isidoro sintió un gran descanso, ahora sería la naturaleza y los cuidados del médico los que le ayudarían a restañar las heridas.

La tarde languidecía y Abderramán cerró las puertas del porche. Por las noches solamente se quedaban en la casa una vieja criada que hacía de cocinera y una joven que ayudaba al ama con los niños.

Ni siquiera habían oído la llegada del carro y por eso les sorprendieron los golpes dados en la puerta.

–¿Quién es?

La voz de Abderramán sonó fuerte.

–¡Tu cuñado! –lo había reconocido.

Fue como si en una carrera hubieran dado la salida, pues ambos esposos se precipitaron sobre la puerta, que por estorbarse tardaron en abrir.

Los tres quedaron fundidos en un abrazo.

–¿Y Ghazalí? –preguntó Abderramán extrañado de no verlo, pues siempre hicieron juntos las visitas.

–En el carro, está malherido.

Los esposos corrieron hacia la parte trasera del carro y más que ver, adivinaron que el capitán estaba debajo de aquellos guiñapos.

–¡Pronto!

Gritó el patrón mirando hacia la puerta, y la joven niñera, que permanecía expectante observando la escena, corrió hacia el carro y entre los cuatro y cogiendo la manta por las cuatro esquinas, caminaron muy despacio hasta llegar al porche.

–Mucho cuidado ahora –advirtió Abderramán.

Subieron los cuatro escalones y con mucho tiento entraron en la casa.

–Lo llevaremos a la alcoba del fondo –indicó la esposa. El enfermo, que iba inconsciente, sólo se quejó cuando lo dejaron sobre el jergón, y lo hizo al tiempo que abría los ojos.

–¿Dónde estoy?

–En tu casa –contestó Abderramán cogiéndole una de las manos que misteriosamente salió de entre los harapos.

Las mujeres habían salido de la habitación y enseguida volvieron con una zafa con agua y varios trozos de tela de lino que la esposa desgarró de una sábana. Había que quitar los vendajes y limpiar las heridas.

–Trae un par de candiles –ordenó el amo a la criada.

Los hombres salieron de la alcoba y se dirigieron hacia la entrada, hacía una noche apacible y se sentaron en el poyo de mampostería.

–¿Cómo ha ocurrido?

Preguntó Abderramán preocupado.

–Los piratas.

Tenía que ocurrir, tanto va el cántaro a la fuente...

El hermano de Isabel relató con detalle el ataque de aquellos facinerosos.

–Desde que cayó herido, su única obsesión ha sido el llegar a Berja lo antes posible, ni siquiera quiso perder tiempo en que lo curaran.

–¿Crees que lo superará?

–El médico que lo atendió en el puerto aconsejó que no se le moviese en unos días, pero Ghazalí se negó. De todas formas, tanto si se quedaba hospitalizado como si continuaba viaje, me dio pocas esperanzas, pues además de haber perdido mucha sangre, las heridas presentan un aspecto muy feo, eso me dijo.

Abderramán sintió que su amigo lo abandonara, había sido como un padre. Qué bien había hecho él con quedarse en tierra firme, para entregar la vida al piélagos había que ser un hombre como Ghazalí, sin familia, sin ilusiones y sin futuro, su desgracia lo precipitó hacia esa clase de vida.

Las mujeres salieron dejando entreabierta la puerta de la alcoba.

–Se ha quedado dormido, está muy débil –hablaba con un hilo de voz para evitar que pudiera ser oída por el herido–, en cuanto amanezca irás a por el médico –hablaba con determinación y el esposo lo comprendió, pues aquel hombre que yacía moribundo en su casa había sido el causante de su felicidad. Él le había traído a los dos hombres que más le interesaban en este mundo: su esposo y su hermano.

Antes de acostarse, Abderramán se dirigió hacia el carro y desenganchó las mulas. Las llevó hasta el establo y les echó, revuelto con paja, medio celemín de cebada en cada pesebre. Al pasar junto al carro tiró de los harapos que habían traído abrigado al herido. Algo pesado cayó al suelo. Se agachó y después de tantear se levantó con una cartera de cuero en la mano. Enseguida la reconoció, era la que su capitán utilizaba para guardar los documentos importantes. “*No habrá querido dejarla en el barco*”, se dijo.

Tres días fueron los que Ghazalí permaneció en la yacija, tres días en los que apenas tuvo algunos minutos de lucidez. El médico lo dijo en su primera visita:

–Este hombre tiene los días contados.

–¿No podemos hacer nada?

–Rezar, pues sólo un milagro podría salvarlo.

Los emplastos y sahumeros no aliviaban ni el sufrimiento ni la razón del enfermo que seguía inmerso en una duermevela en la que a veces pronunciaba palabras inconexas.

Isabel rezó cuanto pudo y Abderramán lo estaba pidiendo en su esterilla de oración que ocultaba en el establo la mañana que oyó los gritos de su esposa.

–¡Abderramán!, ¡Abderramán!

–¿Qué ocurre? –preguntó en la puerta del corral.

–¡Ghazalí está muy grave!

Ambos entraron en la alcoba y encontraron al capitán con los ojos abiertos y en actitud de intentar levantarse. Los esposos se miraron y Abderramán se acercó al lecho al tiempo que le preguntaba:

–¿Cómo te encuentras?

–Quiero que se acerque Rebeca –sus palabras parecían ser pronunciadas por una lengua de trapo–. ¡Rebeca!, no te vayas, te necesito.

Abderramán se levantó de la yacija a la vez que se adelantaba Isabel.

–Rebeca, dame tu mano –la esposa miró a su marido, que movió la cabeza en señal de asentimiento. La calentura le había subido, no cabía la menor duda, aquel hombre estaba delirando.

Durante unos minutos volvió a tranquilizarse, pero estaba claro que su estado había empeorado. Abderramán envió al pastor, el médico tenía que venir lo antes posible, de todas formas, ni él ni Isabel se separaron del lecho. Cuando más tranquilos estaban volvieron las convulsiones y el enfermo, dotado de una fuerza increíble, se levantó del jergón de un salto y mirando a Isabel la asió de la mano. Se postró de rodillas y le suplicó con toda la pasión que Abderramán nunca vio en su amigo.

–¡Perdóname! ¡Necesito tu perdón!

Inclinó la cabeza para besar la mano de su adorada Rebeca e Isabel ayudó a que lo hiciera.

–¡Rebeca, te necesito!

Isabel acarició la cabellera de Ghazalí y con la mayor dulzura le dijo:

–Estás perdonado, mi bien.

Eran las palabras que necesitaba oír, pues inmediatamente se derrumbó y diciendo: “*gracias, mi amor*”, cerró los ojos y expiró.

Después de aquella escena, Abderramán, que nunca había contado a su esposa el final que tuvo la judía, dudó sobre la veracidad de aquel asesinato.

Epílogo

En la carpeta de cuero encontraron el testamento que con tanta urgencia dictó al escribano en el puerto de Almería.

“Lego mi galeón y todo cuanto contiene a mi socio Abderramán y a su esposa...”.

De esta manera tan rocambolesca el pastor de cabras volvía a convertirse en armador.

–Tú llevarás nuestros intereses –dijo a su cuñado– y velarás por el patrimonio de tus sobrinos.

Isabel sonrió, pues por un momento temió que su esposo hubiera decidido volver a la mar.



Francisco López Moya

nace en Alcolea, en plena Alpujarra alneriense, en 1938. Tras realizar sus estudios en la Escuela de Magisterio de Almería, vuelve a su pueblo, donde ejerce durante un largo periodo como maestro, director del colegio y alcalde, y donde comienza su andadura literaria escribiendo varios artículos que se publican en el periódico la Voz de Almería.

A finales de los setenta se traslada a Sevilla, donde dirigirá un colegio durante veinte años. Pero es tras su jubilación cuando presenta mayor dedicación a la literatura.

Después de “Ben-Omar en Alcolea de las Alpujarras” (2003), “Los barraganes de fray Genaro” (2006) y “Omar al-Muktar, capitan de Aben-Humeya” (2012), el autor presenta ahora su cuarta novela.

La desgracia ocurrida en la casa del joven Abderramán hace que, de la noche a la mañana, se desmoronen sus posibilidades vitales. El infortunio que la voluntad de Alá ha permitido que se abatiera sobre su villa, lo abocará a cambiar la tranquilidad de una vida rural en la que todo está previsto, por la azarosa inseguridad de lo desconocido en la que la aventura y el riesgo formarán parte de su existencia.

La trama se desarrolla en una época de guerras en la que Abderramán se ve inmerso y que culmina con la conquista de Almería por los Reyes Católicos.

El hilo conductor es, además de la vida secreta del "Largo", que se irá desvelando a lo largo del relato, el amor inquebrantable de dos jóvenes que luchan contra la intransigente barrera que, en nombre de las religiones, han levantado los hombres.

Es una novela histórica en la que la amistad entre dos personajes, que nada tienen en común, termina en una simbiosis perfecta en la que las dificultades y los tabúes serán superados.



DIPUTACIÓN
DE ALMERÍA



Instituto
de Estudios
Almerienses

ISBN: 978-84-8108-657-7



9 788481 086577